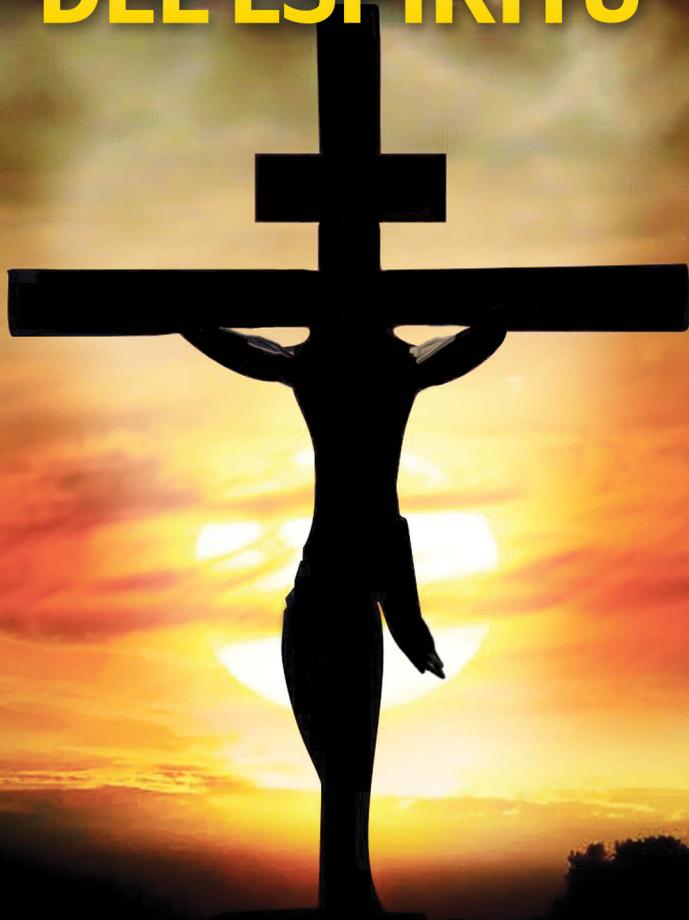


EN EL PODER DEL ESPÍRITU



Sermones de
W. W. Prescott



Adventist Pioneer Library

© 2019 ADVENTIST PIONEER LIBRARY

37457 Jasper Lowell Rd
Jasper, OR, 97438, USA
+1 (877) 585-1111
www.APLib.org

Publicados originalmente en *The Bible Echo*, (El Eco Bíblico), diciembre de 1895 a junio de 1896.

Publicado en USA

Julio, 2018

ISBN: 978-1-61455-063-1

EN EL PODER DEL ESPÍRITU

Fred Bischoff, compilador

Sermones de
W. W. Prescott



Adventist Pioneer Library



W. W. PRESCOTT (1855-1944)

CONTENIDO



Prefacio.....	7
Marco Histórico.....	9
Descripciones de Elena de White.....	15
Los sermones de W. W. Prescott	
Permanecer en Cristo y andar en Cristo.....	27
Sermones en piedra.....	41
El Reino de Dios.....	53
El verbo se hizo carne.....	67
La fe de Jesús, los mandamientos de Dios, y la paciencia de los santos.....	79
¿Dios o César? ¿Cuál?.....	93
Cristo nuestro ejemplo.....	113
La ley en Cristo.....	129
Apéndices	
Apéndice A – Declaraciones acerca de la unión de la ley y el evangelio.....	147
Apéndice B – Declaraciones sobre los mandamientos de Dios y la fe de Jesús como de igual importancia.....	157
Apéndice C – Comentario sobre la evangelización de J. S. Washburn en la década de 1890.....	167

PREFACIO



Esta colección de sermones de 1895 parece ser singular en diversos sentidos, al considerarlos históricamente desde la perspectiva de Elena de White:

1. Ella los escuchó en persona.
2. Ella los describió en términos que recuerdan a Hechos 2 y el Pentecostés.
3. Su secretaria los registró taquigráficamente.

Hay aquí algunos ejemplos de sus descripciones

- Instrucciones preciosas como el oro
- Un festín de cosas preciosas
- La verdad en líneas nuevas
- La verdad en un estilo claro y sencillo, aunque rico en alimento
- Las ardientes palabras de la verdad como se las oyó en 1844
- Una luz gloriosa y convincente
- Una presentación que difícilmente se podría llamar un sermón doctrinal
- Se predicó a Cristo en cada sermón
- Exaltó a Jesús cada vez más alto
- Nada sino el simple evangelio

Estos son los temas presentados con respecto a Jesús que ella enumeró:

- Su preexistencia
- Su dignidad personal
- Su obra como Creador
- Su relación con el sábado

- Su relación con el hombre como la fuente de vida
- Su santa ley fue exaltada
- Su presencia y obra en los corazones de los hombres
- Su venida por segunda vez en gloria y poder

Ella describe la reacción de los incrédulos con estas palabras:

- Se interesan profundamente
- Empalidecen y dicen: “Este hombre es inspirado”
- Escuchan como hechizados
- Permanecen con los ojos fijos con asombro
- Dicen, “Todas las palabras son preciosas”
- Dicen, “Nunca asistí a reuniones donde Cristo se enseñara y exaltara más manifestamente”.
- Solicitan copias de los discursos

A la luz de lo que antecede,

- ¿Quisiera Ud. leer más completamente acerca de esta sorprendente experiencia evangelizadora?
- ¿Quisiera también “pedir copias de los discursos”?

Simplemente, siga leyendo para comprender el marco histórico y el contenido de estas presentaciones. Tal vez usted responda como lo hizo Elena de White:

“¿Cómo podrían los adventistas del séptimo día predicar cualquier otra doctrina?”

MARCO HISTÓRICO



W.W. Prescott fue un dirigente de la obra educativa temprana de los adventistas del séptimo día. Fue presidente del Colegio de Battle Creek (Battle Creek, Michigan) desde 1885 hasta 1894. Durante esos años el mensaje de la justificación por la fe fue destacado en la sesión de la Asociación General en Minneapolis en 1888. He aquí un panorama biográfico de Prescott con respecto al efecto de ese mensaje.

La influencia de la sesión de Minneapolis de 1888 llegó hasta el colegio. Elena de White trabajó diligentemente para que el mensaje que el Señor había dado en Minneapolis se escuchara en Battle Creek. Unas seis semanas después de la sesión, se planeó una semana de oración para la iglesia en Battle Creek, para diciembre 15 al 22, y terminó durando un mes. Elena de White describió que en estos “servicios de reavivamiento... el tema principal giró acerca de la justificación por la fe (*Review and Herald*, 12 de feb. de 1889, Bio 3:420).

El jueves 20 de diciembre, Elena de White escribió en su diario: “Hablé a los estudiantes del colegio. El Señor me dio palabras que parecieron alcanzar los corazones. El profesor Prescott se puso de pie e intentó hablar, pero su corazón estaba demasiado lleno. Allí quedé de pie durante cinco minutos, completamente en silencio, llorando. Cuando pudo hablar, dijo: ‘Estoy contento de ser cristiano’. Hizo declaraciones muy al punto. Su corazón pareció quebrantado por el Espíritu del Señor...” (*Ms* 25, 1888, en Bio 3:421). La respuesta de Prescott a la influencia del Espíritu es reconfortante.

Hablando algo más acerca de la luz bíblica que el Señor había dado por medio de los hermanos Jones y Waggoner, Elena de White escribió el 10 de marzo de 1890: “Estoy muy contenta de saber que el profesor Prescott está dando a los alumnos en su clase las mismas lecciones que ha estado dando el hermano Waggoner. Está presentando los pactos”. (*Carta* 30, 1890, en *Materiales de Elena G. de White sobre 1888*, p. 623).

Más tarde ese año, Elena de White describió la “maravillosa” reunión sabática del 27 de diciembre. “Casi toda la congregación se presentó para las oraciones, y entre ellos, los hermanos Prescott y Smith. Se

leyó la edición *Extra* de la *Review and Herald* [23 de diciembre de 1890] y el testimonio de todos era que el poder de Dios acompañó la lectura del artículo. Dijeron que eso hizo una profunda impresión... El profesor Prescott hizo una confesión que databa de Minneapolis, y esto hizo una impresión profunda. Él lloró mucho. El pastor Smith dijo lo que el testimonio significaba para él; dijo que sentía como que se hubiera dirigido a él, pero se detuvo y no siguió adelante. Pero ambos se identificaron arrepentidos, buscando al Señor. Bien, dijeron que nunca habían tenido una reunión tal en Battle Creek, y sin embargo la obra debe seguir llevándose adelante, porque recién comenzaba... (Ct 32, 1891, en *Materiales sobre 1888*, pp. 850, 851).

El mensaje siguió haciendo su obra en contra de una firme oposición. Finalmente se permitió que tanto A. T. Jones como E. J. Waggoner dieran clases en el Colegio de Battle Creek. Prescott, al gradualmente ver más y más luz en el mensaje Cristo céntrico, se esforzó mucho como pacificador, y constructor de consenso entre los grupos opuestos. Después que Elena de White fue exiliada a Australia en 1891, sus escritos sobre el mensaje mantuvieron la apelación del Espíritu ante la iglesia. En la *Review and Herald* del 22 de noviembre de 1892, ella escribió: “El tiempo de prueba está justo delante de nosotros, porque el fuerte clamor del tercer ángel ya comenzó en la revelación de la justicia de Cristo, el Redentor que perdona los pecados. Este es el comienzo de la luz del ángel cuya gloria llenará toda la tierra. Porque es la obra de cada uno a quien ha llegado el mensaje de advertencia, elevar a Jesús, presentarlo al mundo como fue revelado en los tipos, anticipado en los símbolos, manifestado en las revelaciones de los profetas, en las lecciones dadas a los discípulos y en los maravillosos milagros realizados en favor de los hijos de los hombres” (*Materiales sobre 1888*, p. 1.073).

El efecto de este artículo sobre el colegio, junto con otros testimonios oportunos de Elena de White, condujeron a un vigoroso reavivamiento. El resto del período escolar fue interrumpido por largas asambleas, reuniones de oración y confesión, y períodos de testimonios. Prescott, al leer una carta de Elena de White a los estudiantes, fue movido a las lágrimas, y confesó otra vez su anterior resistencia al mensaje. Lamentablemente, Uriah Smith consideró los eventos como “excitación”. De este modo, nunca se experimentó el consenso espiritual que la iglesia necesitaba grandemente. (Tomado de *Lest We Forget* [Para que no olvidemos], t. 10, No. 1, pp. 3, 4).

Gilbert M. Valentine, en su biografía de Prescott *The Shaping of Adventism* [La formación del adventismo], notó que después de Minneapolis, Prescott en sus propias palabras vino a considerar las doctrinas de la iglesia como “simplemente el evangelio de Cristo adecuadamente comprendido” que “surgen de una creencia en Jesucristo como un Salvador viviente y personal”. Esto lo llevó a cambiar su método de enseñar las creencias de la iglesia. En lugar de esforzarse en “probar las doctrinas”, él “comenzó de la manera más sencilla presentando a Cristo”. En la reunión campestre de Armadale (un suburbio de Melbourne), varios norteamericanos dieron discursos, “pero fue Prescott quien dominó las reuniones... De acuerdo con los presentes, el contenido de sus sermones centrado en Cristo, atraía a las multitudes en número siempre creciente”. Valentine notó que “Australia en la década de 1890 todavía no había sido tocada mayormente por el mensaje del evangelio de 1888. El mensaje de Prescott sacudió no solo las mentes sino los corazones de la gente”.

Valentine registró las impresiones de W. C. White y de A. G. Daniells, el presidente de la Asociación de Australia. White informó que “el tema [de Prescott] del principio al fin siempre es Cristo”. Daniells observó: “Predicar a Jesús como lo hizo el profesor Prescott, parece haber desarmado completamente los prejuicios de la gente”, “revolucionando completamente” la imagen pública de los adventistas.

Uno de los sermones que presentó Prescott, “La ley en Cristo” fue publicado en *The Bible Echo* (El eco bíblico), el periódico misionero australiano de los adventistas del séptimo día. Valentine notó lo que sucedió cuando el manuscrito fue enviado a los Estados Unidos.

Durante octubre de 1895, Prescott envió el manuscrito a la Casa Publicadora de Battle Creek, esperando que recibiera una circulación más amplia. Una presentación cristocéntrica de la “ley” y “la justificación por la fe”, el manuscrito se basaba en la nueva comprensión de Prescott de la “ley en Gálatas”. Dos meses más tarde, la comisión de Battle Creek informó a Prescott que ellos no publicarían el panfleto. Contenía “errores fundamentales”, dijeron... La Sra. White no quedó nada contenta. Absolutamente indignada con la comisión de libros, declaró claramente que ella no tenía confianza en ellos... Declaró que no correspondía a los hombres de la comisión “condenar o controlar” la producción de aquellos a quienes Dios estaba usando como “porta-

dores de luz para el mundo”. (Tomado de *The Shaping of Adventism*, pp. 87-91; los comentarios de Elena de White pueden encontrarse en su carta a O. A. Olsen, del 22 de mayo de 1896 [*Materiales sobre 1888*, p. 1.520 y ss], y su carta a la comisión de libros, del 26 de oct. de 1896.]

Ron Duffield, en uno de los primeros borradores de su manuscrito publicado más tarde como *El retorno de la lluvia tardía*, registró el evento de Armadale con las siguientes palabras.

No mucho después de llegar a Australia, Prescott tomó parte de una reunión campestre de tres semanas de duración en Armadale. Esta reunión campestre se realizó entre el 17 de octubre y el 11 de noviembre, de 1895. Aquí Prescott tuvo la responsabilidad mayor en la predicación, y habló más de 31 veces durante la reunión. Presentó todos sus temas “como son en Cristo”, incluyendo sermones sobre el sábado, la naturaleza humana y divina de Cristo, y la justificación por la fe. También compartió algunos de los mismos pensamientos sobre Romanos 5 que había presentado en el Instituto Ministerial de 1895. Elena de White y su secretaria, Maggie Hare, estuvieron presentes en la reunión campestre y escucharon predicar a Prescott. Maggie Hare tomó los sermones en taquigrafía de modo que La Sociedad Australiana de Folletos pudiera imprimirlos en forma de panfleto para ser usados en el colportaje. Siete de esos sermones se pueden encontrar en *The Bible Echo* [El eco bíblico]; el resto de los sermones impresos en forma de folletos no han sido todavía publicados entre los archivos de la Asociación General.

Se observa la importancia de los sermones de Prescott en la reunión campestre cuando se los lee a la luz de las reacciones de Elena de White a ellos. Varias de sus cartas escritas acerca de esta reunión campestre nunca fueron publicadas por el Centro White...

No menos que una docena de veces, Elena de White escribió acerca de la predicación de W. W. Prescott durante ese tiempo, en términos que describían la gran efusión del Espíritu Santo sobre él. ¿Qué debemos aprender hoy de estos eventos que ocurrieron tanto tiempo atrás? ¿Estaba Dios, al demostrarlo en Australia, mostrando a la iglesia lo que él quería que se realizara en Battle Creek, pero no pudo hacerlo por causa de un rechazo continuo? ¿No está Dios mostrándonos hoy lo que él quiere hacer con cada y todo creyente cuando el Espíritu Santo sea bienvenido como un Huésped amado?

El trabajo de Prescott continuó cuando fue de Armadale a Tasmania para ayudar en otra reunión campestre. La evaluación de Elena de White de la reunión campestre en Tasmania fue la misma: “La mani-

festación del Espíritu Santo se vio en los discursos que dio, en las lecciones bíblicas, en la educación de los obreros, y con los creyentes. Ellos nunca tuvieron tal privilegio de escuchar las riquezas de la verdad presentada en líneas claras y nítidas” (*Carta 127*, 11 de dic. de 1895, a Edson).

Después de la reunión campestre, Elena de White y su hijo, W. C. White, tuvieron una “larga conversación” con un par de otros evangelistas que estaban haciendo planes de tener un “seguimiento prolongado y esperaban obtener gran interés al presentar las profecías”. Junto con la ayuda de W. W. Prescott, Elena de White y W. C. White trataron de mostrarles que “en estos tiempos se necesitan otras líneas de trabajo” (W. C. White a A. G. Daniells, 13 de dic. de 1895).

W. C. White escribió varias cartas a O. A. Olsen, pidiéndole que Prescott se quedara y ayudara en Australia. Al comenzar a hacer planes para la “campana” de la reunión campestre para 1896, W. C. White, y la Junta Directiva de la Asociación de Australia solicitaron a la Asociación General que permitiera que Prescott dirigiera estas reuniones campestres. White sugirió que “su presencia aseguraría el éxito”. Si Prescott no pudiera quedarse, entonces su “primera elección sería el Hno. A. T. Jones” (W. C. White a O. A. Olsen, 24 de ene. de 1896). La junta hasta llegó a decir que, si los servicios de Prescott y de Jones no se pudieran obtener, sería “mejor posponer esta extensa campana por un año” hasta que se pudiera obtener “ayuda apropiada” (A. G. Daniells a W. W. Prescott, 3 de marzo de 1896). Ambos pedidos fueron negados, y ni Prescott ni Jones tomarían parte en reuniones campestres futuras allí.

Debería ser obvio en este breve repaso del año 1895, que Dios no había terminado sus esfuerzos para mostrar a la iglesia su deseo de derramar la lluvia tardía. Lo que no pudo hacerse en Battle Creek por causa de la incredulidad, fue demostrado en Australia. Pero una iglesia no puede avanzar más rápidamente que sus líderes, y siendo que Battle Creek era el corazón de la obra, que influía sobre toda la denominación, Dios en su misericordia se mantuvo al paso de ellos. (De *Una mirada histórica del Fuerte Clamor y la Lluvia Tardía*; manuscrito no publicado de Ron Duffield, pp. 161, 162, 166, 167; consultados en 1998).

[Nota del Traductor: En el texto del libro, aparecen diversas citas bíblicas para las que el autor no dio las referencias. Estas fueron añadidas por el traductor, poniéndolas entre paréntesis rectos, para facilitar el estudio del material.]

DESCRIPCIONES DE ELENA DE WHITE



19 DE OCTUBRE DE 1895

(*CARTA W-82, 1895, AL HIJO EDSON, NO PUBLICADA*)

Por la noche, el Prof. Prescott dio una presentación poderosa, instrucción preciosa como el oro. La carpa estaba llena, y afuera había muchas personas de pie. Todos parecían fascinados con la Palabra de Dios, y el orador presentó la verdad en nuevas líneas, separando la verdad de la compañía del error, y por la influencia divina del Espíritu de Dios hacía que ella brillara como joyas preciosas...

Dios ha dado al hermano Prescott un mensaje especial para la gente. La verdad surge de los labios humanos en demostración del Espíritu y de poder... Esperamos y oramos por un derramamiento del Espíritu de Dios sobre la gente. Creemos que la mejor clase de personas asisten a las reuniones. El interés despertado excede cualquier cosa que hemos tenido hasta ahora en las reuniones campestres. El gran objetivo de los oradores es eliminar el refugio de mentiras, al exaltar a Jesús más y más. Estamos haciendo lo mejor posible para conducir a la gente a mirar al Cordero de Dios que quita el pecado del mundo...

Pocas veces puedo darme el placer de escuchar discursos de nuestros hermanos ministros, pero el sábado de mañana asistí a la reunión y escuché predicar al Prof. Prescott. Yo sé que desde que vino a este lugar ha tenido un derramamiento del Espíritu Santo, sus labios han sido tocados con el carbón del altar. Sabemos y podemos distinguir la voz del pastor. La verdad ha sido derramada de los labios del siervo de Dios como la gente nunca antes la había escuchado; los incrédulos palidecen y dicen,

“ese hombre es inspirado”. La gente no deambula por los alrededores, sino que va directamente a la carpa y escuchan como si estuvieran hechizados.

**22 DE OCTUBRE DE 1895 (CARTA 84, 1895,
AL HIJO EDSON, NO LIBERADA)**

El Señor le dio al hermano Prescott un mensaje para la gente, que es altamente apreciado. Su mente da frutos en la verdad, y el poder y la gracia de Dios están sobre él. Sentimos que hemos sido altamente favorecidos al tener sus servicios en esta reunión campestre. Anhele asistir a cada reunión.

**6 DE NOVIEMBRE DE 1895 (CARTA 25, 1895,
A S. N. HASKELL, NO PUBLICADA)**

En este momento estamos en nuestra reunión campestre, teniendo una fiesta de cosas preciosas. Se presenta la palabra de una manera muy poderosa. El Espíritu Santo ha sido derramado sobre el Hno. Prescott en gran medida... El hermano Prescott ha estado dando las palabras ardientes de la verdad tal como las escuché de algunos en 1844. La inspiración del Espíritu de Dios ha estado sobre él. Los incrédulos dicen: “Estas son las palabras de Dios. Nunca antes escuché estas cosas”.

Se nos presentó la verdad en forma clara. El Hno. Prescott nunca ha tenido tal poder en predicar la verdad como lo hizo desde que vino a esta reunión. Los incrédulos están sentados con los ojos fijos en él con asombro, mientras la verdad procede de sus labios, vitalizados por el Espíritu de Dios. Cuando considero la responsabilidad que descansa sobre todos los que oyen este mensaje enviado desde el cielo, tiemblo ante la palabra de Dios. ¿Quién recibirá el mensaje que se les envía?

**6 DE NOVIEMBRE, 1895 (MS 19, 1895, NO
PUBLICADO, CURSIVA AÑADIDA)**

Acabo de escuchar un discurso presentado por el profesor Prescott. Fue una apelación muy poderosa a la gente. Los que no son de nuestra fe parecían profundamente interesados. Ellos dicen: “No hay vida en

nuestras iglesias, todo es tan frío y seco; estamos muriendo de hambre por el pan de vida”. La gente es de la mejor clase de la sociedad, de todas las edades; hombres de buena apariencia de cabello blanco, están sentados y escuchan como si se les fuera la vida en ello. Algunos hombres que son superintendentes de Escuelas Dominicales, están muy ansiosos de obtener los discursos cuando ven a nuestros reporteros tomar notas taquigráficas. Dicen: “No quiero perderme ni una idea”. Todas las palabras, dicen, son preciosas... Todos dicen: “Nunca tuvimos el privilegio de escuchar la Biblia presentada tan sencillamente y con explicaciones muy sencillas, que no podemos sino comprenderla...”

Maggie Hare está transcribiendo los discursos del profesor Prescott y mis presentaciones para su publicación. Los sermones escritos del profesor Prescott nunca parecerán ser los mismos, me temo, como cuando son dados por el orador en persona: porque las palabras se pronuncian **en la demostración del Espíritu y con poder, su rostro brilla con la luz del cielo...** Creo que puedo decir con certeza que nunca en mi experiencia he visto un número tan grande de personas asistir a las reuniones que no son de nuestra fe, quienes están tan hambrientas por la verdad.

NOVIEMBRE 7, 1895 (*CARTA 51, 1895, AL HNO. McCULLAGH, NO PUBLICADA*)

En la noche predicó el pastor Prescott. La carpa estuvo llena, y se informa que veintenas no pudieron entrar bajo la carpa y se fueron... Hemos visto el poder de Dios en vasos humanos mientras presentaban la verdad en estas reuniones... El Señor está en nuestro medio.

NOVIEMBRE 17, 1895 (*CARTA 113, 1895 A J. H. KELLOGG*)

He tenido el privilegio de presenciar en las últimas cinco semanas lo que me ha dado mucho gozo al ver a la gente ansiosa, hambrienta y ferviente en escuchar la Palabra de Dios presentada en una luz clara y nueva. Se ha presentado la Palabra de Dios en demostración del Espíritu y con poder. El Señor nos ha enviado al profesor Prescott no como un vaso vacío, sino un vaso lleno de tesoros celestiales que puede dar a cada

hombre su porción de alimento a tiempo. Esto es lo que quiere el pueblo de Dios en todas partes...

Al ver que Maggie Hare toma en forma taquigráfica las preciosas verdades, actúan como un rebaño de ovejas medio muertas de hambre, y piden una copia. Quieren leer y estudiar cada punto presentado. Dios está enseñando a las almas. El Hno. Prescott ha presentado la verdad en un estilo claro y sencillo, sin embargo, rico en alimento...

Hemos escuchado en muchos lugares donde se celebraron reuniones campestres, expresarse muy sorprendidos de que creemos en Jesucristo, que creemos en su divinidad. Dicen: “Se me dijo que esta gente no predica a Cristo, pero nunca he asistido a reuniones donde Cristo fuera presentado en forma más manifiesta y exaltada que en los sermones y en cada línea de trabajo en estas reuniones. ¿Cómo podrían los adventistas del séptimo día predicar cualquier otra doctrina? (MR 2:164-167).

NOVIEMBRE 18, 1895 (CARTA 83, 1895, A EDSON WHITE, EL ÉNFASIS FUE AÑADIDO)

El Señor ha visitado al Hermano Prescott de una manera muy notable y le ha dado el Espíritu Santo para dar a esta gente... Los que no están en la verdad dicen: “Ese hombre habla por inspiración del Espíritu de Dios”. Estamos seguros que el Señor lo ha dotado con el Espíritu Santo y la verdad se derrama de sus labios en ricas corrientes. La verdad ha sido escuchada por predicadores y por personas que no son de nuestra fe. Después de la reunión ellos pidieron al Hno. Prescott que les dé copias de estos discursos...

El Hno. Prescott ha hablado muchas veces, y aquellos que no son de nuestra fe lo han sentido profundamente y expresaron que él hablaba bajo la inspiración del Espíritu de Dios.

Las personas de los suburbios de Melbourne están pidiendo: “Pongan sus carpas en nuestra localidad y permitan que la gente escuche las cosas que han predicado en Armadale. Todos necesitamos las palabras que nos han hablado aquí...”

Se han dado abundantes evidencias de que el Santo Espíritu de Dios ha hablado a los hombres mediante agencias humanas... Grandes números

testifican que nunca han oído la Palabra administrada con tanto poder y en la **manifiesta demostración del Espíritu** como en esta reunión. Dios ha dicho en las cortes celestiales a sus inteligencias celestiales: “Haya luz espiritual que brille en medio de la oscuridad moral del error y las fábulas acumuladas, y revelen la verdad”. El Mensajero del pacto ha venido, como el Sol de Justicia para nacer y brillar sobre los anhelantes oyentes. Su preexistencia, su venida por segunda vez en gloria y poder, su dignidad personal, su exaltación de su santa ley, son los temas que se presentaron con sencillez y poder (*MR* 21:388, 389, 391).

**NOVIEMBRE 21, 1895 (ARTÍCULO DE LA *REVIEW*
AND *HERALD* DEL 7 DE ENE. DE 1896, “LA
REUNIÓN CAMPESTRE AUSTRALIANA”)**

Nuestra tercera reunión campestre australiana se realizó en Armadale, un populoso suburbio de Melbourne, a unos cinco km (tres millas) al sudeste del centro de la ciudad. Durante la primera parte del año nuestros hermanos habían hecho planes para que la reunión se realizara en Ballarat, una ciudad de unos treinta mil habitantes, a unos ciento cincuenta kilómetros al norte de Melbourne. Hay una pequeña y fiel iglesia allí que necesitaba fortalecerse, y como la Asociación Australiana está con deudas, parecía deseable tener las reuniones donde fuera más económico que en Melbourne.

Pero el Señor me ha estado dando luz acerca de la obra que debe hacerse en nuestras grandes ciudades. La gente en las ciudades debe ser advertida, y el mensaje debe llegarles ahora. Llegará el momento cuando no podremos trabajar tan libremente en las grandes ciudades; pero ahora, la gente escuchará el mensaje, y este es el momento de trabajar fervientemente por la gente en los centros de población. Muchos escucharán y obedecerán, y llevarán el mensaje a otros.

El interés que la reunión campestre que se realizó hace dos años en Brighton comenzó a despertar, debiera continuarse con una reunión en alguna parte de Melbourne cada año. Cuando nuestros hermanos consideraron estas cosas, decidieron que las reuniones se deberían hacer en Melbourne, y en su búsqueda de un sitio fueron conducidos a Armadale.

El primer plan fue ubicar las reuniones en Northcote, donde sería cómodo para nuestros hermanos. Pero el Señor obstruyó el camino a Northcote, y los condujo a una localidad conveniente en los suburbios densamente poblados donde nunca se había dado el mensaje.

Durante las reuniones hemos tenido evidencias abundantes de que el Señor estuvo guiando tanto en la ubicación como en la obra de las reuniones. Se abrió un nuevo campo, y parece ser un campo estimulante. La gente no vino al lugar por curiosidad, como en nuestra primera reunión en Brighton, y como en Ashfield el año pasado. La mayoría vino directamente a la gran carpa de reunión, donde escucharon atentamente la palabra; y cuando terminó la reunión, tranquilamente volvieron a sus hogares, o se reunieron en grupos para hacer preguntas o analizar lo que habían oído.

El interés creció continuamente desde el principio de la reunión. Los discursos vespertinos, dados por los pastores Prescott, Corliss y Daniels, todos presentaron la verdad tal como es en Jesucristo. Difícilmente se dio un discurso durante toda la reunión que podría llamarse un sermón doctrinal. En cada sermón se predicó a Cristo, y a medida que las grandes y misteriosas verdades con respecto a su presencia y obra en los corazones de los hombres fueron presentadas en forma clara y sencilla, las verdades con respecto a su segunda venida, su relación con el sábado, su obra como Creador, y su relación con el hombre como la fuente de vida, apareció en una luz gloriosa y convincente que produjo convicción en muchos corazones. Con solemnidad, la gente decía: “Esta noche hemos escuchado la verdad”.

Usualmente se daba un estudio bíblico a las tres cada tarde. Estos estudios seguían las mismas líneas que los discursos vespertinos, y a ellas asistían regularmente veintenas además de los que acampaban en el campamento. Las mañanas se ocupaban mayormente con reuniones de la Asociación y la Unión Australianas, la sociedad de folletos, la asociación de Escuelas Sabáticas, y los intereses de las publicaciones y la educación.

Las horas tempranas de la mañana, antes del desayuno, estaban separadas y generalmente se observaban como una hora de silencio para el estudio y la oración individuales. Ocasionalmente se tenía una reunión general a esta hora. Hemos encontrado bendiciones en poner aparte un período cuando cada alma podía sentir que había unos momentos para orar

y estudiar la palabra de Dios sin interrupción. La hora de las ocho y media se dedicaba alternadamente a reuniones de oración de distritos y reuniones sociales generales. Aunque bastante débil durante la mayor parte de la reunión, el Señor me fortaleció para dar mi testimonio aquí. Durante las tres semanas de la reunión usualmente hablé los sábados, domingos y miércoles por la tarde, además de breves charlas en las reuniones de la mañana.

El sábado de mañana, 19 de oct., el pastor Corliss dio instrucción valiosa a nuestra gente. En la tarde, hablé del cuarto capítulo de Juan, espaciándome en la conversación de Cristo con la mujer de Samaria, en la cual él dijo: “Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: ‘Dame de beber’, tú le pedirías y él te daría agua viva”. Siguió una reunión de testimonios, en la cual se alabó y glorificó a Dios por su inefable bondad y amor sin igual hacia los hombres caídos al dar a Jesús, su único Hijo, para que todo aquel que cree en él no perezca, sino tenga vida eterna. Todos parecían tener el deseo de elevar a Jesús más y más alto todavía. Participaron algunos de afuera, un ministro testificó que la bendición de Dios estaba en la reunión, y que era bueno estar allí. Nos sentimos muy complacidos de ver una asistencia tan numerosa, y quedamos impresionados por el hecho de que muchas de las personas que asistieron nunca antes habían estado en una reunión general.

El domingo de mañana, el pastor Wilson, de Nueva Zelanda, dio un discurso muy provechoso, aunque sencillo y directo. Era hermoso en su sencillez. Cuanto más sencilla la enseñanza, mejor representa el sub pastor al Jefe de los Pastores. En la tarde, la carpa estuvo desbordada. Un gran número quedaron en pie afuera, y todos escucharon con profundo interés, y el Señor me fortaleció al presentar un testimonio sencillo a la gente, espaciándome especialmente sobre nuestra obligación de reconocer a Dios en todos nuestros caminos, y buscar cada vez más obtener el conocimiento de Dios, como se presentó en la oración de Cristo registrada en el capítulo 17 de Juan.

Por la noche el profesor Prescott dio una lección muy valiosa, preciosa como el oro. La carpa estaba llena, y había muchos de pie afuera. Todos parecían fascinados con la palabra, mientras él presentaba la verdad de líneas muy nuevas para los que no son de nuestra fe. La verdad se

separó del error, y por el Espíritu divino, brilló como joyas preciosas. Se mostró que la perfecta obediencia a todos los mandamientos de Dios es esencial para la salvación de las almas. La obediencia a las leyes del reino de Dios revela lo divino en lo humano, santificando el carácter.

Al conversar con la gente con la revista *Eco*, y al invitarlos a las reuniones, uno de los obreros se encontró con una mujer que había estado guardando el sábado durante unos doce meses. Ella nunca había oído a un predicador en persona, pero al estudiar la Biblia, se convenció de que estaba guardando el día equivocado, que el séptimo día era el verdadero día de reposo de la Biblia. Ella ahora está asistiendo a las reuniones, y gozándose con la verdad. Hay muchos casos interesantes que se están desarrollando, que ya están cerca de tomar su decisión.

El Señor está obrando con poder por medio de sus siervos que proclaman la verdad, y él ha dado al hermano Prescott un mensaje especial para la gente. La verdad sale de labios humanos con demostración del Espíritu y poder de Dios.

La gente de Armadale y de Malvern asistieron a las reuniones tanto por la tarde como por las noches, y los domingos y miércoles vino gran número desde suburbios distantes. La gente dice: “Ustedes no pueden apreciar el cambio de sentimiento acerca de sus reuniones y obra. Se había informado comúnmente que ustedes no creían en Cristo. Pero nunca hemos escuchado predicar a Cristo como en estas reuniones”. “No hay vida en nuestras iglesias. Todo es frío y seco. Estamos hambrientos por el Pan de Vida. Venimos a esta reunión campestre porque aquí hay alimento”. Al ver a nuestros taquígrafos registrando los discursos, nos ruegan que los imprimamos pronto, y los pongamos a su alcance. Uno, que es un maestro en una Escuela Dominical, tomó copiosas notas del discurso del pastor Prescott sobre “Dios y César”, y luego hizo copias para dos ministros que estaban interesados en el tema.

Por todos lados oímos discusiones sobre los temas presentados en la reunión campestre. Un día, mientras el Pastor Corliss bajaba de un tren, el guarda [conductor] lo detuvo con el pedido de que le explicara Col. 2:16. Se detuvieron, y mientras la gente pasaba rápidamente a su lado, le dio la explicación, y con Lev. 23:37, 38 le mostró que había sábados además del

Sábado del Señor. Se hicieron pedidos fervientes de que algunos de los discursos fueran dados en el salón municipal de Melbourne.

Mientras dos caballeros venían para el culto del sábado de tarde, uno le dijo al otro: “Estas son personas extrañas. Todo lo que escucharemos será de Moisés y del Sinaí. Después de la reunión, se acercó al pastor Daniells, y le expresó su gran sorpresa por lo que había escuchado. Le dijo lo que había dicho, y añadió que apenas podía creer a sus oídos. No había escuchado nada sino el evangelio puro. A otro hombre que había estado considerablemente opuesto a la obra, lo convencieron a que asistiera a una de las reuniones, y después le contó a un amigo que será una pérdida definida para los intereses espirituales de la comunidad cuando los adventistas se vayan; porque Cristo ha sido realmente exaltado en estas reuniones.

Toda la familia de un ex predicador wesleyano local está interesada, y completamente convencida de la verdad. Aun los niños preguntan por qué tienen “que guardar el domingo del papa cuando ellos saben que no es el día de reposo verdadero”. Una dama que vive a cierta distancia ha estado leyendo el *Eco*, y vino aquí expresamente para asistir a algunas de las reuniones. En la primera a la que asistió, el profesor Prescott hizo un llamado para que todos los que quisieran seguir a Cristo se pusieran de pie. Ella se levantó, y más tarde se bautizó. Una viuda que asistió a la mayoría de las reuniones ya ha guardado tres sábados. Una dama que tenía mucho prejuicio finalmente vino a la reunión para satisfacer a sus hijos, pero tan pronto como el culto terminó, se apresuró a salir de la carpa, no deseando hablar con nadie. Sin embargo, volvió, y sucedió que el tema era “El domingo en el Nuevo Testamento”; el coro siguió cantando “Yo te seguiré, oh Cristo”, y ella dice que no podía sacarse ese himno de la mente; le sonaba en sus oídos continuamente. Ahora está buscando fervientemente la verdad.

Las reuniones campestres son un éxito para atraer la atención de la gente. Muchos de los que asistieron a la reunión en Brighton hace dos años, estuvieron presentes en la reunión de Armadale. Asistieron a las reuniones sin decidirse a obedecer la verdad, pero están manifestando un mayor interés aquí, y algunos han tomado su posición ahora en obediencia a la verdad. Veinte personas se bautizaron el domingo 10 de noviembre — *Melbourne, 21 de noviembre.*

LOS SERMONES DE W. W. PRESCOTT

The Bible Echo (El eco bíblico)

“Con este número comenzamos una serie de presentaciones muy valiosas e interesantes, ofrecidas por el Profesor W. W. Prescott en la reunión campestre de Armadale. La serie aparecerá bajo el título de “Sermones de la Reunión Campestre”. Los que no pudieron asistir a las reuniones sin duda estimarán como un privilegio tener la oportunidad de leer estos sermones en las columnas del *Bible Echo*” (*The Bible Echo*, dic. 2, 1895).

PERMANECER EN CRISTO Y ANDAR EN CRISTO



20 DE OCTUBRE DE 1895, CHARLA EN REUNIÓN CAMPESTRE DE
ARMADALE, *THE BIBLE ECHO*, 2 Y 9 DE DICIEMBRE DE 1895.

“**E**l que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo” (1 Juan 2:6). Permanecer y andar son las lecciones de este texto. Como resultado de permanecer en Cristo, deberíamos caminar como él caminó. La primera lección es permanecer en Cristo. “Permaneced en mí, y yo en vosotros. Como el pámpano no puede llevar fruto por sí mismo, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los pámpanos; el que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto, porque separados de mí nada podéis hacer” (Juan 15:4, 5). Cristo dice: “Yo soy la vid verdadera”. Hay muchísimos que profesan ser vides; pero yo soy la vid verdadera, y yo soy la Vid que tiene vida. Nosotros somos los pámpanos. Pero en la Escritura se habla de Cristo como una rama nueva. “Yo traigo a mi siervo, el Renuevo”. “Aquí está el varón cuyo nombre es el Renuevo; él brotará de sus raíces y edificará el Templo de Jehová” (Zac. 3:8; 6.12). “Subirá cual renuevo delante de él, como raíz de tierra seca: No hay hermosura en él, ni esplendor; le veremos mas sin atractivo alguno para que lo apreciemos” (Isa. 53:2). “Yo soy la vid, vosotros los pámpanos”. Pero la Escritura habla de Cristo mismo como el pámpano (renuevo). Cristo es una rama en relación con Dios para poder ser una vid para nosotros.

Antes que cualquier pámpano pueda crecer, tiene que haber alguna vida debajo que no se ve. De modo que el pámpano es sólo una raíz que ha aparecido a la vista, pero que para la vida depende de las raíces que

obtienen su vida del suelo. Dios es la fuente de todas las cosas; pero él aparece a la vista para los hombres en

Jesucristo, el Renuevo,

y Cristo, el renuevo, es solo la raíz de Dios, creciendo a la vista para que los hombres lo vean, y Dios se manifieste. Cuando Jesucristo vino al mundo, era Dios quien se manifestaba a sí mismo; pero por cuanto la raíz surgió de lo que parecía tierra seca, porque no se manifestó en la forma en que los hombres creían que debía ser, no lo reconocieron. Ellos pensaban que era algo no deseable, y así lo rechazaron; y no obstante era un renuevo que surgía de la raíz de vida, era Dios que se manifestaba a sí mismo al mundo de modo que lo pudieran ver. Nubes y oscuridad rodean su trono; no obstante, él se manifestó, de modo que el mundo, si quisiera, pudiera verlo en el Renuevo.

Cristo llegó a ser un renuevo para Dios a fin de que pudiera ser una vid para los otros pámpanos. Pero el pámpano permanece en la vid solo si tiene una conexión viva con ella. Tan pronto como el pámpano es cortado de la vid, aunque sea puesto de nuevo con mucho cuidado, ya no permanece en la Vid. No podría permanecer en la vid excepto que sea injertado, y el éxito de este proceso de injerto depende de hacer tal conexión que la vida de la Vid fluya de nuevo al pámpano. Y debemos permanecer en Cristo así como

el Pámpano permanece en la Vid,

de modo que la misma vida de Dios sea nuestra vida. Los pámpanos están llenos de vida, pero no tienen vida propia. Así tenemos que presentarnos cada día para ser llenados con la vida de Dios. En el mismo momento en que se corta la conexión del pámpano y la vid, en ese instante la rama deja de vivir. Esa es la lección de permanecer en Cristo. Mientras el pámpano está conectado con la vid, lleno de vida, no obstante necesita todo el tiempo ser llenado, así hemos de estar conectados con Cristo, totalmente dependiendo de él para la vida.

Esa es la lección; ¿cuál es la aplicación? “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”. Si el pámpano está conectado con la

vid, lleva el fruto de la vid. Dios en Cristo es la Vid verdadera, pero el fruto de la vid no se encuentra directamente en el tronco. El fruto se encuentra en el pámpano. Cristo es nuestra vid, y aquellos que, por conectarse con él, son sus ramas, producirán el mismo fruto que él dio cuando estuvo aquí, la rama misma. Es decir, andarán como él anduvo. Esto pone delante de nosotros el pensamiento de que

Cristo es nuestro ejemplo

“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”. No como *dicen* los hombres que él anduvo, sino *como él anduvo*. ¿Y cómo sabremos cómo anduvo él? —Leyendo y estudiando su vida. Allí encontramos cómo anduvo Cristo, y allí encontraremos cómo debemos andar. Y andaremos como él anduvo, no totalmente como una *obligación*, sino como un *resultado*. Si uno dice que permanece en Cristo, y no anda como él anduvo, su vida es contraria a su profesión. No llegamos a estar en Cristo tratando de andar como él anduvo; no permanecemos en Cristo tratando de andar como él anduvo; pero primero llegamos a estar en Cristo, y entonces, como consecuencia, así como un pámpano dará fruto de la vid, así el cristiano, que realmente permanece en Cristo, produce el mismo fruto que él produjo, andando como él anduvo.

Si permanecemos en él, andaremos en sus pasos, y él nos ha dejado ejemplo para que andemos en sus pisadas. Hay muchas personas que se encargan de señalar cuáles son las pisadas de Cristo; pero su palabra es la prueba, y en ella podemos encontrar si están señalando correctamente sus pasos o no. Hoy en el mundo hay muchos falsos conceptos de Cristo, que realmente equivalen a tener un falso Cristo. No se trata de cuál es nuestra *idea* de Cristo, sino de lo que él es, lo que ha de ser nuestro ejemplo; no lo que se nos ha enseñado que es Cristo, sino lo que la palabra dice que él es.

A Simeón le fue revelado “que no vería la muerte antes que viera al Ungido del Señor”, y eso es lo que nosotros queremos ver. No la idea de cualquier hombre de lo que Cristo debería ser, sino la de Cristo, el Señor. Ese es el Cristo de la palabra, y nuestra idea de cómo Cristo anduvo debería ser formada totalmente por la palabra.

Una prueba práctica

Y ahora probémoslo de esa manera. Es bastante probable que apenas comencemos a hablar de andar con Cristo, surja el pensamiento: Cristo caminó sobre el agua; y usted seguramente no espera que caminemos sobre el agua. Permítanme llamarles la atención a un incidente del comienzo del ministerio de Cristo: “Pasando Jesús junto al Mar de Galilea, vio a dos hermanos, Simón, llamado Pedro, y su hermano Andrés, que echaban la red en el mar, porque eran pescadores. Y les dijo: Venid en pos de mí, y os haré pescadores de hombres. Ellos entonces, dejando al instante las redes, lo siguieron” (Mat. 4:18-20). Antes de que Cristo anduviera *sobre* el mar, anduvo *junto* al mar sobre la tierra; y antes de que viera a Pedro sobre el mar, lo vio en tierra y le dijo que lo siguiera, y Pedro dejó sus redes y lo siguió. Más tarde en el ministerio de Cristo, lo encontramos después de haber alimentado a cinco mil, sus discípulos tomaron la barca para cruzar el lago, pero él se fue aparte a una montaña a orar; “y cuando llegó la noche, estaba allí solo. Ya la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario. Pero a la cuarta vigilia de la noche, Jesús fue a ellos andando sobre el mar” (Mat 14:23-25). Pero noten que antes de caminar sobre el mar, él había pasado la noche en oración secreta. “Pero la barca estaba en medio del mar, azotada por las olas, porque el viento era contrario”. Así es nuestra barca. Muy probablemente ahora mismo alguna barca está azotada por las olas de la tempestad humana. Y en la cuarta vigilia de la noche, Jesús vino a ellos de sus momentos de oración secreta, caminando sobre el mar. “Los discípulos, viéndolo andar sobre el mar, se turbaron diciendo: ¡Un fantasma! Y gritaron de miedo. Pero enseguida Jesús les habló, diciendo: ¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis”. Permitan que él les diga esto a ustedes ahora: “Tengan ánimo; soy yo; no tengan miedo”. “Entonces le respondió Pedro, y dijo: Señor, si eres tú, manda que yo vaya a ti sobre las aguas. Y él dijo: Ven. Y descendiendo Pedro de la barca, andaba sobre las aguas para ir a Jesús. Pero al ver el fuerte viento, tuvo miedo y comenzó a hundirse. Entonces gritó: ¡Señor, sálvame! Al momento Jesús, extendiendo la mano, lo sostuvo y le dijo: “¡Hombre de poca fe! ¿Por qué dudaste?” (vers. 26-31). El andar de Cristo sobre el mar fue

El andar de la fe,

pero Pedro fracasó por causa de su falta de fe. Es contrario a la naturaleza caminar sobre el agua, y es contrario a nuestra naturaleza el andar como Cristo anduvo; pero él nos dice lo que le dijo a Pedro: “¡Tened ánimo! Soy yo, no temáis”. Sea en tierra o en el mar, su palabra es una roca; y cuando pone su palabra debajo de nuestros pies, él edifica para nosotros un puente de roca, y no hace diferencia si él pone ese puente sobre la tierra, el agua o en el cielo.

Pero Pedro se hundió. Y el Pedro que se hundió esa noche en el agua es el Pedro que se hundió esa otra noche, al no testificar por Jesús. La razón en ambos casos fue su falta de fe. En cada caminata de Jesús hay una lección para nosotros, y como no es natural para el hombre andar sobre el agua, tampoco es natural para él andar como anduvo Cristo: en obediencia al carácter de Dios; pero se le da el poder por medio de la fe en la palabra de Dios “Venid a mí”.

Aunque Cristo era Dios en la carne, él no escapó de

Las críticas de los hombres

acerca de la manera en que él andaba. Noten el informe: “Aconteció que estando él sentado a la mesa en la casa, muchos publicanos y pecadores, que habían llegado, se sentaron juntamente a la mesa con Jesús y sus discípulos. Cuando vieron esto los fariseos” —¿Quién es un fariseo?— Es un hombre que se ha encargado de ser su propio Salvador, y está muy confiado en su propio poder para hacer esa tarea. No importa si vivió hace mil ochocientos años, o si vive hoy. ¿Quién es un cristiano? Uno que depende de Cristo como su Salvador, y tiene toda la confianza en él.

Cristo entró en contacto con fariseos que se hacían santos a sí mismos, y criticaron a Cristo por comer con publicanos y pecadores, y “dijeron a los discípulos: ¿Por qué come vuestro Maestro con los publicanos y pecadores? Al oír esto Jesús, les dijo: Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended lo que significa: ‘Misericordia quiero y no sacrificio’, porque no he venido a llamar a justos, sino a pecadores al arrepentimiento” (Mat. 9:10-13). Cuando encontraron faltas en la manera en que él andaba, él les dijo, Yo ando conforme a las Escrituras, y si ustedes estuvieran siguiendo esas Escrituras, no me criti-

carían. Estos hombres eran líderes del pensamiento religioso de esos días. Se los consideraba como los maestros del pueblo, y se enorgullecían en esa posición. No obstante, criticaban la manera en que Cristo andaba.

Leamos otro registro: “Pero los principales sacerdotes y los escribas, viendo las maravillas que hacía y a los muchachos aclamando en el templo y diciendo: ‘¡Hosana al Hijo de David!’, se enojaron”. ¿Qué los enojó? Que los muchachos gritaran Hosana a Cristo y no a los escribas y fariseos. “Y le dijeron: ¿Oyes lo que estos dicen? Jesús les dijo: Sí. ¿Nunca leísteis: ‘De la boca de los niños y de los que aún maman, fundaste fortaleza [has puesto la perfecta alabanza, NVI]’ [Mat 21:15, 16]. Estoy andando de acuerdo con las Escrituras.

Vayamos al evangelio de Marcos en este punto: “Aconteció que al pasar él por los sembrados un sábado, sus discípulos, mientras andaban, comenzaron a arrancar espigas. Entonces los fariseos le dijeron: Mira, ¿por qué hacen en sábado lo que no es lícito? (Mar. 2:23, 24). ¿Por qué lo criticaron esta vez? La primera vez fue por sentarse y comer con pecadores; pero era la gloria de Cristo recibir entonces a los pecadores, y también así es *ahora*. La segunda vez lo criticaron acerca de los niños que cantaban alabanzas. Déjenlos cantar ahora. La tercera vez era porque no guardaba el sábado de acuerdo con la idea de ellos, ¿y cómo los enfrenta? “¿Nunca leísteis lo que hizo David cuando tuvo necesidad y sintió hambre, él y los que con él estaban?” Si hubieran leído las Escrituras, no me criticarían de esa manera. Los principios establecidos en las Escrituras son los principios que gobiernan mi vida, pero no ando de acuerdo con la interpretación de las Escrituras que hacen ustedes.

Con los que desean la verdad, tan pronto como se les presenta la verdad, se termina la controversia. Los que quieren una discusión, saltan de un punto a otro, como hacían los fariseos con Cristo.

“Otra vez entró Jesús en la sinagoga. Había allí un hombre que tenía seca una mano. Y lo acechaban para ver si lo sanaría en sábado, a fin de poder acusarlo”. Otra vez la misma controversia. “Entonces dijo al hombre que tenía la mano seca: Levántate y ponte en medio. Y les preguntó: ¿Es lícito en los sábados hacer bien, o hacer mal; salvar la vida, o quitarla? Pero

ellos callaban”. (Mar. 3:1-4). Bien hicieron; porque no había nada que decir. Y él sanó al hombre.

La controversia en el tiempo de Cristo y en el nuestro.

En el tiempo de Cristo, la controversia entre él y los fariseos era sobre cómo guardar el sábado; y cuando Cristo la resolvió, lo hizo basado en las Escrituras. La controversia hoy es, ¿Qué día debemos guardar como día de reposo? Resuélvanlo sobre la misma base. Es andar como Cristo anduvo. “El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”, no como la gente *dice* que anduvo. Si alguno dice que Cristo guardó el primer día de la semana, vayan a la Biblia, y pidan el informe. Si alguno afirma que el sábado fue cambiado por él o por los apóstoles en honor de su resurrección, pidan un “Así dice el Señor”. La palabra es nuestra única guía segura. Andar como él anduvo. El hombre que anda como Cristo anduvo, no andaré necesariamente como andan los maestros líderes religiosos del momento. Cristo no lo hizo; porque los fariseos fueron los que lo criticaron. Cristo no conformó su vida con sus ideas. Les dijo lo que decían las Escrituras, y les dijo que andaba en armonía con esa palabra. Y hoy permitan que esa palabra resuelva toda controversia.

Cristo, la manifestación del carácter de Dios

Cuando Cristo, al observar su vida de treinta y tres años, dijo que había terminado la obra que el Padre le había dado para hacer, ¿cómo la resumió? “Todas las cosas que oí de mi Padre os las he dado a conocer”. “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Juan 15:15, 10). En esta declaración no tenemos tanto una orden como un ejemplo, y cuando Cristo dijo eso, dio su biografía completa. Cuando dijo: “He guardado los mandamientos de mi Padre”, él dio toda la historia de su vida. ¿Y qué significa eso? Yo he manifestado el carácter de mi Padre. ¿Qué significa, entonces, guardar los mandamientos? Significa manifestar el carácter de Dios como apareció en Jesucristo. Nada menos que eso es guardar los mandamientos. Los fariseos se enorgullecían de que estaban guardando los mandamientos, pero Cristo dijo: “Ignoráis las Escrituras”.

Lo que habían aprendido acerca de las Escrituras lo habían aprendido en la cabeza. Lo que nosotros aprendemos acerca de las Escrituras, tenemos que aprenderlas de *corazón*, “los ojos de vuestro entendimiento, para que sepáis”: saberlas real y verdaderamente de *corazón*.

Cuando Cristo les dijo que él había guardado los mandamientos de su Padre, les dijo que él era la manifestación de Dios sobre la tierra. Les dijo en esas palabras que Dios estaba en Cristo, reconciliando el mundo a sí; les dijo que él no hablaba sus propias palabras, sino las palabras del Padre. “El Padre, que vive en mí, él hace las obras”. Les dijo que él era la Palabra de Dios sobre la tierra, porque él estaba declarando el carácter de Dios. Les dijo que él era Jesucristo. Todo esto les dijo en estas palabras: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. Cristo era un hombre, el Hijo del hombre. Entonces, ha habido un hombre que caminó sobre esta tierra, y guardó los mandamientos de Dios. Él es nuestro ejemplo. Hemos de andar como él anduvo.

¿Podemos guardar los mandamientos?

Cuando de este modo aprendemos de las Escrituras que guardar los mandamientos es manifestar el carácter de Dios, podemos decir: Es imposible hacer tal cosa. Ese es un buen comienzo. *Nosotros* no podemos hacerlo, eso es cierto. Pero, ¿quién guardó los mandamientos? Jesucristo. ¿Y quién puede hacerlo otra vez, aun en carne pecadora? Jesucristo. ¿Y cómo andaremos como él anduvo? “¿Y qué acuerdo hay entre el templo de Dios y los ídolos? Y vosotros sois el templo del Dios viviente, como Dios dijo: ‘Habitaré y *andaré en ellos*; y seré el Dios de ellos, y ellos serán mi pueblo’” (2 Cor. 6:16, RVA). Dios habitó en Cristo y anduvo en Cristo. Cristo era el pámpano para Dios para poder ser la vid para nosotros, para que la vida pudiera fluir por medio de él en nosotros como ramas, para que llevemos fruto de la vid.

“El que dice que permanece en él, debe andar como él anduvo”. Permitan que la Escritura diga cómo anduvo él: “He guardado los mandamientos de mi Padre”. La vida de Dios permanece en aquel que permanece en Cristo, y se cumple la Escritura: “Habitaré en ellos y andaré

en ellos”. Dios en Cristo, por su Santo Espíritu que habita en el hombre, camina en él. Esto muestra cómo podemos andar como Cristo anduvo.

Pero primero, tomen nota de lo que dice la palabra de Dios. No acepten lo que dice el hombre. Permitan que la luz de Dios brille sobre su palabra. Permitan que el Espíritu Santo nos enseñe la bendita verdad viva de su palabra, y Dios mismo cumplirá su palabra en cada uno que así lo reciba.

Pero sigamos leyendo: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos y los pongáis por obra” (Eze. 36:26, 27). Esa es la promesa de Dios. Pero cuando él dice: “Hijo mío, por este camino”, y yo elijo ir por otro camino, él no nos obliga a andar por su camino. Él no nos obliga a hacer algo contrario a nuestra voluntad en este asunto. Pero cuando uno dice: Señor, muéstrame el camino (Sal. 119:33), él nos muestra el camino, y nos hace andar en él. Esta es la manera en que obra.

La bendita Biblia nos enseña la misma verdad de cien maneras diferentes. Supongamos que vamos a una página de lo que podemos llamar el libro de ilustraciones de Dios. Para ayudar a los niños a comprender, les damos figuras que ilustran lo que estamos enseñando. Somos solo niños, y Dios a menudo nos dice una verdad poniendo una imagen ante nosotros. Aquí hay una:

“Se le acercó mucha gente que traía consigo cojos, ciegos, mudos, mancos y otros muchos enfermos. Los pusieron a los pies de Jesús, y los sanó”. ¿Podría uno estar mucho peor? Ellos estaban en situación terrible, y “los sanó”. “De manera que la multitud se maravillaba al ver que los mudos hablaban, los mancos quedaban sanos, los cojos andaban, y los ciegos veían. Y glorificaban al Dios de Israel”. (Mat. 15:30, 31). Nosotros somos cojos; no podemos andar como Cristo anduvo. Cristo tenía un andar noble. Nosotros no podemos caminar de ese modo. ¿Qué hace él por nosotros? Él *los* sanó; ¿no puede sanarnos a *nosotros*?

Aquí hay otra de las figuras de Dios, que hemos considerado muchas veces. Es la figura del hombre paralítico desde el vientre de su madre. Tomen el pasaje tal como se lee. ¿Cuál era el problema de este hombre?

Era paralítico. ¿Cuánto tiempo había estado paralizado? Toda su vida. ¿Qué le dijo Pedro? “No tengo plata ni oro, pero lo que tengo te doy: en el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”. ¿Qué pasó luego? “Entonces lo tomó por la mano derecha y lo levantó. Al instante se le afirmaron los pies y tobillos”. Y cuando recibió fuerzas, ¿qué hizo? “Y saltando, se puso en pie y anduvo; y entró con ellos en el Templo, andando, saltando y alabando a Dios”. Pero él tuvo que recibir fuerzas en el nombre de Jesús de Nazaret antes de que pudiera andar. Y la gente “se llen[ó] de admiración y asombro por lo que le había ocurrido” (NVI). “Al ver esto Pedro, habló al pueblo: ‘Israelitas, ¿por qué os admiráis de esto?’ ¿Por qué ustedes que creen en el Dios de Israel, se maravillan de esto? ¿No creen en un Dios de poder? ¿‘O por qué ponéis los ojos en nosotros, como si por nuestro poder o piedad hubiéramos hecho andar a este?’” (Hech. 3:6-12).

Andar como Cristo anduvo

Ningún hombre puede hacer que otro camine como Cristo anduvo sino tiene la fuerza para andar por ese camino. Es por la fe en Jesús de Nazaret. “Por la fe en su nombre, a este, que vosotros veis y conocéis, lo ha confirmado su nombre; y la fe que es por él ha dado a este esta completa sanidad en presencia de todos vosotros”. El Israel de Dios vive hoy, y el mismo poder que tocó a ese hombre que nunca había caminado y lo hizo capaz de caminar, puede tomar al peor de los pecadores, que nunca anduvo un paso en las pisadas de Jesucristo, y hacerlo andar como Cristo anduvo. “En el nombre de Jesucristo de Nazaret, levántate y anda”.

Aquí hay otro cuadro para mostrarnos que podemos andar como él anduvo por la fe en su nombre: “Cierta hombre de Listra estaba sentado, imposibilitado de los pies, cojo de nacimiento, que jamás había andado”. Pero él había oído hablar a Pablo, y el mensaje se había posesionado de su corazón. Pablo vio que él tenía fe para ser sanado, y “dijo a gran voz: ¡Levántate derecho sobre tus pies! Él saltó y anduvo”. (Hech. 14:8-10). Y anduvo como un hombre sano. Fue sanado para que pudiera hacer eso. Esa es la obra de Jesucristo. Y hoy por su poder *nosotros* podemos andar como él anduvo. “Por tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo,

andad en él” (Col. 2:6). Y andar *en él* es la única manera en que podemos andar como él anduvo.

“Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante” (Efe. 5:2). Muchas personas tienen una idea muy incorrecta de lo que significa andar en amor. Parecen tener una idea de que es llegar a una clase de éxtasis de modo que no sepan quiénes son o qué están haciendo. Para ellos significa ponerse por encima de las cosas ordinarias de la vida. Este concepto no es correcto. Las Escrituras definen exactamente qué significa andar en amor. “Y este es el amor: que andemos según sus mandamientos” (2 Juan 6). “Porque este es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos” (1 Juan 5:3). “Si me amáis,” dijo Jesús, “guardad mis mandamientos”. “Si guardáis mis mandamientos, permaneceréis en mi amor; así como yo he guardado los mandamientos de mi Padre y permanezco en su amor” (Juan 15:10). El amor de Dios no es una emoción sentimental, no es una experiencia de frenesí fanático. Cristo trabajó en el banco del carpintero durante la mayor parte de su vida. Descendió a Nazaret y estuvo sujeto a sus padres. Su andar como joven es el andar de todo joven. Cristo nos dice cómo amarlo. No acepta ninguna otra cosa.

Es de gran importancia para nosotros,

Obtener una idea correcta de Jesucristo

Si un hombre obtiene una idea equivocada de él, él dedicará su vida a su idea falsa, y sacrificará la vida de todos los que no ven a su Cristo como él lo ve. Tomen, por ejemplo, el caso de Pablo. Él esperaba al Mesías; pero era a *su* Mesías, no al Mesías del Señor, de modo que cuando el Mesías del Señor vino, él no lo vio. Algunos lo vieron, y creyeron en él, y Pablo de inmediato comenzó a perseguirlos porque no creían en *su* Cristo. “Ya habéis oído acerca de mi conducta en otro tiempo en el judaísmo, que perseguía sobremanera a la iglesia de Dios y la asolaba”. “En el *judaísmo*”. La religión de Dios nunca persiguió a nadie. “En el judaísmo aventajaba a muchos de mis contemporáneos en mi nación”. Observen lo que era el judaísmo. “Siendo mucho más celoso de las tradiciones de mis padres” (Gál. 1:13, 14). Él era celoso de las tradiciones de sus padres, no de la palabra

de Dios. “Pero cuando agradó a Dios, que me apartó desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí, para que yo lo predicara entre los gentiles, no me apresuré a consultar con carne y sangre. Tampoco subí a Jerusalén para ver a los que eran apóstoles antes que yo; sino que fui a Arabia y volví de nuevo a Damasco. Después, pasados tres años, subí a Jerusalén para ver a Pedro y permanecí con él quince días; pero no vi a ningún otro de los apóstoles, sino a Jacobo el hermano del Señor. En esto que os escribo, os aseguro delante de Dios que no miento. Después fui a las regiones de Siria y de Cilicia, pero no me conocían personalmente las iglesias de Judea que están en Cristo, pues solo habían oído decir: Aquel que en otro tiempo nos perseguía, ahora predica la fe que en otro tiempo combatía. Y glorificaban a Dios a causa de mí” (Gál. 1:15-24). Es importante que tengamos un concepto verdadero de Cristo.

Cristo en todos y en todo,

y a fin de andar como él anduvo, debemos conocerlo en su capacidad de adaptarse a nosotros. Las Escrituras lo presentan de este modo, para que podamos apropiarnos del amor de Dios para nosotros mismos.

“Yo soy la puerta”. (Juan 10:7). Es decir, la entrada. Ninguno puede entrar excepto por medio de Cristo.

“Yo soy el camino”. (Juan 14:6). Yo soy la puerta y el camino para entrar.

“Yo soy la luz del mundo”. (Juan 8:12). Yo soy la puerta, el camino, la luz. Este es un mundo oscuro, y necesitamos una luz.

“Yo soy el pan de vida”. (Juan 6:48). Necesitamos fuerzas para andar el camino. “Yo soy ese pan de vida”.

“Yo soy el buen pastor”. (Juan 10:11). Él es el compañero que va con sus ovejas.

“Yo soy... la vida”. (Juan 14:6). Este es el poder para el camino.

“Yo soy la resurrección”. (Juan 11:25). Ese es el fin del camino.

Yo soy la puerta, yo soy el camino, yo soy la luz, yo soy el pan, yo soy el Buen Pastor, yo soy la vida, yo soy la resurrección. Es decir: Yo soy la entrada, el camino, la luz por la cual caminar, la fuerza con que andar, el compañero

en el camino, el poder para el camino, y el fin del camino. Y así David, en el Salmo 23 dice: “Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estarás conmigo; tu vara y tu cayado me infundirán aliento”. El camino de Jesucristo no se extiende sencillamente a la tumba, sino a través de la tumba. Y por causa de esto, podemos pasar por el valle de sombra de muerte, y no ser dejados allí. “Yo soy la resurrección y la vida”, y el que permanece en Cristo, quien es la puerta, el camino, la luz, el pan, el Buen Pastor, la vida y la resurrección, realmente anda “como él anduvo”.

SERMONES EN PIEDRA



23 DE OCTUBRE DE 1895, DISCURSO EN LA
REUNIÓN CAMPESTRE DE ARMADALE, *THE BIBLE*
ECHO, 16 Y 23 DE DICIEMBRE DE 1895

Un poeta habló de ver sermones en piedras, y este será nuestro estudio de esta mañana: ver “sermones en piedras”.

“Rama fructífera es José, rama fructífera junto a una fuente, sus vástagos se extienden sobre el muro. Le causaron amargura, le lanzaron flechas, lo aborrecieron los arqueros, mas su arco se mantuvo poderoso y los brazos de sus manos se fortalecieron, por las manos del Fuerte de Jacob, por el nombre del Pastor, la *Roca de Israel*”. “Acercándonos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios, escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (Gén. 49:22-24; 1 Ped. 2:4, 5). Veremos diferentes casos, en los que, en una u otra experiencia, un registro y otro, surge este pensamiento de “piedras vivas”.

“Después vino Amalec y peleó contra Israel en Refidim. Y dijo Moisés a Josué: Escoge a algunos hombres y sal a pelear contra Amalec. Mañana yo estaré sobre la cumbre del collado con la vara de Dios en mi mano. Josué hizo como le dijo Moisés y salió a pelear contra Amalec. Moisés, Aarón y Hur subieron a la cumbre del collado. Y sucedía que cuando alzaba Moisés su mano, Israel vencía; pero cuando él bajaba su mano, vencía Amalec. Como las manos de Moisés se cansaban, tomaron una *piedra* y la pusieron debajo de él. Moisés se sentó sobre ella”. (Éxo. 17:8-12). El hecho de que Moisés se sentó sobre una piedra significa algo

más que sencillamente que tenía algo sobre qué sentarse. Indica que era el Dios de Israel, “la roca de Israel”, quien le daba la victoria.

La piedra en la mano del joven pastor de Israel.

Tenemos también el caso de David y Goliat. No necesitamos tomarnos el tiempo para leer cómo los filisteos habían derrotado al ejército de Israel, y cómo Goliat salía mañana tras mañana para desafiarlos. David, que era apenas un joven pastor, descendió para visitar a sus hermanos. Ellos más bien lo despreciaron. “Eliab, su hermano mayor, se encendió en ira contra David y le dijo: ¿Para qué has descendido acá? ¿A quién has dejado aquellas pocas ovejas en el desierto?” (1 Sam. 17:28). David vino de cuidar las ovejas. Un pastor es el que cuida las ovejas, no las pierde. Cristo es el Buen Pastor.

Después de hablar con Saúl, David obtuvo su consentimiento de salir y pelear contra Goliat, y “Saúl vistió a David con sus ropas, puso sobre su cabeza un casco de bronce y lo cubrió con una coraza”. Pensó que, si David había de pelear contra Goliat, necesitaría una armadura. “Y dijo David a Saúl: No puedo andar con esto, pues nunca lo practiqué. Entonces David se quitó aquellas cosas. Luego tomó en la mano su cayado y escogió cinco piedras lisas del arroyo, las puso en el saco pastoril, en el zurrón que traía, y con su honda en la mano se acercó al filisteo. El filisteo fue avanzando y acercándose a David, precedido de su escudero. Cuando el filisteo miró y vio a David, no lo tomó en serio, porque era apenas un muchacho, rubio y de hermoso parecer. El filisteo dijo a David: ¿Soy yo un perro, para que vengas contra mí con palos? Y maldijo el filisteo a David, invocando a sus dioses. Dijo luego el filisteo a David: Ven hacia mí y daré tu carne a las aves del cielo y a las bestias del campo. Entonces dijo David al filisteo: Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina; pero yo voy contra ti en el nombre de Jehová de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado... Aconteció que cuando el filisteo se levantó y echó a andar para ir al encuentro de David, David se dio prisa y corrió a la línea de batalla contra el filisteo. Metió David su mano en la bolsa, tomo de allí una piedra, la tiró con la honda e hirió al filisteo en la frente.

La piedra se le clavó en la frente y cayó a tierra sobre su rostro. Así venció David al filisteo con honda y piedra” (1 Sam. 17:38-50).

David salió en el nombre del Señor, y Jesús fue con él para darle la victoria sencillamente con una piedra. No fueron solamente el poder de David y su puntería los que causaron que la piedra se clavara en la frente del filisteo. Era el poder del Señor, quien estaba peleando la batalla por él. Ese registro es para nosotros. Tenemos batallas que pelear contra el enemigo de Jehová de los ejércitos, y nosotros prevalecemos sobre él con una piedra. David sin armadura, sin implementos bélicos, David saliendo en la fe de Jehová de los ejércitos, es el ejemplo para nosotros. Él venció con una piedra. Jesucristo, la piedra viva, es nuestra fortaleza y poder para nuestras batallas contra el enemigo.

Un edificio de piedras preparadas

En 1 Reyes 6, tenemos un registro de la construcción del templo de Salomón. En el versículo 7 hay una descripción de la casa: “Cuando se edificó la Casa, la construyeron con piedras que traían ya talladas, de tal manera que no se oyeron en la Casa ni martillos ni hachas, ni ningún otro instrumento de hierro, cuando la edificaban”. Las piedras de este templo eran extraídas de la cantera y labradas, cada piedra para ocupar su lugar específico en el templo, antes de que las pusieran juntas; y entonces, cuando las traían de la cantera, cada piedra encajaba en su lugar. El edificio se construyó, piedra sobre piedra, y nunca se oyó el sonido de un hacha o un martillo. “Cortaron y prepararon la madera y la cantería para labrar la casa”. Pero todos los preparativos se hicieron antes de que se pusieran en su lugar.

“Vosotros también, como piedras vivas sed edificados como

Casa Espiritual,

un sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales, aceptables a Dios por medio de Jesucristo. Por lo cual también dice la Escritura: ‘He aquí, pongo en Sión la principal piedra del ángulo, escogida, preciosa; el que crea en él, no será avergonzado’. Para vosotros, pues, los que creéis, él es precioso. En cambio, para los que no creen: ‘La piedra que los edificadores desecharon ha venido a ser la cabeza del ángulo’ y: ‘Piedra de tropiezo y

roca que hace caer'. Ellos por su desobediencia, tropiezan en la palabra" (1 Ped. 2:4-8). Cristo es la piedra viva; y tan pronto como llegamos a estar en contacto con él, llegamos a ser piedras vivas. Separados de él, estamos muertos; pero al entrar en contacto con él, somos edificados en una casa espiritual para él, "y esa casa somos nosotros, con tal que retengamos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza" (Heb. 3:6); "siendo la principal piedra del ángulo Jesucristo mismo" (Efe. 2:20). "Y vosotros sois el templo del Dios viviente" (2 Cor. 6:16). Y la casa entera, juntamente edificada, crece para ser un templo santo en el Señor. Somos edificados para morada de Dios. Cada creyente es un templo de Dios, y entonces los creyentes, edificados juntos, eso constituye la iglesia, que es el templo del Dios viviente, él, por su Espíritu Santo, toma su morada allí.

Llegamos a ser piedras vivas porque él es una piedra viva, y somos edificados sobre él. Ningún hombre puede poner otro fundamento que el que está puesto. "Volveré y reedificaré el tabernáculo de David, que está caído; y repararé sus ruinas, y lo volveré a levantar" [Hech. 15:16]. Él reunirá otra vez un pueblo con el que edificará su iglesia. Él está actuando ahora, preparando las piedras para su templo. Están siendo extraídas de la cantera y labradas, cada una para llenar su lugar en el templo de Dios. Cuando ese templo esté completo, la obra estará terminada.

Preparando las piedras.

En Oseas tenemos nuevamente ante la vista el cuadro de la preparación: "¿Qué haré contigo, Efraín? ¿Qué haré contigo, Judá? Vuestra piedad es como nube matinal, como el rocío de la madrugada, que se desvanece. Por eso los he quebrantado mediante los profetas". [Ose. 6:4, 5]. El Señor nos extrae de la cantera, como piedras ásperas, no labradas. Ese es el comienzo de nuestra experiencia. Cada persona debe ser preparada para su lugar específico en el templo de Dios. Y cuando el templo está completado, será sin el sonido de martillo ni de hacha. Esto se hace antes. Entonces él dice: "Venid, benditos de mi Padre". Pero no hemos de esperar hasta ese momento para prepararnos. La obra de preparar esas piedras ásperas, sin labrar, debe hacerse antes. Una vez visité un cementerio en el que había una hermosa estatua de un hombre de pie junto a una silla.

Era de tamaño heroico; y el empleado llamó mi atención al hecho de que estaba esculpido de una sola piedra. El escultor, cuando comenzó, vio una piedra inmensa, pero también vio al hombre de pie junto a una silla. Mientras mira, pierde de vista las superficies ásperas, y ve en cambio a un hombre de tamaño heroico de pie, allí, perfecto. Todo lo demás tiene que ser eliminado, y se pone a trabajar con sus herramientas. Quiere que el mundo vea lo que él ve, y así va eliminando todo menos el hombre de pie junto a la silla.

Dios nos toma, piedras ásperas, que no parecen prometedoras; pero él ve en nosotros una expresión de su carácter, y él nos contempla, no como piedras en bruto, sino como lo que podemos ser. Aun entonces, él ve en nosotros a Jesucristo. Y así se pone a trabajar cortando y puliendo. ¿Qué está haciendo? Algunos pensarían que está destruyendo todo. Pero él tiene un lugar para esa piedra, y quiere cortarla de cierta manera. Esas son las experiencias duras de la vida, cuando parece como si Cristo nos rompiera en pedazos. Pero él no arruinará su piedra. Él sabe exactamente el lugar que ha de llenar en su templo, y la está cortando para que pueda ocupar su lugar. El Señor realiza su tarea de preparación, para que la gente esté preparada, cada uno para ocupar su lugar en el templo celestial, y cada uno llega a ser una piedra viva, por causa de su contacto con Cristo, la piedra viviente. Dios desarrollará en cada uno exactamente esa fase del carácter que sea mejor en el lugar que quiere que ocupemos. Cuando él venga, dirá: Cese la tarea de preparación. “El que es injusto, sea injusto todavía; el que es impuro, sea impuro todavía; el que es justo, practique la justicia todavía, y el que es santo, santifíquese más todavía” (Apoc. 22:11).

Cuando recibimos a Jesús, Dios ve en nosotros esa perfección de carácter que podemos alcanzar. Él sabe lo que se propone hacer con nosotros. Nos da el carácter de Cristo, y luego mira ese carácter y así “somos aceptos en el Amado”. Él nos acepta, no por lo que somos, sino por lo que se propone hacer de nosotros y por lo que Cristo es. Nos hará a cada uno de nosotros una piedra para su templo. El Maestro constructor mira la piedra áspera, y ve en ella su modelo de perfección. Nos acepta, no por lo que somos, sino por lo que él es.

Pasemos a otra línea de pensamiento. “Y dio a Moisés, cuando acabó de hablar con él en el monte Sinaí, dos tablas del Testimonio, tablas de piedra escritas por el dedo de Dios”. (Éxo. 31:18). En Éxodo 34:28 se nos dice lo que estaba escrito allí. Recordarán que cuando Moisés descendió del monte la primera vez, encontró que los hijos de Israel ya habían quebrantado los mandamientos de Dios, y estaban adorando ídolos; y cuando vio eso, arrojó las dos tablas de piedra al suelo y las rompió. Entonces Dios le dijo que preparara otras dos tablas. En esto ven la reescritura de la ley. El hombre en primer lugar quebrantó la ley. Dios entonces las escribió sobre las tablas de piedra. Después que las escribió allí para decirles en palabras cómo era su carácter, Jesucristo vino para interpretarlas en su vida. Jesucristo fue quien pronunció la ley en el Sinaí; y cuando vino, en carne humana, se sentó sobre otro monte, y pronunció la ley otra vez. Tenemos esto en el sermón del monte. Era la misma ley, el mismo Cristo, los mismos principios, pero él la estaba desarrollando. No sólo la desarrolló en palabras, sino que él mismo era la ley, la expresión del carácter de Dios. Nos dice qué es Dios, no solo en su palabra, sino al *ser* tal cosa entre nosotros. Él era Dios manifestado en la carne. “La Verbo [palabra] se hizo carne, y habitó entre nosotros”.

Entonces Cristo es la piedra, la piedra de Israel. Dios escribió la ley perfecta y completamente en primer lugar sobre las tablas de piedra, y las dio al pueblo. Luego escribió la misma ley sobre la Piedra Viva y la dio al pueblo. De este modo, verán, Cristo es la ley viviente. Eso era poner la ley sobre piedra la segunda vez. Aquí, entonces tenemos la ley en piedra dos veces; en las tablas de piedra, escritas con el dedo de Dios, y sobre la Piedra viva, Cristo, y presentada a la gente.

Consideremos por un momento

La ley escrita en tablas de piedra

“La ley, pues, se introdujo para que el pecado abundara”. Vino para darnos el conocimiento del pecado, y para condenar el pecado. “Porque el agujijón de la muerte es el pecado” (Rom. 5:20; 1 Cor. 15:56). El pecado no es tomado en cuenta donde no hay ley. El pecado resulta en muerte. “Y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Sant. 1:15). La ley sobre las

tablas de piedra, consideradas llanamente como las diez palabras de Dios, condena a muerte. “La muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” [Rom. 5:12]. Por lo tanto, cuando enfrentamos la ley meramente como el código de Dios, nos representa muerte. Pero Dios ha puesto la misma ley sobre piedra *viviente*, y cuando la encontramos escrita sobre la Piedra Viva representa vida para nosotros; aunque sigue siendo la misma ley. O encontramos la ley sobre las tablas de piedra, y somos condenados y puestos a muerte por ella, o hemos de encontrarla sobre la Piedra Viva, y ser vivificados por ella. Pero debemos encontrarnos con ella. Dios no nos pregunta si lo queremos o no. Lo que digamos no hace diferencia. Pero si somos condenados o vivificados por ella, es la ley de Dios lo mismo. Es nuestra actitud hacia ella lo que hace la diferencia. La ley en Jesucristo es

La ley del Espíritu de Vida.

Él es la Piedra Viva, la Roca de la Eternidad.

“El que caiga sobre esta piedra será quebrantado, y sobre quien ella caiga será desmenuzado” (Mat. 21:44). Debe ocurrir una de dos cosas: Debemos caer sobre la piedra, o la piedra debe caer sobre nosotros. Si caemos sobre la piedra, quedamos encima; seremos quebrantados, y él nos sanará. Si caemos del otro modo, la piedra queda encima, y nos muele hasta reducirnos a polvo. Una de esas experiencias viene a cada persona. ¿*Caeremos* sobre la roca viva, o ella caerá sobre nosotros, haciéndonos polvo? Tenemos que afrontar la ley de Dios fuera de Cristo o en Cristo. Si nos encontramos con Dios fuera de Cristo, él es un fuego consumidor; cuando lo enfrentamos en Cristo, él es nuestra gloria. Debemos estar escondidos en la Roca a fin de ver la gloria de Dios sin perecer. Les ruego que piensen muy fervientemente en esta lección. Debemos ser llevados frente a frente con la ley de Dios. Cuando el Espíritu de Dios trae la ley ante nuestra mente, y produce convicción, es que podemos ser perdonados y limpiados.

El gran propósito de Dios

Permítanme llamar la atención de ustedes a otro punto. El propósito de Dios en la historia, en tipos, sombras, en ceremonias, es predicar el evangelio; y aun en algunas de estas cosas que nos parecen las más prohibitivas,

Dios todavía está predicando el evangelio. No dudo que en las mentes de muchos ha habido un sentimiento de que la muerte por lapidación fue un castigo terrible, y ¿cuántos lo consideran una manera de predicar el evangelio? Recuerden que, en los días de la teocracia de Dios, cuando su ley era la ley de la nación, cualquier ofensa contra ella era castigada con el apedreamiento. Pero en este método de castigo por quebrantar la ley de la nación, Dios estaba predicando el evangelio. Si quieren hacer de esto un estudio, y buscar cada uno de los diez mandamientos, encontrarán que el castigo por quebrantar la ley nacional era el apedreamiento. ¿Y cómo se predicaba el evangelio en esto? Dios estaba enseñando al pueblo, en esta forma de castigo, que la ley *fuera de Cristo* los apedrearía hasta la muerte. Así como esas piedras literales los mataban, la ley en la piedra muerta los haría morir. Aun de este modo les estaba enseñando sobre la Piedra Viviente, la Roca de Israel, la ley en la vida, y eso es el evangelio.

“Se le acercó el tentador y le dijo: Si eres Hijo de Dios,

Di que estas piedras se conviertan en pan.”

(Mat. 4:3). Pareciera que Dios nos da lecciones incluso en las palabras del diablo. Algunos predicar a Cristo por envidia, pero de todos modos se predica a Cristo. “Si tú eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en pan”. La obra de Cristo sobre la tierra era cambiar las piedras en pan, para que la ley, que cuando se encuentra en tablas de piedra condena y mata, fuera cambiada en él, la Piedra Viviente, en el verdadero pan de vida. Su obra durante toda su carrera fue cambiar las piedras en pan, poner la ley en el evangelio, cambiar la muerte a vida, y llegar a ser la vida viviente. Él dijo: “Yo soy el pan de vida”, y al mismo tiempo él es la Piedra de Israel. La ley de Dios, vivida por Cristo, llega a ser vida, y él dice que los mandamientos son vida eterna. De modo que, aunque Cristo rehusó cambiar las piedras literales en pan para su propio beneficio, dedicó toda su vida a cambiar las piedras en pan para satisfacer el anhelo de las almas hambrientas. Cuando recibimos la ley de Dios en Cristo, tiene el poder de cambiarnos a su semejanza.

Un edificio muy glorioso adentro.

Esta lección sobre las piedras se halla en todas las Escrituras. Supónganse que tomamos la lección que se encuentra en 1 Reyes 6:14: “Así, pues, Salomón construyó la casa y la terminó”. Recuerden que esta casa fue construida de piedra. Desde afuera, todo lo que se podía ver era piedra; y ustedes saben que a veces un edificio de piedra parece frío y poco atractivo. “Así, pues, Salomón construyó la casa y la terminó. Recubrió las paredes de la casa con tablas de cedro, revistiéndola de madera por dentro, desde el suelo de la casa hasta las vigas de la techumbre. Recubrió también el pavimento con madera de ciprés. Asimismo hizo al final de la casa un edificio de veinte codos, y lo recubrió de tablas de cedro desde el suelo hasta lo más alto; así hizo en la casa un aposento para que fuera el lugar santísimo. La casa, esto es, el templo de enfrente, tenía cuarenta codos. La casa estaba recubierta de cedro por dentro y tenía entalladuras de calabazas silvestres y de botones de flores. Todo era de cedro; *ninguna piedra se veía*”.

“Salomón recubrió de oro puro la casa por dentro”. Desde afuera era un edificio de piedra, nada más que piedra. Pero adentro no se veía una sola piedra. Colóquese fuera de Cristo, mire desde afuera la vida cristiana, y todo lo que se ve son dos tablas de piedra. Parece temible; pero vengan adentro. No necesitan quitar la piedra para hacer esto. Vengan adentro, y el edificio resplandece de oro. Solo los que están afuera se quejan de que es una ley dura la que tienen que guardar. Vengan adentro; no se ven piedras adentro, aunque no se las ha sacado. El edificio se mantiene por causa de ellas. Supónganse que las sacamos, ¿qué ocurre con el resto del edificio? Se cae. Quitar la ley, y el evangelio se va con ella. No se puede mantener el oro puro del evangelio separado de la ley. Vengan adentro. Allí no verán sino oro puro.

Otro pensamiento. Tan pronto como uno entra a un edificio de oro, su imagen se verá reflejada por todas partes. Cristo quiere que reflejemos *su* imagen en el templo del Dios viviente.

En todas las Escrituras se mencionan ciudades amuralladas, y estos muros eran de piedra. Jerusalén era

Una ciudad amurallada

Los muros están como protección. Pero si una ciudad está encerrada con un muro, no importa cuán elaborado sea, si tiene una falla, la protección desaparece. El enemigo nunca ataca una ciudad amurallada que tiene una brecha en el muro, en otro lugar que no sea ese espacio abierto. Ustedes encontrarán que esta idea del muro es muy destacada en todas las Escrituras. Lo notaremos en Nehemías. Él estaba triste porque la ciudad de sus padres estaba desolada, y el muro derribado; se propuso ir y reedificar la ciudad y el muro. “Cuando oyó Sanbalat que nosotros edificábamos el muro”, dice en su informe, “se enojó y enfureció mucho, y burlándose de los judíos, dijo delante de sus hermanos y del ejército de Samaria: ¿Qué hacen estos débiles judíos? ¿Se les permitirá volver a ofrecer sus sacrificios? ¿Acabará en un día? ¿Resucitarán de los montones del polvo de las piedras que fueron quemadas?” (Neh. 4:1, 2). ¿Qué creen que harán? Las piedras están sepultadas. ¿Creen estos débiles judíos que las recuperarán? “Y estaba junto a él Tobías, el amonita, el cual dijo: Lo que ellos edifican del muro de piedra, si sube una zorra lo derribará. ¡Oye, Dios nuestro, cómo somos objeto de su desprecio! Haz que su ofensa caiga sobre su cabeza y entrégalos por despojo en la tierra de su cautiverio. No cubras su iniquidad ni su pecado sea borrado delante de ti, porque se han airado contra los que edificaban. Edificamos, pues, el muro, y toda la muralla fue terminada hasta la mitad de su altura, porque el pueblo tuvo ánimo para trabajar” [vers. 3-6].

El muro de Dios para su pueblo.

Leemos en Marcos que cierto hombre plantó una viña y puso un cerco alrededor. ¿Para qué era el cerco? Para protección. El Señor sacó su viña de Egipto, y la estableció de nuevo, y edificó un cerco alrededor de ella. Ese es el propósito de un muro: proteger y mantener fuera al enemigo; pero el muro tiene que estar completo. Dios ha construido un muro para su pueblo. La ley es esa protección, pero para que sea una protección completa, debe ser una muralla completa. Nuestra seguridad está en tener el muro completado; pero ellos, lamentablemente, rompieron el muro. El propósito de Dios es reconstruirlo. “El ayuno que yo escogí”, dice él, “¿no

es más bien desatar las ligaduras de impiedad, soltar las cargas de opresión, dejar ir libres a los quebrantados y romper todo yugo? ¿No es que compartas tu pan con el hambriento, que a los pobres errantes albergues en casa, que cuando veas al desnudo lo cubras y no te escondas de tu hermano? Entonces nacerá tu luz como el alba, y tu sanidad se dejará ver en seguida; tu justicia irá delante de ti y la gloria de Jehová será tu retaguardia. Entonces invocarás, y te oirá Jehová; clamarás, y dirá él: ¡Heme aquí! Si quitas de en medio de ti el yugo, el dedo amenazador y el hablar vanidad, si das tu pan al hambriento y sacias al alma afligida, en las tinieblas nacerá tu luz y tu oscuridad será como el mediodía. Jehová te pastoreará siempre, en las sequías saciará tu alma y dará vigor a tus huesos. Serás como un huerto de riego, como un manantial de aguas, cuyas aguas nunca se agotan. Y los tuyos reedificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado ‘reparador de portillos’, ‘restaurador de viviendas en ruinas’. Si retraes del sábado tu pie, de hacer tu voluntad en mi día santo, y lo llamas ‘delicia’, ¡santo!, ‘glorioso de Jehová’, y lo veneras, no andando en tus propios caminos ni buscando tu voluntad ni hablando tus propias palabras, entonces te deleitarás en Jehová. Yo te haré subir sobre las alturas de la tierra y te daré a comer la heredad de tu padre Jacob. La boca de Jehová lo ha hablado” (Isa. 58:6-14).

Una brecha para reparar.

Se ha producido una brecha en el muro que Dios quiere poner alrededor de su pueblo. Debe ser reparada, y el pueblo de Dios ha de ser protegido por una ley perfecta, cada mandamiento ha de ser restaurado. Y “serás llamado ‘reparador de portillos’”. Cada persona edifica frente a su propia casa. ¿Está edificando *usted* frente a su casa reparando la brecha? Si es así, el muro será construido de nuevo, aun en tiempos difíciles.

Esto es meramente un indicio de lo que contienen las Escrituras acerca de las piedras. Dios quiere que recordemos sus palabras, que podamos vivir por ellas, y que sobre todo, y en todo, y por medio de todo, veamos a Jesucristo, la Piedra de Israel, la Roca de la Eternidad.

EL REINO DE DIOS



O, EL GRAN CONFLICTO ENTRE EL BIEN Y EL MAL

23 DE OCTUBRE DE 1895, PRESENTACIÓN EN
LA REUNIÓN CAMPESTRE DE ARMADALE, *THE*
BIBLE ECHO, 17 Y 24 DE FEBRERO DE 1896

“**V**enga tu Reino, hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra” (Mat. 6:10).

Puede ayudarnos a comprender más claramente nuestra propia relación con Dios, y lo que significa el servir a Dios —lo que la religión realmente es— si estudiamos el hecho de que la cruz de Jesucristo tiene que ver con más que esta tierra. Tenemos una visión demasiado limitada del plan de salvación de Dios si confinamos su operación únicamente a este nuestro mundo.

En esta petición se marca un contraste entre el cielo y la tierra, y la oración es que se haga la voluntad de Dios en la tierra como se hace en el cielo. El hecho de que la voluntad de Dios reina suprema allí, hace del cielo lo que es; y porque la voluntad de Dios no se hace aquí, hace del mundo lo que es.

El universo interesado en el plan de salvación

Notemos primero dos o tres pasajes que llamarán nuestra atención al pensamiento de que el cielo ha sido afectado, y todavía lo está, por el plan divino de salvación. El pecado ha afectado más que a este mundo, y más que este mundo depende del plan de salvación de Dios. En su epístola a los Efesios, Pablo dice: “Él dio a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las

cosas en Cristo, en el cumplimiento de los tiempos establecidos, así las que están en los cielos como las que están en la tierra”. (Efe. 1:9, 10). “Porque al Padre agradó que en él habitara toda la plenitud, y por medio de él reconciliar consigo todas las cosas, así las que están en la tierra como las que están en los cielos” (Col. 1:19, 20).

A primera vista pareciera algo extraño que alguna cosa en el cielo necesitara reconciliarse por la sangre de la cruz, pero eso es lo que dice. El plan de salvación de Dios se extiende más allá de la reconciliación de las cosas que están sobre la tierra. Hay algo que debe ser reconciliado que tiene que ver con cosas en el cielo.

Rebelión en el cielo.

En el Apocalipsis Juan dice: “Entonces hubo una guerra en el cielo”. Estamos acostumbrados a la idea de que esta tierra sola ha estado en un estado de rebelión; pero este pasaje dice que hubo una guerra en el cielo. “Miguel y sus ángeles luchaban contra el dragón y sus ángeles, pero no prevalecieron ni se halló ya lugar para ellos en el cielo. Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua, que se llama Diablo y Satanás, el cual engaña al mundo entero. Fue arrojado a la tierra y sus ángeles fueron arrojados con él. Entonces oí una gran voz en el cielo, que decía: ‘Ahora ha venido la salvación, el poder y el reino de nuestro Dios y la autoridad de su Cristo, porque ha sido expulsado el acusador de nuestros hermanos, el que los acusaba delante de nuestro Dios día y noche’” [Apoc. 12:7-10].

“Miguel y sus ángeles luchaban”. Miguel es Cristo. Tres pasajes muy sencillos nos mostrarán eso. “Pero cuando el arcángel Miguel luchaba con el diablo disputándole el cuerpo de Moisés, no se atrevió a proferir juicio de maldición contra él, sino que dijo: ‘El Señor te reprenda’” (Jud. 9). Allí encontramos que se habla de Miguel como el arcángel. Y Pablo dice en su carta a los Tesalonicenses: “El Señor mismo, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo” (1 Tes. 4:16). El Señor mismo descenderá con voz de arcángel. Pero cuando leemos en Juan 5:25: “De cierto, de cierto os digo: Viene la hora, y ahora es, cuando los muertos oirán la voz del Hijo de Dios... y vivirán” Miguel es el arcán-

gel; el Señor descenderá con la voz del arcángel; y la voz del Señor llamará a los muertos de sus tumbas.

“Y fue lanzado fuera el gran dragón, la serpiente antigua”. No en el sentido con que usamos la expresión — ¡esa vieja serpiente! — sino esa antigua serpiente, la que causó problemas en el Edén, y todavía causa problemas aquí, inició la rebelión, dirigió la pelea, y fue echada a la tierra. ¿Hay alguna manera en que podamos saber

Qué causó el problema en el cielo?

Yo creo que podemos saberlo fácilmente al leer la experiencia de Cristo con Satanás cuando él estuvo aquí sobre esta tierra. “Reunidos, pues, ellos, les preguntó Pilato: ¿A quién queréis que os suelte: a Barrabás o a Jesús, llamado el Cristo? (porque sabía que por envidia lo habían entregado)” (Mat. 27:17, 18). La envidia de parte de Satanás contra Cristo fue la que causó la guerra en el cielo en primer lugar, y los que se oponen a Cristo tendrán la misma disposición actualmente. Hablando de la experiencia de aquellos que se habían convertido, y de lo que habían sido antes, Pablo dice: “Nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de placeres y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, odiados y odiándonos unos a otros” (Tito 3:3). La envidia es característica del corazón natural, como vemos en Romanos 1:29: “Están atestados de toda injusticia, fornicación, perversidad, avaricia maldad; llenos de envidia”. La envidia es lo que estableció la oposición a Cristo cuando estuvo aquí en la carne, en esencia se continuó con el mismo sentimiento que estableció la contienda en el cielo. ¿Qué es la envidia? El deseo de alguien de ocupar una posición más alta que la que tiene, un sentimiento de gran valor propio. El amor nunca se siente de ese modo; “el amor no tiene envidia”.

La Escritura señala muy claramente que el sentimiento de envidia de Satanás fue lo que condujo a todos los problemas del cielo. “¿Cómo caíste del cielo, Lucero, hijo de la mañana! Derribado fuiste a tierra, tú que debilitabas a las naciones. Tú que decías en tu corazón:” noten las siguientes cinco afirmaciones: “[Yø] subiré al cielo, en lo alto, junto a las estrellas de Dios, [yø] levantaré mi trono y en el monte del testimonio [yø] me

sentaré, en los extremos del norte; sobre las alturas de las nubes [yo] subiré y [yo] seré semejante al Altísimo” (Isa. 14:12-14). Ezequiel también habla de Satanás: “Así ha dicho Jehová, el Señor: “Tú eras el sello de la perfección, lleno de sabiduría, y de acabada hermosura. En Edén, en el huerto de Dios, estuviste. De toda piedra preciosa era tu vestidura: de cornerina, topacio, jaspe, crisólito, berilo y ónice; de zafiro, carbunco, esmeralda y oro. ¡Los primores de tus tamboriles y flautas fueron preparados para ti en el día de tu creación! Tú querubín grande, protector, yo te puse en el santo monte de Dios. Allí estuviste, y en medio de las piedras de fuego te paseabas. Perfecto eras en todos tus caminos desde el día en que fuiste creado hasta que se halló en ti maldad. A causa de tu intenso trato comercial, te llenaste de iniquidad y pecaste, por lo cual yo te eché del monte de Dios y te arrojé de entre las piedras del fuego, querubín protector. Se enalteció tu corazón a causa de tu hermosura, corrompiste tu sabiduría a causa de tu esplendor; yo te arrojaré por tierra, y delante de los reyes te pondré por espectáculo” (Eze. 28:12-17). De estos pasajes verán que fue un sentimiento de envidia en Satanás el que llevó a las dificultades en el cielo.

Cristo fue engendrado, no creado; Satanás fue creado, no engendrado. Como el unigénito de Dios, Cristo podía entrar plenamente a los concilios de Dios. Como Satanás no podía hacer esto como lo hacía Cristo, la envidia surgió en su corazón, y él comenzó a decidir: Me exaltaré a mí mismo. Comenzó a agitar una rebelión, que decía, Dios es arbitrario, y también comenzó a tener simpatizantes. “Estamos en esclavitud, y yo tengo un mejor plan de gobierno. Elíjanme como líder, exáldenme, y entonces los exaltaré a ustedes”. ¿No ven el mismo principio que ha estado en el mundo desde la caída? Ustedes me exaltan a mí y yo los exaltaré, tal vez.

La deslealtad de Satanás.

Satanás tuvo éxito en conseguir suficientes seguidores para producir una rebelión en el cielo. Al ser arrojado de allí, decidió establecer su reino en esta tierra, y mostrar al universo que él podía gobernar. Gradualmente extendería su gobierno hasta que le quitara el dominio a Dios, y entonces “sería semejante al Altísimo”, sería Dios. Comenzó exactamente del mismo modo que comenzó en el cielo, creando insatisfacción. Le dijo a la

mujer: “Dios sabe que el día que coman del árbol del conocimiento, serán como dioses. La razón que les dio para que no coman del árbol no es cierta. Les dijo que morirían, pero eso no es así. El hecho es que, cuando coman del árbol, serán como él. Él no quiere eso, así que los mantiene aplastados. Si me escuchan y comen, serán como dioses”. Y ellos trataron de serlo. Al hacer así Adán demostró ser falso con Dios, y pasó todas las cosas a manos de Satanás.

Adán y su dominio.

Adán era hijo de Dios en un sentido especial. “Hijo de Enós, hijo de Set, hijo de Adán, hijo de Dios” (Luc. 3:38). Él era hijo de Dios en un sentido diferente de lo que lo somos nosotros. La Escritura dice: “Amados, ahora somos hijos de Dios” [1 Juan 3:2]. Pero somos hijos de Dios por re-creación; Adán era hijo de Dios en primer lugar por creación. Fue puesto aquí para tener dominio sobre esta parte del universo como representante de Dios. “Entonces dijo Dios: ‘Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza; y tenga potestad sobre los peces del mar, las aves de los cielos y las bestias, sobre toda la tierra y sobre todo animal que se arrastra sobre la tierra’ [Gén. 1:28]. Dios hizo a Adán su administrador, y puso el dominio en sus manos, reconociéndolo como su representante en esta tierra.

El dominio usurpado por engaño.

El diablo, expulsado del cielo por esta guerra, viene a la tierra, y por una tergiversación induce a Adán, el representante de Cristo, a pasarle a él el dominio de esta tierra. Toma posesión de ella por mentiras y fraude; y decide llevar adelante aquí lo que no logró hacer en el cielo. La Escritura reconoce esto. Cristo dijo: “No hablaré ya mucho con vosotros, porque viene el *príncipe de este mundo* y él nada tiene en mí” (Juan 14:30). “Entre los incrédulos, a quienes *el dios de este mundo* les cegó el entendimiento” (2 Cor. 4:4). Satanás se refiere a este hecho en la tentación de Cristo en el desierto. “Luego lo llevó el diablo a un alto monte y le mostró en un momento todos los reinos de la tierra. Le dijo el diablo: ‘A ti te daré todo el poder de estos reinos y la gloria de ellos, *porque a mí me ha sido entregada y a quien quiero la doy*. Si tú, postrado, me adoras, todos serán

tuyos” (Luc. 4:5-7). Él obtuvo la posesión de este mundo y estableció su reino, y hoy dice: “Yo soy rey”.

¿De qué lado estamos?

¿De quién somos? ¿Y con quién simpatizamos en este gobierno de la tierra? Desde este punto de vista, la religión se resuelve en esta pregunta: ¿Seré leal a Dios en esta gran controversia que comenzó en el cielo y ahora se ha transferido a esta tierra, o serviré a Satanás? ¿De quién seré súbdito en esta gran controversia?

Naturaleza de los dos reinos

Satanás estableció su reino por el fraude y la usurpación, y lo mantiene por la fuerza. Esas son sus características. Pero Dios es amor. Su reino está fundado sobre el amor, y el único poder que usa en su reino es el poder del amor.

La acusación que Satanás planteó contra Dios es que era arbitrario, decidido a que se haga todo a su manera, y que no amaba a su pueblo. Él prometió que, si los ángeles lo seguían, establecería un reino mejor. Ahora queda esperar que se cumpla su promesa. Mientras Dios puede ver el fin desde el principio, los seres creados no pueden; y si él hubiera aplastado la rebelión por la fuerza, si la hubiera suprimido por la fuerza, todavía habría en la mente de los seres creados una duda acerca de la justicia de Dios. Así, Dios permite que Satanás realice su plan, para que todo el universo pueda ver el contraste entre el plan de Satanás y el de Dios. Y

Este mundo es el escenario

en el que se realiza el drama que concita la atención del universo. Y nosotros somos llamados a ser actores en este drama. La pregunta que hay que responder es: ¿Qué plan de gobierno es mejor: el de Satanás o el de Dios? ¿A quién darán su lealtad los seres creados por Dios? Cuando Dios envíe a sus siervos, ¿cuál es su tarea? “Librándote de tu pueblo y de los gentiles, a quienes ahora te envío para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados” (Hech. 26:17, 18).

El problema es de lealtad a Dios. Esto puede ayudarles a ver el significado de algunas cosas que tal vez han sido dudosas para ustedes.

El caso de Job

El caso de Job es notable, y probablemente ha estado en la mente de todo aquel que una vez tuvo una Biblia en sus manos. Veamos el primer capítulo de Job y sigamos su caso con esta idea en mente. “Un día acudieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, y entre ellos vino también Satanás”. ¿Qué derecho tenía de estar allí? Estos hijos de Dios eran los representantes de Dios en las diferentes partes del universo. Adán era un hijo de Dios, y él fue puesto sobre esta tierra para tener dominio bajo la supervisión de Dios. Pero él traicionó su dominio, y Satanás entró y ocupó su lugar, y así, cuando se citó a un concilio para que se reunieran los representantes de Dios para tomar consejo acerca de su territorio, Satanás también fue. Se pasó lista, y la Tierra contestó, Presente. Pero fue Satanás quien contestó, no Adán. “Dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: De rodear la tierra y andar por ella”. “Sed sobrios y velad, porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quién devore” (1 Ped. 5:8). El Hijo del hombre no vino para destruir las vidas de los hombres, sino para salvarlos. Él anduvo haciendo bienes.

“Jehová dijo a Satanás: ¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: ¿Acaso teme Job a Dios de balde? ¿No le has rodeado de tu protección, a él y a su casa y a todo lo que tiene? El trabajo de sus manos has bendecido, y por eso sus bienes han aumentado sobre la tierra. Pero extiende ahora tu mano y toca todo lo que posee, y verás si no blasfema contra ti en tu propia presencia”. Estas son precisamente las características de Satanás.

El Señor le dice a Satanás: “Mi siervo Job, aunque está en tu territorio, todavía permanece leal a mí”. “Oh, sí”, dice Satanás, “pero eso no demuestra nada. Cualquiera haría eso por la consideración que le has manifestado. No es el amor lo que une a Job contigo. Él te sirve por la recompensa. Cualquiera haría eso”. ¿Ven ustedes la queja allí? “Tú has puesto un cerco

a su alrededor. No es justo. Él está en mi dominio. Yo pensaría que cualquiera sería leal a ti en esas condiciones”. Y eso se dijo en un concilio en el que había representantes de todo el universo. Allí hizo la misma acusación que había hecho en el cielo. Y en lugar de decidir el asunto de una manera arbitraria, Dios dijo: “Todo lo que tiene está en tu mano; solamente no pongas tu mano sobre él”. Ustedes saben lo que sucedió. Le fueron quitadas una tras otra sus posesiones, y por último, todos sus hijos murieron, y él quedó completamente solo. Entonces se le aconsejó renunciar a todo. “En todo esto no pecó Job ni atribuyó a Dios despropósito alguno”.

Satanás otra vez ante Dios.

“Otro día acudieron a presentarse delante de Jehová los hijos de Dios, y entre ellos vino también Satanás para presentarse delante de Jehová. Dijo Jehová a Satanás: ¿De dónde vienes? Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: De rodear la tierra y andar por ella. Jehová dijo a Satanás: ¿No te has fijado en mi siervo Job, que no hay otro como él en la tierra, varón perfecto, temeroso de Dios y apartado del mal? ¡Todavía mantiene su integridad, a pesar de que tú me incitaste contra él para que lo arruinara sin causa!” Uno podría pensar que eso hubiera acabado con la controversia, pero no se puede ganar la discusión con Satanás aunque se tenga el argumento apropiado. “Respondiendo Satanás a Jehová, dijo: Piel por piel, todo lo que el hombre tiene lo dará por su vida. Pero extiende tu mano, toca su hueso y su carne, y verás si no blasfema contra ti en tu misma presencia. Dijo Jehová a Satanás: Él está en tus manos; pero guarda su vida”.

La integridad de Job

Y ustedes recuerdan la experiencia de Job después de esto, cómo su esposa lo instó a maldecir a Dios y morir. Pero él no cedía. “Aunque él me mate”, dijo, “en él esperaré” [Job 13:15]. “Vive Dios, que ha quitado mi derecho, el Omnipotente, que ha amargado mi alma, que todo el tiempo que mi alma esté en mí y que haya hálito de Dios en mis narices, mis labios no hablarán iniquidad ni mi lengua pronunciará mentira. ¡Nunca acontezca que yo os dé la razón! ¡Hasta la muerte mantendré mi integridad!” (Job 27:2-5).

La lección.

¿Y qué significa esto? Aquí había una demostración, —no solo para los pocos que podrían saber del caso de Job, ni meramente para todos los que leyeran de su experiencia, sino delante de todo el universo—, de que el poder del amor de Dios era suficiente para mantener a un hombre en su integridad. Aunque sus posesiones, sus hijos, todo había desaparecido, sin embargo, el amor que Dios tenía para él, y el amor que había surgido en su corazón hacia Dios, fueron suficientes para sostenerlo, de modo que dijo: “No renunciaré a mi lealtad aunque muera”. Job estaba expresando ante el universo cuánto poder hay en el amor de Dios.

Muchas veces experimentamos cosas que no entendemos ni podemos entender. ¿Por qué esta aflicción? ¿Por qué esta pérdida? ¿Por qué esta dificultad? ¿No ve que Job estaba ante el universo como un hombre en quien se podía confiar que revelaría el poder del amor de Dios para sostenerlo firme en su confianza, demostrando que hay poder suficiente en el amor de Dios para afrontar la prueba?

¿Se preguntaron alguna vez por qué un hombre como Juan el Bautista tuvo que terminar su vida como ocurrió? Un gran profeta, y no obstante terminó su vida encerrado en una cárcel. Le cortaron la cabeza y su cuerpo decapitado fue enterrado por sus discípulos, y “fueron a dar la noticia a Jesús” [Mat. 14:12]. ¿Qué significó eso para Jesús? Significó para él y para todo el universo expectante: Aquí hay un hombre fiel hasta la muerte. “¡Sé fiel hasta la muerte y yo te daré la corona de la vida!” [Apoc. 2:10]. Las páginas de la historia están llenas de ejemplos como éste. Los mártires de todas las épocas han testificado del poder del amor de Dios. Y recuerden que los mártires pueden encontrarse en hogares muy humildes. No siempre los actos más heroicos se realizan en los palacios más nobles. Dios y su universo contemplan y ven estos testigos de su amor, ven que no se apartan de su integridad por los engaños y maquinaciones de Satanás, sino que son fieles hasta la muerte.

El don de Cristo desmiente las acusaciones de Satanás.

En la experiencia de Cristo mismo sobre esta tierra tenemos un ejemplo de la operación del plan de gobierno de Dios. La acusación de Satanás

planteada en el principio fue que Dios era arbitrario, decidido a salirse con la suya, que él no amaba a nadie. Y cuando Satanás hubo separado al hombre del camino de la verdad, y lo mantenía en esclavitud, no obstante, “de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, mas tenga vida eterna”. Y por el don de su Hijo, Dios probó que había amor en su gobierno, y que por amor deseó que fuera hecha su voluntad. En el amor que tenía hacia sus seres creados, él dio a su Hijo unigénito para hacer posible que su voluntad fuera hecha sobre la tierra. Cristo vino a esta tierra para realizar este plan, que el hombre fuera leal a Dios si así elegía.

Entonces, ustedes ven que la venida de Cristo fue

La culminación de la controversia

entre él y Satanás. Si Satanás podía de alguna manera desviar a Cristo, el segundo Adán, el representante de la raza humana que comenzaba de nuevo; si él podía de alguna manera vencerlo, triunfaría y establecería su reino aquí. Así que sobre Cristo se dirigieron todas las tentaciones posibles, y todo el poder de malignidad que había actuado en Satanás por miles de años. Y para realizar su propósito siguió a Cristo a cada paso del camino, desde el pesebre hasta la cruz. Estaba decidido a que Cristo no permaneciera leal a Dios mientras estuviera en *su* terreno. Cuando llegó a la experiencia de la cruz de Cristo, Satanás instigó en los hombres toda la malignidad que pudo idear. Los instó a vencer la naturaleza humana [de Cristo], para que se desviara del sendero de la lealtad. Intentó sobornarlo. “Reconoce mi derecho a los reinos de la tierra”, dijo, “y te daré todos estos reinos”. Pero eso Cristo no podía hacerlo; porque se trataba *del centro mismo de la controversia*.

Llegamos a la culminación de la lucha en ocasión de la muerte de Cristo. La acusación de Satanás había sido que el gobierno de Dios era arbitrario y duro, y que él daría a sus súbditos un gobierno mejor. El universo siguió mirando para ver cómo lo realizaba. La maldición de la desobediencia descansaba sobre la tierra, pero Cristo vino para redimirla, “haciéndose maldición por nosotros” [Gál. 3:13]. Satanás había instigado a los judíos hasta que le quitaron la vida, y así Satanás llegó a ser *el asesino*

del Hijo de Dios. Por su don al mundo Dios mostró que él deseaba que su voluntad —la ley de amor y obediencia filial— fuera cumplida en la tierra como en el cielo, y a fin de hacer esto posible estaba dispuesto a dar su Hijo unigénito para que muriera. Satanás mostró que él quería tanto salirse con la suya que estaba dispuesto a llegar a ser el asesino del Hijo de Dios. Todo esto se actuó delante del universo, ¿y cómo lo afectó?

El gobierno de Dios vindicado ante el universo.

“Había ciertos griegos entre los que habían subido a adorar en la fiesta. Estos, pues, se acercaron a Felipe, que era de Betsaida de Galilea, y le rogaron, diciendo: Señor, queremos ver a Jesús. Felipe fue y se lo dijo a Andrés; entonces Andrés y Felipe se lo dijeron a Jesús. Jesús les respondió diciendo: Ha llegado la hora para que el Hijo del hombre sea glorificado... Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a *todos* atraeré a mí mismo” (Juan 12:20-32). Y Jesucristo, levantado entre el cielo y la tierra sobre la cruz, atrajo tanto al cielo como a la tierra a sí. *Por medio de la muerte* él destruyó a aquel que tenía el poder de la muerte, es decir, al diablo. No es frecuente que un rey obtenga su reino por morir, pero Jesucristo ganó, tanto su reino como a sus súbditos, al morir, y él destruyó con la muerte a su enemigo.

La cruz selló la suerte de Satanás.

“Ahora el príncipe de este mundo será echado fuera. Y yo, cuando sea levantado de la tierra, a todos atraeré a mí mismo”. Cuando fue levantado sobre la cruz, y cuando dijo: “Consumado es”, y dio el espíritu, todo el cielo escuchó; y dondequiera por todo el universo que existían todavía en las mentes pensamientos de rebelión y una simpatía persistente hacia Satanás, esa escena sobre la cruz les mostró que el gobierno de Satanás significaba que nada se interpondría en su camino, y que para cumplir su propósito estaba incluso dispuesto a asesinar al Hijo de Dios. De este modo fueron atraídos a Dios por su gran amor. Entonces la suerte de Satanás quedó sellada; fue expulsado, y se demostró que Dios es amor, que él gobernaba por el poder del amor.

Pensamientos finales

¿Y creen ustedes que, si Satanás no vaciló en quitar la vida al Hijo de Dios, que él vacilaría en quitarles a ustedes la vida? ¿Creen ahora que su plan de gobierno es mejor? ¿No ven que se trata de lealtad a Dios o a Satanás? ¿Ven ahora que tenemos que ponernos, ya sea bajo el liderazgo de Satanás y pelear contra Cristo, o bajo el liderazgo de Cristo y pelear contra Satanás? ¿De qué lado está *usted*? ¿Qué lado elegirán *ustedes* esta noche? “¡Hemos llegado a ser un espectáculo para el mundo, para los ángeles y para los hombres!” [1 Cor. 4:9]. ¿En cuál de las listas está anotado su nombre? ¿Está usted registrado para luchar bajo el estandarte manchado de sangre del Cordero, como un súbdito leal de Dios; o para luchar bajo el estandarte negro de Satanás contra el gobierno de Dios? Esta cuestión de los dos reinos continuará hasta que Cristo venga por segunda vez para tomar su reino. Ahora estamos muy cerca del fin. Todo lo que tenemos que hacer es leer la Escritura y las señales de los tiempos para saber que está cerca. Se necesita muy poca discusión para mostrar a cualquiera que quiera leer la Escritura y las señales de los tiempos que el día del Señor está muy cercano y se apresura grandemente. La controversia está en su culminación. Se está ejerciendo tremendo poder para retener súbditos en el reino de Satanás. Él está trayendo sobre la gente toda clase de diseños para mantenerlos en las cadenas del pecado; para alejar sus mentes de la comprensión de que la venida de Cristo está cerca, y llenarlos con placeres y egoísmo. Pero Cristo está actuando sobre la tierra, y está hoy seleccionando a aquellos que serán leales a él. ¿Y qué significa ser leales a él? Significa

Obedecer las leyes del reino.

Cristo ha proclamado las condiciones para ser miembros de su reino. Ha enviado a sus siervos por todo el mundo diciendo: “Por tanto, id y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado” (Mat. 28:19, 20). Hoy están predicando que la venida de su reino está cerca; y están reuniendo a aquellos que serán leales a Dios.

Cuesta algo ser leales ahora a Dios. Le costó algo a Job; pero hay poder en el amor de Jesucristo que debemos retener; hay algo en su amor

que satisfará a toda alma anhelante, y saciará a todos los que van a él. El llamado es ahora, “Salid de en medio de ellos, y estén separados”.

Los dos reinos no pueden unirse. Y sin embargo, parece haber habido una tendencia de tratar de hacer que estén juntos. No puede hacerse. Son perfectamente opuestos entre sí; la luz y las tinieblas no se pueden mezclar. El amor y el odio son características opuestas, y no se mezclarán. En la crucifixión, la cruz de Cristo hizo una separación entre el arrepentido y el no arrepentido, y hoy hace esa misma división. Y Dios está enviando ahora

Un mensaje especial

de lealtad a su ley. Él llama ahora a todo aquel que quiera, a entregarse para obedecer las leyes de su reino; y más que eso, él ha levantado en esta última generación una señal maravillosa de lealtad. Hay un llamado especial a esa porción de su ley que ha sido apartada. “Santificad mis sábados, y sean por señal entre mí y vosotros, para que sepáis que yo soy Jehová, vuestro Dios” (Eze. 20:20). En esta generación el Señor ha levantado su sábado como una señal especial de que él creó los cielos y la tierra por medio de Jesucristo. “En el principio era el Verbo, el Verbo estaba con Dios y el Verbo era Dios. Este estaba en el principio con Dios. Todas las cosas por medio de él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Juan 1:1-3).

El sábado fue establecido como una señal especial de lealtad a Dios, de obediencia a sus leyes, y de nuestra creencia en el poder creador y en la divinidad de Jesucristo nuestro Señor. ¿Lo elegiremos a él como nuestro Señor, y saldremos del reino de tinieblas al reino de luz? Él viene pronto, y cuando venga, aquellos que tengan derecho a reinar, reinarán. Él ha redimido la tierra, y él salvará cuando venga a cada uno que ha sido obediente a sus leyes y se ha identificado con Cristo como líder.

“Entonces vi el cielo abierto, y había un caballo blanco. El que lo montaba se llamaba Fiel y Verdadero, y con justicia juzga y pelea. Sus ojos eran como llama de fuego, en su cabeza tenía muchas diademas y tenía escrito un nombre que ninguno conocía sino él mismo. Estaba vestido de una ropa teñida en sangre y su nombre es: La Palabra de Dios. Los ejércitos celestiales, vestidos de lino finísimo, blanco y limpio, lo seguían en

caballos blancos. De su boca sale una espada aguda para herir con ella a las naciones, y él las regirá con vara de hierro. Él pisa el lagar del vino del furor y de la ira del Dios Todopoderoso. En su vestidura y en su muslo tiene escrito este nombre: Rey de reyes y Señor de señores” (Apoc. 19:11-16). ¿Es él *nuestro* Rey y *nuestro* Señor? Los que lo reconozcan ahora como Rey de reyes y Señor de señores, estarán preparados, cuando se revele, y dirán: “¡He aquí, este es nuestro Dios! Le hemos esperado y nos salvará.

¡Este es Jehová, a quien hemos esperado! Nos gozaremos, y nos alegraremos en su salvación” (Isa. 25:9).

EL VERBO SE HIZO CARNE



DISCURSO DEL 31 DE OCTUBRE DE 1895, REUNIÓN DE
ARMADALE *THE BIBLE ECHO*, 6 Y 13 DE ENERO DE 1896

“**E**n el principio era el Verbo, el Verbo era con Dios y el Verbo era Dios”. “Y el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros.” Hay otra versión que dice: “El Verbo llegó a ser carne”.

El tema de la redención será la ciencia y el canto de las edades eternas, y bien puede ocupar nuestras mentes durante nuestra breve estadía aquí. No hay porción de este gran tema que demande tanto de nuestras mentes a fin de apreciarlo en cualquier grado, como el tema que estudiaremos esta noche: “El Verbo llegó a ser carne, y habitó entre nosotros”. Por medio de él, las cosas llegaron a ser; ahora él mismo *llegó a ser*. Él que tuvo toda la gloria con su Padre, ahora pone a un lado su gloria y se hace carne. Deja a un lado su modo divino de existencia, y toma el modo humano de existencia, y Dios llega a manifestarse en la carne. Esta verdad es el fundamento mismo de toda verdad.

Una verdad útil.

Y que Jesucristo se hiciera carne, que Dios se manifestara en la carne: es una de las verdades más útiles, una de las verdades más instructivas, la verdad sobre todas las verdades, en la que la humanidad debería gozarse.

Deseo esta noche estudiar este tema para nuestro beneficio personal y presente. Exijamos nuestras mentes al máximo, porque comprender que el Verbo (o la Palabra) llegó a ser carne y habitó entre nosotros, demanda todos nuestros poderes mentales. Consideremos primero, qué clase de carne; porque este es el fundamento mismo de este tema en lo que se refiere a nosotros personalmente. “Así que, por cuanto los hijos particip-

aron de carne y sangre, él también participó de lo mismo para destruir por medio de la muerte al que tenía el imperio de la muerte, esto es, al diablo, y librar a todos los que por el temor de la muerte estaban durante toda la vida sujetos a servidumbre. Ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para socorrer a los que son tentados” (Heb. 2:14-18). Para que, por medio de la muerte, siendo hecho sujeto a la muerte, tomando sobre sí la carne de pecado, él pudiera, por su muerte, destruir al que tenía el poder de la muerte.

“Realmente no tomó sobre sí la naturaleza de los ángeles; sino tomó la descendencia de Abrahán”. En el margen dice: “No se aferra a los ángeles, sino a la simiente de Abrahán”, y otra versión dice, “No ayuda a ángeles”. Vemos la razón en el versículo siguiente: “Por lo cual debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere”. “Ahora bien, a Abraham fueron hechas las promesas, y a su descendencia. No dice: ‘Y a los descendientes’, como si hablara de muchos, sino como de uno: ‘Y a tu descendencia’, la cual es Cristo” (Gál. 3:16). Ahora realmente, ayuda a la simiente de Abrahán llegando él mismo a ser simiente de Abrahán. Dios, enviando a su propio Hijo en semejanza de carne pecaminosa, y por el pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se revelase en nosotros, que no andamos según la carne sino según el Espíritu.

Así que ven que la Escritura dice claramente que Jesucristo tuvo exactamente la misma carne que tenemos nosotros, carne de pecado, carne en la cual *nosotros* pecamos, carne, sin embargo, en la que él no pecó, pero cargó *nuestros* pecados en esa carne de pecado. No pongan a un lado este punto. No importa de qué modo lo hayan considerado en lo pasado, mírenlo ahora como está en la palabra; y cuanto más lo miren de ese modo, tanto más razón tendrán de agradecer a Dios de que es así.

El pecado de Adán es representativo.

¿Cuál era la situación? Adán había pecado, y siendo Adán la cabeza de la familia humana, su pecado fue un pecado representativo. Dios hizo a Adán a su propia imagen, pero por el pecado perdió esa imagen. Entonces él engendró hijos e hijas, pero él los engendró a su imagen, no a la de Dios. Y así hemos descendido en la línea, pero todos a su imagen.

Durante cuatro mil años siguió esto, y entonces vino Jesucristo, de carne y en la carne, nacido de mujer, hecho bajo la ley; nacido del Espíritu, pero en la carne. ¿Y qué carne podía tomar sino la carne de su tiempo? No solo eso, sino que era precisamente esta carne la que había decidido tomar; porque, ustedes ven, el problema era ayudar al hombre a salir de la dificultad en la que había caído, y el hombre es un agente moral libre. Debe ser ayudado como un agente moral libre. La obra de Cristo debía ser, no destruirlo, no crear una raza nueva, sino re-crear al hombre, restaurar en él la imagen de Dios. “Pero vemos a aquel que fue hecho un poco menor que los ángeles, a Jesús, coronado de gloria y de honra a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios experimentara la muerte por todos” (Heb. 2:9).

Una raza arruinada, impotente.

Dios hizo al hombre un poco menor que los ángeles, pero el hombre cayó mucho más bajo por su pecado. Ahora está muy lejos, separado de Dios; pero él ha de ser traído de vuelta. Jesucristo vino para hacer esa obra; y a fin de hacerla, vino, no donde estaba el hombre antes de su caída, sino donde estaba después que cayó. Esta es la lección de la escalera de Jacob. Descansaba sobre la tierra donde estaba Jacob, pero la parte más alta alcanzaba hasta el cielo. Cuando Cristo viene a ayudar a un hombre para salir del pozo, no viene hasta el borde y mira, y le dice: Ven acá arriba, y te ayudaré. Si el hombre pudiera ayudarse hasta el punto desde donde había caído, podría hacer todo el resto. Si se pudiera ayudar un paso, podría avanzar el resto del camino; pero precisamente porque el hombre está totalmente arruinado débil, herido y hecho pedazos, de hecho, perfectamente impotente, que viene Jesucristo hasta abajo, donde él está y lo

encuentra allí. Toma su carne y llega a ser un hermano para él. Jesucristo es un hermano para nosotros *en la carne*: nació en la familia.

“De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito”. Él tenía solo un Hijo, y lo entregó. ¿Y a quién lo dio? “Un niño *nos* ha nacido,

Un hijo nos ha sido dado”.

(Isa. 9:6). El pecado hizo un cambio aun en el cielo; porque Jesucristo, por causa del pecado, ha tomado sobre sí la humanidad, y hoy viste esa humanidad, y lo hará por toda la eternidad. Jesucristo llegó a ser el Hijo del hombre así como el Hijo de Dios. Nació en nuestra familia. No vino como un ser angélico, sino nació en la familia, y creció en ella; fue un niño, un jovencito, un joven, un hombre en la plenitud de la vida, en nuestra familia. Él es el Hijo del hombre, emparentado con nosotros, cargando la carne que nosotros cargamos.

Adán era el representante de la familia; por lo tanto, su pecado era un pecado representativo. Cuando vino Jesucristo, vino para tomar el lugar en el que Adán había fallado. “Así también está escrito: ‘Fue hecho el primer hombre, Adán, alma viviente’; el postrer Adán, espíritu que da vida” (1 Cor. 15:45). El segundo Adán es el hombre Cristo Jesús, y él descendió para unir a la familia humana con la familia divina. Se habla de Dios como el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien se nombra toda la familia en los cielos y en la tierra. Jesucristo, el Hijo del Dios vivo, vino a esta parte de la familia, para que pudiera ganarnos de vuelta, para que pudiera haber una

Familia reunida en el Reino de Dios.

Él vino y tomó la carne de pecado que esta familia había cargado sobre sí por el pecado, y obró la salvación para ellos, condenando el pecado en la carne.

Adán fracasó en su lugar, y por la ofensa de un hombre muchos fueron hechos pecadores. Jesucristo se dio, no solo por nosotros, sino *a* nosotros, uniéndose a la familia, a fin de que pudiera tomar el lugar del primer Adán, y como jefe de la familia recuperar lo que había perdido el primer Adán. La justicia de Jesucristo es una justicia representativa, así

como el pecado de Adán fue un pecado representativo, y Jesucristo, como el segundo Adán, reunió a sí mismo la familia entera.

Pero desde que el primer Adán tomó su lugar, ha habido un cambio, y la humanidad es una humanidad pecaminosa. El poder de la justicia se ha perdido. Para redimir al hombre del lugar al que había caído, Jesucristo viene, y toma la misma carne que ahora carga la humanidad; viene en carne pecaminosa, y toma el caso donde Adán trató y fracasó. Él llegó a ser, no un hombre, sino se hizo carne; llegó a ser humano, y atrajo a toda la humanidad a sí mismo, la abrazó en su propia mente infinita, y tomó su lugar como representante de toda la familia humana.

Adán fue tentado en el mismo principio sobre una cuestión de apetito. Cristo vino, y después de un ayuno de cuarenta días, el diablo lo tentó a usar su poder divino para alimentarse. Y noten, fue tentado en carne pecaminosa, no en la carne en la cual cayó Adán. Esta es una verdad maravillosa, pero estoy enormemente contento de que es así. Procede de inmediato que, por nacimiento, al haber nacido en la misma familia, Jesucristo es mi hermano en la carne, “por lo cual no se avergüenza de llamarlos hermanos” (Heb. 2:11). Él vino para integrarse a la familia, identificándose con la familia, y es a la vez el padre de la familia y el hermano de la familia. Como padre de la familia, él representa a la familia. Vino para redimir la familia, condenando el pecado en la carne, uniendo la divinidad con la carne de pecado. Jesucristo hizo la conexión entre Dios y el hombre, para que el espíritu divino descansara sobre la humanidad. Él abrió el camino para la humanidad.

Él cargó nuestros dolores.

Y él vino bien cerca de nosotros. No está ni a un paso de alguno de nosotros. Él “se hizo semejante a los hombres” (Fil. 2:7). Ahora es hecho en semejanza de hombre, y al mismo tiempo él mantiene su divinidad; él es el divino Hijo de Dios. Y así, por su divinidad que se une a la humanidad, restaurará al hombre a la semejanza de Dios. Jesucristo, al ocupar el lugar de Adán, tomó nuestra carne. Él tomó nuestro lugar completamente, a fin de que pudiéramos tomar su lugar. Tomó nuestro lugar con todas sus consecuencias, y eso significaba la muerte, a fin de que pudiéramos

tomar su lugar con todas sus consecuencias, y eso es vida eterna. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21). Él no era pecador; pero él invitó a Dios a tratarlo como si fuera un pecador, a fin de que nosotros, que éramos pecadores, pudiéramos ser tratados como si fuéramos justos. “Ciertamente llevó él nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, ¡pero nosotros le tuvimos por azotado, como herido y afligido por Dios!” (Isa. 53:4). Las tristezas que él cargó fueron las nuestras, y es literalmente cierto que él se identificó con nuestra naturaleza humana como para cargar todas las enfermedades y todos los dolores de toda la familia humana. “Mas él fue herido por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados. Por darnos la paz, cayó sobre él el castigo, y por sus llagas fuimos nosotros curados”. Lo que lo lastimaba a él, nos sanaba a nosotros, y él fue herido a fin de que nosotros seamos sanados. “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isa. 53:6). Y entonces él murió porque sobre él se cargaron las iniquidades de todos nosotros. No había pecado en él, pero los pecados de todo el mundo fueron puestos *sobre* él. He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado de todo el mundo. “Él es la propiciación por nuestros pecados, y no solamente por los nuestros, sino también por los de todo el mundo” (1 Juan 2:2).

El precio pagado por cada alma.

Quiero que sus mentes captan la verdad de que, no importa si un hombre se arrepiente o no, Cristo cargó sus dolores, sus pecados, sus enfermedades, y lo invita a ponerlos sobre él. Si cada pecador en este mundo se arrepintiera con toda su alma y se volviera a Cristo, el precio ya ha sido pagado. Jesús no esperó que nos arrepintamos antes de morir por nosotros. “Siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” [Rom. 5:8]. “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados” [1 Juan 4:10]. Cristo murió en favor de cada alma aquí; él ha cargado sus dolores y enfermedades; sencillamente nos pide que los pongamos sobre él, y le permitamos cargarlos.

Cristo, nuestra justicia.

Además, cada uno de nosotros fue representado en Jesucristo cuando el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros. Todos estuvimos allí en Jesucristo. Todos fuimos representados en Adán según la carne; y cuando Cristo vino como el segundo Adán, él se puso en el lugar del primer Adán, y de ese modo todos estamos representados en él. Él nos invita a entrar en la familia espiritual. Él ha formado esta familia nueva, de la cual él es la cabeza. Él es el hombre nuevo. En él tenemos la unión de lo divino y lo humano.

En esa familia nueva, cada uno de nosotros está representado. “Y por decirlo así, en Abrahán pagó el diezmo también Leví, que recibe los diezmos, porque aún estaba en las entrañas de su padre cuando Melquisedec le salió al encuentro” [Heb. 7:9, 10]. Cuando Melquisedec salió al encuentro de Abrahán que volvía de los despojos, Abrahán le dio los diezmos de todo. Leví todavía estaba en las entrañas de su padre Abrahán; pero siendo que él era un descendiente de Abrahán, lo que hizo Abrahán, dice la Escritura que Leví lo hizo en Abrahán. Leví descendió de Abrahán según la carne. Él no había nacido cuando Abrahán pagó los diezmos; pero siendo que Abrahán pagó el diezmo, él también lo pagó. Así es exactamente en la familia espiritual. Lo que Cristo hizo como cabeza de esta familia nueva, nosotros lo hicimos en él. Él era nuestro representante; él llegó a ser carne; él llegó a ser *nosotros*. Él no llegó a ser sencillamente un hombre, sino que se hizo carne, y cada uno que habría de nacer en su familia estuvo representado en Jesucristo cuando vivió aquí en la carne. Vean, entonces, que todo lo que hizo Cristo, cada uno que se conecta con esta familia, recibe el crédito como haciéndolo en Cristo. Cristo no fue un representante externo al hombre, desconectado de él; sino que como Leví pagó el diezmo en Abrahán, cada uno que más tarde nacería en esta familia espiritual, hizo lo que Cristo hizo.

El nuevo nacimiento.

Vean lo que significa esto con referencia al sufrimiento vicario. No es que Jesucristo vino de afuera, y simplemente se puso en nuestro lugar como un extraño; sino que al unirse con nosotros por el nacimiento, toda la humanidad fue reunida en la cabeza divina, Jesucristo. Él sufrió sobre

la cruz. Entonces fue toda la familia en Jesucristo la que fue crucificada. “El amor de Cristo nos constriñe, pensando esto: que si uno murió por todos, luego todos murieron” (2 Cor. 5.14). Lo que queremos en nuestra experiencia es incorporar el hecho de que todos morimos en él. Pero, aunque es cierto que Jesucristo pagó el precio total, cargó cada dolor, era la humanidad misma, también es cierto que ningún hombre recibe el beneficio de eso excepto que él reciba a Cristo, excepto que nazca de nuevo. Solo los que así nacieron dos veces pueden entrar en el reino de Dios. Lo que nacieron de la carne, deben nacer de nuevo, nacer del Espíritu, a fin de que lo que Jesucristo hizo en la carne, podamos aprovecharlo, para que realmente estemos en él.

La obra de Cristo es otorgarnos el carácter de Dios; y entretanto, Dios mira a Cristo y su carácter perfecto en vez de mirar nuestros caracteres pecaminosos. En el mismo momento en que nos vaciamos del yo y creemos en Jesucristo y lo recibimos como nuestro Salvador personal, Dios lo mira a él como en efecto nuestro representante personal. Entonces no nos ve a nosotros y todo nuestro pecado; sino que ve a Cristo.

Nuestro representante en los atrios celestiales.

“Hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres: Jesucristo hombre” (1 Tim. 2:5). Hay ahora en el cielo un hombre, —el hombre Cristo Jesús—, que lleva nuestra naturaleza humana; pero ya no es más una carne de pecado; es glorificada. Habiendo venido aquí y vivido en una carne de pecado, él murió; y en lo que él murió, murió al pecado; y en lo que él vive, lo vive para Dios. Cuando él murió, se liberó de la carne de pecado, y fue resucitado glorificado. Jesucristo vino aquí como nuestro representante, recorrió el camino al cielo en la familia, murió al pecado, y resucitó glorificado. Vivió como el Hijo del hombre, creció como el Hijo del hombre, ascendió como el Hijo del hombre, y hoy, Jesucristo, *nuestro propio* representante, *nuestro propio* hermano, el *hombre* Cristo Jesús, está en el cielo, viviendo para interceder por nosotros.

Él ha pasado por cada una de nuestras experiencias. ¿No sabe él qué significa la cruz? Él fue al cielo vía la cruz, y dice: “Vengan”. Eso es lo que Cristo ha hecho al hacerse carne. Nuestras mentes humanas quedan pasma-

das ante el problema. ¿Cómo podremos expresar en lenguaje humano lo que hizo por nosotros, cuando “el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”? ¿Cómo expresaremos lo que Dios nos ha dado? Cuando dio a su Hijo, dio el don más precioso del cielo, y lo dio para nunca retomararlo otra vez. Por toda la eternidad el Hijo del hombre llevará en su cuerpo las marcas que le hizo el pecado; para siempre él será Jesucristo, nuestro Salvador, nuestro Hermano Mayor. Esto es lo que Dios ha hecho al darnos a su Hijo.

Cristo identificado con nosotros.

Esta unión de lo divino y lo humano ha traído a Cristo muy cerca de nosotros. No hay ninguno que esté tan bajo que Cristo no pueda estar allí con él. Él se identificó completamente con esta familia humana. En el juicio, cuando se asignen las recompensas y los castigos, él dice: “En cuanto lo hicisteis uno de estos *mis hermanos más pequeños*, a mí lo hicisteis” [Mt. 25:40]. Cristo considera a cada uno en la familia humana como suyo. Cuando la humanidad sufre, él sufre. Él es humanidad, él se ha unido a esta familia. Él es nuestra cabeza; y cuando en cualquier parte del cuerpo se siente un suspiro de dolor, la cabeza siente ese suspiro de dolor. Él se ha unido con nosotros, uniéndonos así con Dios; porque leemos en Mateo: “Una virgen concebirá y dará a luz un hijo y le pondrás por nombre Emanuel (que significa: ‘Dios con nosotros’)” (cap. 1:23).

Unidad en Cristo.

Jesucristo se unió así con la familia humana, para que él pudiera estar *con* nosotros al estar *en* nosotros, así como Dios estaba con él por estar en él. El mismo propósito de su obra era que pudiera estar en nosotros, y que, como él representaba al Padre, así sus hijos, el Padre y el Hermano Mayor pudieran estar unidos en él.

Veamos cuál fue su pensamiento en su última oración: “Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros, para que el mundo crea que tú me enviaste. Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como

también a mí me has amado. Padre, aquellos que me has dado, quiero que donde yo esté, también ellos estén conmigo, para que vean mi gloria que me has dado, pues me has amado desde antes de la fundación del mundo. Padre justo, el mundo no te ha conocido, pero yo te he conocido, y estos han conocido que tú me enviaste. Les he dado a conocer tu nombre y lo daré a conocer aún". Y las últimas palabras de su oración fueron: "Para que el amor con que me has amado esté en ellos y *yo en ellos*" (Juan 17:21-26). Y mientras ascendía, sus palabras de despedida a sus discípulos fueron: "Y yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo" (Mat. 28:20). Al estar en nosotros, siempre está con nosotros, y para que esto pudiera ser posible, para que él pudiera estar en nosotros, él vino y tomó nuestra carne.

Esta es también la manera en la que la santidad de Jesús opera. Él tenía una santidad que lo capacitaba para venir y morar en la carne pecaminosa, y glorificar la carne pecaminosa por su presencia en ella: y esto es lo que hizo, de modo que cuando resucitó de los muertos, él fue glorificado. Su propósito era que, habiendo purificado la carne pecaminosa por su presencia que moraba en ella, pudiera ahora venir y purificar la carne pecaminosa en nosotros, y glorificar la carne pecaminosa en nosotros. "Él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo, por el poder con el cual puede también sujetar a sí mismo todas las cosas" (Fil. 3:21). "A los que antes conoció, también los predestinó para que fueran hechos conforme a la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos" (Rom. 8:29).

La elección de gracia.

Permítanme decir que en esta idea está encerrado todo el problema de la predestinación. Hay una predestinación; es una predestinación del carácter. Hay una elección; es una elección del carácter. Todo aquel que cree en Jesucristo es elegido, y todo el poder de Dios está detrás de esa elección, para que él lleve la imagen de Dios. Llevando esa imagen, está predestinado para toda la eternidad en el reino de Cristo; pero todo aquel que no lleva la imagen de Dios está predestinado a la muerte. Es una predestinación de Dios en Cristo Jesús. Cristo provee el carácter, y lo ofrece a todo aquel que quiera creer en él.

El corazón y la vida del cristianismo.

Entremos ahora en la experiencia que Dios ha dado a Jesucristo para que more en nuestra carne pecaminosa, para lograr en nuestra carne pecaminosa lo que él logró cuando estuvo aquí. Él vino y vivió aquí para que nosotros pudiéramos reflejar la imagen de Dios. Este es el corazón mismo del cristianismo. Cualquier cosa contraria a ello no es cristianismo. “Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios, porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced al Espíritu de Dios: todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios” (1 Juan 4:1-3). Ahora eso no puede referirse solamente a reconocer que Jesucristo estuvo aquí y vivió en la carne. Los demonios reconocen tal cosa. Ellos supieron que Cristo había venido en la carne. La fe que viene por el Espíritu de Dios dice: “Jesucristo ha venido en *mi* carne; él habita en *mi* carne; yo lo he recibido”. Ese es el corazón y la vida del cristianismo.

La dificultad con el cristianismo de hoy es que Cristo no habita en los corazones de aquellos que profesan su nombre. Él es uno de afuera, uno que se mira a la distancia, como un ejemplo. Pero él es más que un ejemplo para nosotros. Él nos hizo saber cuál es el ideal de Dios para la humanidad, y luego vino y lo desarrolló delante de nosotros, para que podamos ver qué es ser a la imagen de Dios. Entonces murió, y ascendió a su Padre, enviándonos su Espíritu, su propio representante, para vivir en nosotros, para que la vida que él vivió en la carne podamos vivirla nosotros también. *Esto* es cristianismo.

Cristo debe habitar en el corazón.

No es suficiente hablar de Cristo y de la belleza de su carácter. El cristianismo sin que Cristo more en el corazón, no es cristianismo genuino. Sólo es un cristiano genuino el que tiene a Cristo morando en su corazón, y nosotros podemos vivir la vida de Cristo sólo cuando lo tenemos morando en nosotros. Él quiere que nos aferremos de la vida y el poder del cristianismo. No queden ustedes satisfechos con ninguna otra cosa. No presten atención a ninguno que los conduzca por cualquier otro

sendero. “Cristo en vosotros, esperanza de gloria” [Col. 1:27], su poder, su presencia morando en el interior, eso es cristianismo. Esto es lo que necesitamos hoy; y estoy agradecido de que hay corazones que anhelan esa experiencia, y que la reconocerán cuando llegue. No hace ninguna diferencia cuál haya sido su nombre o denominación. Reconozca a Jesucristo, y permítale morar en usted. Al avanzar donde él lo conduzca, conoceremos qué es una experiencia cristiana, y qué es morar en la luz de su presencia. Les digo que esta es una verdad maravillosa. El lenguaje humano no puede expresar mejor en el pensamiento o el lenguaje humano que lo que se dice en estas palabras: “El Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros”. Esta es nuestra salvación.

El propósito de estas afirmaciones no es meramente establecer una línea de pensamiento. Es traer vida nueva a nuestra alma, y abrir nuestras ideas de la palabra de Dios y del don de Dios, para que podamos ser capaces de captar su amor por nosotros. Lo necesitamos. Nada menos que eso enfrentará lo que tenemos que enfrentar: el mundo, la carne, y al diablo. Pero él que está por nosotros es mucho más poderoso que el que está contra nosotros. Tengamos en nuestras vidas diarias a Jesucristo, “el Verbo” que “se hizo carne”.

LA FE DE JESÚS, LOS MANDAMIENTOS DE DIOS, Y LA PACIENCIA DE LOS SANTOS



DISCURSO DEL 2 DE NOVIEMBRE DE 1895
EN LA REUNIÓN CAMPESTRE DE ARMADALE *THE*
BIBLE ECHO, 20 Y 27 DE ENERO DE 1896

“**A**quí está la perseverancia [paciencia, RV60] de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apoc. 14:12).

En nuestro estudio de esta ocasión invertiremos el orden, y diremos: Aquí están los que guardan la fe de Jesús y los mandamientos de Dios. Aquí está la perseverancia [paciencia] de los santos. La primera experiencia necesaria a fin de guardar una cosa es obtenerla. Así que antes de que podamos guardar la fe de Jesús tenemos que obtenerla. La fe es el don de Dios, y ninguno necesita decir que no puede tenerla. “Digo, pues, por la gracia que me es dada, a cada cual que está entre vosotros, que no tenga más alto concepto de sí que el que debe tener, sino que piense de sí con cordura, conforme a la medida de fe que Dios repartió a cada uno” (Rom. 12:3). Ninguno necesita decir que no puede tener fe; porque Dios se la ha dado. Dios da la fe, y nuestra parte es ejercer es fe, y sí como en el marco físico el ejercicio causa crecimiento, ejercitar la fe que tengamos hará que crezca.

Observarán que este es un mensaje final; porque lo siguiente que ve Juan fue uno “semejante al Hijo del hombre, que llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz aguda”. ¿Qué se ve justo antes de que se revele el Salvador? Aquellos que guardan los mandamientos de Dios. Los mandamientos y enseñanzas de los hombres han entrado

para tomar el lugar de los mandamientos de Dios; pero aquí ha de haber un pueblo sobre la tierra justo antes de que Cristo vuelva, que guardará los mandamientos de Dios, y que no será arrastrado por las tradiciones y enseñanzas de los hombres.

¿Qué es la fe de Jesús?

Este pueblo también debe tener la fe de Jesús. En este tiempo se habla mucho acerca de la fe, pero el tema todavía no está agotado. Esta debe ser la fe de Jesús, en contraste con la fe del diablo. Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios en vez de los mandamientos de los hombres, y tienen la fe de Jesús en vez de la fe del diablo. ¿Qué es la fe del diablo? De ella se habla en Santiago 2:19: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen y tiemblan”. Cuando Jesús estuvo aquí en la carne, los demonios le dijeron: “Yo sé quién eres; el Santo de Dios”. El diablo cree que Dios existe; él lo sabe tan bien, que tiembla ante ello; pero él no tiene la fe de Jesús. Él tiene la fe que asiente la verdad de cierto hecho. Podemos creer que Jesucristo es el Hijo unigénito de Dios; podemos creer que la sangre de Jesucristo es capaz de limpiar de todo pecado; podemos creer que cada declaración hecha en la Biblia es verdadera; y sin embargo no tener la fe de Jesús. Podemos creer en el credo de la iglesia, que dice: “Creo en un Dios, el Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, y en su único Hijo, Jesucristo nuestro Señor”; podemos confesar todo eso, y creer que es un hecho, y no obstante no tener la fe de Jesús.

¿Qué es la fe de Jesús en contraste con la fe de los demonios? Descubramoslo en su palabra. Cuando Jesús fue a la tumba de Lázaro, y dijo al que estaba muerto: “Lázaro, sal fuera”, él sabía que estaba hablando la palabra de Dios. Él estaba seguro de ello; porque él hablaba las palabras de Dios continuamente. “La palabra que habéis oído no es mía, sino del Padre que me envió” (Juan 14:24). Él sabía que la palabra de Dios tiene poder para realizar lo que él había hablado, y que Lázaro saldría. Es decir, la fe de Jesús es la fe que cree que la palabra de Dios hará lo que ella dice. Sencillamente deja que la palabra de Dios sea verdadera.

Pero la palabra de Dios es verdadera, creámoslo o no. Juan dice: “Y, sin embargo, os escribo un mandamiento nuevo, que es verdadero en él y

en vosotros” (1 Juan 2:8). El propósito de la palabra de Dios es que sea verdadera en nosotros. La palabra fue verdadera en Jesucristo, y él fue el verdadero representante de la palabra. Lo que la palabra decía que él era, lo *era*. Y si la palabra de Dios es verdadera en nosotros, nos hará semejantes a Cristo. Tenemos fe en la palabra de Dios cuando creemos que es una palabra viviente, y que tiene poder para transformar nuestros caracteres, y para obrar en nosotros aquello que dice.

Fe en la palabra.

Esta es la clase de fe que Jesús celebraba. Leemos en el Evangelio de Mateo que “al entrar Jesús en Capernaúm, se le acercó un centurión, que le rogaba diciendo: Señor, mi criado está postrado en casa, paralítico, gravemente atormentado. Jesús le dijo: Yo iré y lo sanaré. Respondió el centurión y dijo: Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo; pues también yo soy hombre bajo autoridad y tengo soldados bajo mis órdenes, y digo a éste: “Ve”, y va; y al otro, “Ven”, y viene; y mi siervo: “Ha esto”, y lo hace. Al oírlo Jesús, se maravilló y dijo a los que lo seguían: De cierto os digo que ni aun en Israel he hallado tanta fe” (Mat. 8:5-10). Aquí está el centurión, un comandante de cien hombres del ejército romano. Le dice a Jesús: Di la palabra; eso es todo lo que necesitas hacer.

Digamos que la autoridad romana es César, que el nombre del centurión sea Julio, y el soldado, Alejandro. Julio el hombre le dice a Alejandro el hombre: “Ve”; pero Alejandro el hombre dice: “¿Qué derecho tienes de mandarme a ir? Iré cuando esté listo”. Ese es Julio el *hombre* hablando a Alejandro el *hombre* aparte de toda autoridad. Pero Julio el *centurión* le dice a Alejandro el *soldado* “Ve”, y el soldado va de inmediato, porque Julio está hablando como representante del César, y en realidad es César es el que habla. Noten ustedes la diferencia entre el hombre que le habla al hombre, y el centurión que le habla al soldado. El soldado va, porque todo el poder del Imperio Romano está detrás de la palabra dicha por el centurión.

Y el centurión le dijo a Cristo: Yo veo que tú, Jesús de Nazaret, estás aquí, y que estás bajo autoridad, representando a Dios. Cuando hablas, no es Jesús el hijo de José quien habla, sino el Hijo de Dios; y sé que la palabra que hablas es la palabra de Dios, y que ella tiene poder. Esta es la clase

de fe que Cristo celebra. El centurión tenía confianza que Cristo no era simplemente el hijo del carpintero, sino el Hijo del Dios viviente, y creía que toda la autoridad de Dios estaba en la palabra dicha por medio de él.

“La fe viene por el oír”, y no tiene sentido hablar acerca de la fe separada de la palabra de Dios. El hecho de que deseemos algo con todo nuestro corazón, no es la menor evidencia de que se hará. La fe es la confianza en la palabra de Dios, la dependencia de la palabra de Dios, y permitir que la palabra de Dios sea verdad. La fe es ver a Cristo en su palabra como el poder del Dios viviente, y creer con todo el corazón que él hará lo que dice. La fe no es sentimentalismo, no meramente una creencia de que algo es verdad; incluye someterse y ceder totalmente a la palabra de Dios. Consideren si tienen la fe de Jesús o la fe del demonio. Él cree que la Biblia es verdad y ¡la cree más completamente que muchos que hacen una elevada profesión! Él sabe que la Escritura es totalmente cierta. Él sabe que es verdadera, pero no permite que sea cierta en él. Él es una mentira; toda su vida es una mentira; él es una falsedad del principio al fin; y así es todo aquel cuyo carácter sea como el de él, y cuya fe no va más allá que la de él. Nuestros mismos caracteres son una mentira si no están en armonía con la palabra de Dios.

Antes de que una persona se convierta tiene la opción de decir: “Yo soy verdadero; yo soy justo”, y de este modo hace que Dios sea mentiroso, o puede decir: “Solo Dios es verdadero”, haciendo que él mismo sea mentiroso. La Biblia dice: “Sea Dios veraz y todo hombre mentiroso” (Rom. 3:4). Cada persona no convertida tiene que hacer su elección entre llamar mentiroso a Dios, o admitir que ella lo es. El pecado consiste en ser falso, y eso es lo que hace que el diablo sea totalmente falso, porque él es un pecador desde el principio; él es un mentiroso, y el padre de la mentira. Dios dice: Todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios”. Debemos permitirle ser veraz y decir: Yo he pecado”. Pero cuando llegamos a esa experiencia en el camino, hay algo más que debe decirse. Cuando Natán fue a David para reprenderlo por su pecado y le dijo; “Tú eres el hombre”, David contestó: “Pequé contra Jehová. Natán dijo a David: También Jehová ha perdonado tu pecado; no morirás” (2 Sam. 12:13). Sea la palabra de Dios veraz. Cuando el Señor dice: “Han pecado y están des-

tituidos de la gloria de Dios”, responda: “He pecado”. Cuando hacemos esa confesión, él nos dice otra vez: “Si confesamos nuestros pecados él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” [1 Juan 1:9]. A esto debemos decir: “Así es, y sea la palabra de Dios verdadera en nosotros”. Y así seguiremos diciendo: “Amén”, no sencillamente de palabra, sino en nuestras vidas. Eso es fe, fe viva y divina.

La fe en la Palabra produce reforma.

Esta fe produjo la reforma del siglo dieciséis, y es la fe que debe operar la reforma en el siglo diecinueve. En el tiempo de Lutero la iglesia había ocultado la palabra de Dios, y le estaba dando a la gente su propia enseñanza, así como lo hace en gran medida hoy. La palabra de Dios se ve constantemente en los escritos de Lutero. La fe en la palabra de Dios, esa fe que cree la palabra de Dios no importa cuáles sean las circunstancias externas, produjo la Reforma. Nuestra prueba ocurrirá en el mismo punto. La palabra nos dice que se harán milagros para sostener la falsedad. La gente que depende de circunstancias externas para ver evidencia de su aceptación con Dios, son los mismos que se están preparando para ser tomados cautivos por el diablo como él quiera. Él puede producir señales externas. La palabra dice que hará descender fuego del cielo a la vista de los hombres.

Cuando la tierra sea removida, ¿sobre qué nos pararemos? La palabra de Dios será el único fundamento seguro, pero si no aprendemos cómo aferrarnos fuertemente a esa palabra, no estaremos preparados para arriesgarnos en ese día, y seremos de aquellos que vienen ante el Señor con temor. Necesitamos acostumbrarnos a vivir en la presencia de Dios, viendo al que es invisible, y entonces, cuando él llegue a ser visible, no tendremos el más mínimo temor. Esta es la fe de Jesús, la fe que cree que la palabra de Dios es veraz, que permite que la obra de Dios actúe en su poder en nosotros, y que se somete enteramente a esta acción. Ningún hombre puede tener fe en Jesús si no está dispuesto a abandonar todo por él. Él nos dio todo, y él toma todo.

Un acróstico [que no se puede traducir] de la palabra fe [faith, en inglés] puede ayudarnos a grabar estos pensamientos en nuestras mentes. [Diría lo siguiente: “Abandonando Todo Yo lo Acepto a Él”.]

La fe de Jesús significa: Renunciando a todo, lo acepto a él, y lo dejo estar verdaderamente en mí. Ser un santo es en esencia ser un hombre verdadero; ser un pecador es en esencia ser un mentiroso. Cristo es el testigo fiel y verdadero; Cristo es la vida verdadera; todo lo que tiene que ver con Cristo es verdadero. Ser como Cristo es ser verdadero; ser diferente de Cristo es ser falso.

Guardar los mandamientos.

Volvámonos a otro pensamiento. “Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios”. Pero lo mismo que ocurre con los mandamientos, los cuales debemos obtener antes de poder guardarlos, ocurre con la fe. ¿Cómo obtenemos los mandamientos? Del mismo modo que obtenemos la fe: Dios tiene que darnoslos. “Por lo cual, este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días —dice el Señor—: Pondré mis leyes en la mente de ellos, y sobre su corazón las escribiré; y seré a ellos por Dios y ellos me serán a mí por pueblo” (Heb. 8:10). Él tiene que darnos los mandamientos antes de que podamos guardarlos, y él tiene que darnoslos en su propia manera, al escribirlos en nuestros corazones. “Y es manifiesto que sois carta de Cristo expedida por nosotros, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Cor. 3:3). Los mandamientos fueron escritos primero con el dedo de Dios en las tablas de piedra, prefigurando la obra de escribirlos en el corazón por el Espíritu de Dios. Compare dos pasajes: “Pero si yo por el Espíritu de Dios echo fuera los demonios, ciertamente ha llegado a vosotros el reino de Dios”. “Pero si por el dedo de Dios echo yo fuera los demonios, ciertamente el reino de Dios ha llegado a vosotros” (Mat. 12:28; Luc. 11:20). Uno dice el “Espíritu de Dios”, el otro el “dedo de Dios”. Dios escribió con su propio dedo en las tablas de piedra, y dice que escribirá sus mandamientos en nuestros corazones, no con tinta sino con el Espíritu del Dios vivo. Esto fue predicho cuando los escribió sobre la piedra. Además, así como los escribió en piedra, ahora los escribe con su Espíritu; y su escritura en nuestros corazones ha de ser tan eterna como su escritura sobre piedra. El que cumple la palabra de Dios morará para siempre. El que guarda mis dichos nunca morirá.

La palabra de Dios es la vida misma de Dios, y esta palabra que está en nuestros corazones nos guardará por toda la eternidad. La palabra de Dios, escrita con el Espíritu de Dios sobre las tablas del corazón, nunca cambiará. Es el carácter de Dios. Pero Dios nunca pone algo en nuestros corazones, y nunca permitirá que el diablo ponga algo en nuestros corazones para que quede allí, a menos que nosotros lo consintamos. Supongamos ahora que Dios sigue adelante con su tarea de escribir su ley en nuestros corazones, y él escribe: “No tendrás dioses ajenos delante de mí”, y ustedes dicen, “Me someto a eso”. Él escribe otra vez: “No te harás imagen ni ninguna semejanza de lo que está arriba en el cielo, ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra. No te inclinarás a ellas ni las honrarás, porque yo soy Jehová, tu Dios, fuerte, celoso, que visito la maldad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación de los que me aborrecen, y hago misericordia por millares a los que me aman y guardan mis mandamientos”, y ustedes dicen: “Está bien”. Él escribe el tercer mandamiento, y otra vez responden: “Me someto”. Entonces comienza a escribir el cuarto, pero ustedes comienzan y dicen: “Oh, no; no escriba eso; yo no puedo permitir que eso entre”. ¿Qué ocurre? Él deja de escribir; y por el rechazo de ustedes de permitirle escribir el cuarto mandamiento, ustedes borran lo que ya había escrito, y la ley de Dios sale de vuestros corazones. Él no escribe una porción de su ley en nuestros corazones en contra de nuestro consentimiento. Debemos estudiar la ley en Jesucristo, que guardó los mandamientos de su Padre, y luego debemos someternos a ella, para que la misma vida que se manifestó en Jesucristo se manifieste en nosotros. Es más una cuestión de nuestro sometimiento, y permitir que la vida se manifieste por sí misma, que en manifestarla nosotros.

Cristo, la ley viviente.

Escribir la ley en el corazón es sencillamente tener a Cristo morando en nosotros. Cristo era la ley viviente, la ley en la vida. El Espíritu de Cristo es el Espíritu de esa vida divino-humana que vivió en obediencia a los mandamientos de Dios. Ese es el Espíritu que él pone sobre nosotros, su otro yo que mora en nosotros. La ley de Dios es ministrada por el Espíritu de Dios. Cuando eso viene al corazón, es Cristo mismo;

es “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria”. Y cuando Cristo viene a nuestros corazones, él es la ley viviente, la ley de Dios expuesta en el carácter. Cristo morando en nuestros corazones, significa traer el carácter de Dios a nuestras vidas. Guardar los mandamientos de Dios es manifestar el carácter de Jesucristo.

Ahora una palabra acerca de obedecer los mandamientos de Dios. Guardar los mandamientos de Dios es obedecer los mandamientos, pero hay una infinita cantidad de *intentos* de obedecer los mandamientos que no es *guardarlos*. Pero la justicia no viene por la ley. Algunas personas cuelgan la ley sobre la pared, la leen, y luego tratan de hacer lo que dice. Les cuesta muchísimo, y entonces no lo hacen. ¿Por qué? Porque la ponen allá arriba. Eso no es donde Dios la pone. Él dice que la pondrá en vuestros corazones, y ustedes deben guardarla allí. “Guarda tu corazón, porque de él mana la vida” [Prov. 4:23]. ¿Suponen ustedes que de un corazón donde está escrita la ley, pueden salir homicidios? Dios nos ha dicho qué hay en el corazón natural. Él dice: “Porque de dentro, del corazón de los hombres, salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez” (Mar. 7:21, 22). Esto es lo que Dios ve en el corazón natural, pero ¿ve el hombre todo eso? “Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso” [Jer. 17:9]. El hombre dice: No soy un asesino; soy un hombre muy moral. Voy a la iglesia regularmente, nada de eso hay en mi corazón. Pero esas mismas cosas están allí. A menos que Cristo esté allí y las haya echado afuera, han entrado y contaminado el templo del alma.

Pero cuando Cristo, la ley viviente, entra, la ley es escrita en las tablas del corazón. Y cuando Cristo entra, todos los males del corazón natural son expulsados por su santa presencia. Cuando nos sometemos a él, él escribe su ley en nuestros corazones y vidas. La religión no puede ser comunicada como una teoría. La religión es vida. Cuando Cristo escribe su ley en nuestros corazones, al escribirla en nuestras vidas y cuando esto se hace, el homicidio y el engaño son expulsados. Eso es escribir la ley en el corazón; eso es poner la misma vida de Cristo como al nuestra, de modo que nuestra vida manifiesta su vida.

Es un error terrible pensar que guardar los mandamientos de Dios significa tomar la ley, mirarla, y luego decidir que la cumpliremos. Eso solo significa fracaso y desánimo. Cuando vemos que Cristo es la ley de Dios que debemos recibir, y cuando lo recibimos a él, es que la ley queda escrita en nuestros corazones, y nuestras vidas son llevadas a estar en armonía con esa ley. La ley de Dios es santa, justa y buena. No podemos hacer santas nuestras vidas, pero Cristo puede hacerlo por nosotros. Oh, que podamos ver en su verdadera luz el privilegio de estar en armonía con la ley de Dios. Es el privilegio de ser como Cristo, el privilegio de vivir una vida verdadera, el privilegio de la comunión con Dios, quien creó todas las cosas por medio de Jesucristo. Es el gran privilegio de la humanidad estar en armonía con la ley de Dios.

El propósito de la vida de Cristo sobre la tierra.

La obra entera de Cristo fue mostrar la perfección de la ley de Dios, y el hacer posible que nosotros podamos estar en armonía con ella. Y cuando tenemos la vida y enseñanzas de Cristo para mostrarnos qué es la ley de Dios, es perfectamente sorprendente que tantos permitan que el diablo los defraude quitándoles el privilegio de estar en armonía con esa ley. Ser como Cristo, ser como Dios, vivir una vida verdadera, ser exaltado, ser puesto en comunión con Dios: esto es realmente un privilegio. Hay quienes dicen, pero si yo vivo en armonía con la ley de Dios perderé mi posición, y ¿qué hará mi familia? Pero no hay nada que pueda suceder a quienes están en armonía con la ley de Dios, excepto lo que Dios permita. Si él quita una cosa, es para dar algo mejor en su lugar. Puede no significar más dinero, pero ¿qué hay de eso? ¿No cuida Dios a los suyos? “Buscad primeramente el reino de Dios u su justicia, y todas estas cosas os serán añadidas” (Mat. 6:33). Esto es lo que dice Dios. Sea Dios veraz, y todo hombre mentiroso. La fe hace veraz la palabra de Dios, y cree lo que él dice, y no ve nada excepto la palabra de Dios.

Dios cuida a los que son fieles a él.

Dios cuida de su pueblo en estos tiempos. Hay abundantes pruebas de que los que observan el séptimo día, aun en estos tiempos difíciles,

están mejor situados financieramente que la gente promedio. Dios cuidará a cada uno que es fiel a él. Él pone mesa en el desierto para mostrarnos, si es necesario, que él puede hacer caer pan del cielo y agua de la roca. Confíe en que Dios lo hace. El tiempo está justo sobre nosotros cuando necesitamos confiar en Jesucristo y su palabra, para mantenernos vestidos y con comida, para mantenernos temporal y espiritualmente, y solo los que están escondidos en Jesucristo estarán seguros. Eso ocurrirá literalmente, y los que no confían en Jesucristo perecerán. Dios nos está advirtiendo, tratando de ganar personas que se alejen de la destrucción que está por venir. La sumisión a él en todas las cosas es nuestra única seguridad ahora. “Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”.

La ley guardada en Cristo.

Aunque no podemos guardar los mandamientos antes de que los obtengamos, eso no significa que los preceptos de la ley no serán vividos en nuestras vidas. Esto es precisamente lo que se hará. Ningún hombre puede hacerlo por sí mismo; pero hemos de *recibir* la ley de Dios en Jesucristo y *obedecer* la ley de Dios en Jesucristo. Entonces es que Dios morará en nosotros, y la ley estará escrita en nuestros corazones.

“Aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”. Guardan los mandamientos porque guardan la fe de Jesús. El salmista dice: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” [Sal. 119:11]. Y “el pecado es infracción de la ley” [1 Juan 3:4]. Jesucristo es el Alfa y la Omega, la A a la Z; y cuando lo escondemos en el corazón, escondemos la palabra de Dios en el corazón; y lo que guardamos como una ley viviente se da vuelta y nos guarda.

“Vengo pronto; retén lo que tienes, para que ninguno tome tu corona” [Apoc. 3:11]. Estamos viviendo justo antes de la segunda venida de Cristo. Por medio de la fe de Jesucristo, permitamos que la palabra de Dios sea verdad en nuestro carácter. Dios quiere que guardemos sus mandamientos porque ellos son los que nos guardarán. Cristo dijo: “Sé que su mandamiento es vida eterna”, y esa es la razón por la que pudo decir: “El que guarda mi palabra nunca verá muerte” (Juan 12:50; 8:51). La obra de Cristo ha cambiado en sueño la muerte que vino como resultado de

la transgresión de Adán. “El que guarda mi palabra nunca verá muerte”, porque él tiene en su interior la Palabra viviente. “El que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” [1 Juan 2:17]. Puede que duerma, pero nunca verá muerte. Pero los que no guardan los mandamientos de Dios verán la muerte de la cual no hay resurrección.

La paciencia de los santos.

“Aquí está la paciencia de los santos”. “Pues os es necesaria la paciencia, para que, habiendo hecho la voluntad de Dios, obtengáis la promesa” (Heb. 10:36). Tenemos necesidad de paciencia. “Porque aún un poco, y el que ha de venir vendrá, y no tardará” [vers. 37]. Aquellos que han estado guardando los mandamientos y esperándolo a él, tienen necesidad de perseverancia, porque todavía falta un poco.

“El justo por su fe vivirá” [Hab. 2:4]. Hay tres lugares en el Nuevo Testamento donde se usa este pasaje, y el énfasis que se usa en cada caso es diferente. “Pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como está escrito: ‘Mas el *justo* por la fe vivirá’” (Rom. 1:17). Aquí se coloca el énfasis en ser justos.

“Que por la ley nadie se justifica ante Dios es evidente, porque ‘el justo por la *fe* vivirá’” (Gál. 3:11). Aquí se enfatiza la fe.

“Mas el justo *vivirá* por fe; pero si retrocede, no agradará a mi alma” (Heb. 10:38). Aquí el pensamiento principal es *vivirá*. El guardar los mandamientos ha estado ocurriendo, no obstante hay un momento en que Cristo parece demorarse. Si vivimos por fe, viviremos en medio de toda la destrucción que habrá a nuestro alrededor. “Caerán a tu lado mil y diez mil a tu diestra; mas a ti no llegarán” [Sal. 91:7]. “El justo *vivirá* por fe”. “Ciertamente con tus ojos mirarás y verás la recompensa de los impíos” [vers. 8]. Esa es la promesa de Dios para nosotros, pero él también dice: “Os es necesaria la paciencia” [Heb. 10:38]. “Habéis oído de la paciencia de Job, y habéis visto el fin que le dio el Señor, porque el Señor es muy misericordioso y compasivo” [Sant. 5:11]. Job perseveró, aunque no podía ver una razón para hacerlo. Pero en esa prueba de Job Dios estaba demostrando ante el universo el hecho de que su amor puede guardar a un hombre cuando todas las bendiciones temporales le son quitadas.

En el capítulo 18 de Lucas tenemos el caso de la viuda y del juez injusto registrado como una instrucción para nosotros, con referencia a la demora de la venida del Señor. Este es el tiempo, por sobre todos los demás, justo antes de la venida del Señor, cuando no debemos desmayar. “También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre y no desmayar, diciendo: ‘Había en una ciudad un juez que ni temía a Dios ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él diciendo: “Hazme justicia de mi adversario”. Él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: “Aunque ni temo a Dios ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que viniendo de continuo me agote la paciencia”. Para deshacerse de ella la vindicaría de su adversario ante la ley. “Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia” [vers. 1-8].

Tiempos difíciles por delante.

Estamos en el tiempo de angustia predicho en la palabra de Dios. Estos tiempos angustiantes que vemos a nuestro alrededor son sólo el comienzo de estas cosas. “También debes saber que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos [o difíciles]” (2 Tim. 3:1). ¿No estamos viendo esos tiempos difíciles, difíciles en lo financiero y en lo espiritual? Y estos tiempos en los que hemos entrado, aunque puede haber tiempos cuando se aclaren, crecerán hasta ser cada vez peores. El ligero reavivamiento financiero en estas colonias no es permanente. Dios ha enviado su mensaje de preparar un pueblo para su venida, para reunir un pueblo que entienda estas cosas. Los corazones de los hombres ya se están desmayando de temor; están diciendo: ¿Qué significan estas cosas? Pero “como fue en los días de Noé, así también será en los días del Hijo del hombre” [Luc. 17:26]. Veremos violencia y homicidios. Esa es la obra del diablo. Veremos en este mundo una situación tal como nunca la imaginó la mente humana; veremos una situación que llenará de terror cada corazón que no conozca a Jesucristo y el poder de su salvación. Podemos verlo venir.

En ese día el pueblo de Dios clamará a él por liberación; pero él parece postergar el día para librarlos, porque habremos llegado a ese

tiempo cuando la liberación del pueblo de Dios significa la muerte de sus adversarios. La liberación del pueblo de Dios de sus enemigos solo puede ser seguida por la venida del Señor Jesús y la destrucción de sus enemigos. Dios es demasiado lento en arrojar su ira sobre los que lo han rechazado, que él parece casi haber abandonado a su pueblo. Pero Dios “hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche, aunque tarde en responderles”.

“Cuando oigáis de guerras y de revueltas, no os alarméis, porque es necesario que estas cosas acontezcan primero; pero el fin no será inmediatamente. Entonces añadió: Se levantará nación contra nación y reino contra reino; habrá grandes terremotos y, en diferentes lugares, hambres y pestilencias; y habrá terror y grandes señales del cielo. Pero antes de estas cosas os echarán mano, os perseguirán, os entregarán a las sinagogas y a las cárceles, y seréis llevados ante reyes y ante gobernadores por causa de mi nombre” (Luc. 21:9-12). Noten por qué serán llevados. Porque un hombre sea odiado, no significa que sea cristiano. Debe ser odiado “por causa de mi nombre”. Porque al mundo le disguste un hombre, no significa que es un cristiano. Debe disgustarle por la misma razón que Cristo le disgustaba. Aquellos que son cristianos serán vilipendiados porque están en armonía con la vida y el carácter de Cristo. “Pero esto os será ocasión para dar testimonio. Proponeos en vuestros corazones no pensar antes cómo habréis de responder en vuestra defensa, porque yo os daré palabra y sabiduría, la cual no podrán resistir ni contradecir todos los que se opongan. Seréis entregados aun por vuestros padres, y hermanos, parientes y amigos; y matarán a algunos de vosotros. Seréis odiados por todos *por causa de mi nombre*, pero ni un cabello de vuestra cabeza perecerá. Con vuestra paciencia ganaréis vuestras almas” (vers. 13-19). Con la resistencia ganarán sus vidas. Estamos viviendo justo antes de la venida del Señor. “Porque aún un poco, y el que ha de venir vendrá y no tardará” [Heb. 10:37]. Antes de la venida del Señor, habrá un pueblo que estará cumpliendo la voluntad de Dios. Nuestro lugar es ser uno de ellos. Nuestro lugar es ser uno de aquellos de quienes el Señor pueda decir: “Aquí está la paciencia de los santos; aquí están los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”.

¿DIOS O CÉSAR? ¿CUÁL?



5 DE NOVIEMBRE DE 1895, DISCURSO EN LA
REUNIÓN CAMPESTRE DE ARMADALE *THE BIBLE*
ECHO, 2, 9 Y 16 DE MARZO DE 1896

“Entonces se fueron los fariseos y consultaron cómo sorprenderlo en alguna palabra. Y le enviaron sus discípulos junto con los herodianos, diciendo: Maestro, sabemos que eres amante de la verdad y que enseñas con verdad el camino de Dios, y no te cuidas de nadie, porque no miras la apariencia de los hombres. Dinos, pues, qué te parece: ¿Está permitido dar tributo a César, o no? Pero Jesús, conociendo la malicia de ellos, les dijo: ¿Por qué me tentáis, hipócritas? Mostradme la moneda del tributo. Ellos le presentaron un denario. Entonces les preguntó: ¿De quién es esta imagen y la inscripción? Le dijeron: De César. Y les dijo: Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios. Al oír esto se maravillaron, y dejándolo, se fueron” (Mat. 22:15-22).

Los fariseos y los herodianos recibieron una respuesta completa con estas palabras. Se trazó una distinción clara entre las cosas de Dios y las de César; es decir, las cosas que pertenecen a Dios: la religión, y las cosas que pertenecen a César: el gobierno civil. No hubo uno solo de los fariseos o de los herodianos que tuviera alguna base sobre la cual pararse después que él dio esa respuesta. No hubo ni uno de ellos que pensara que valía la pena decir: “El principio general es bueno, pero ustedes ven, hay algunas cosas en las que Dios y César están asociados. ¿Qué les parece eso?” No se atrevieron a decir una sola palabra. Cuando él dijo: “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”, ellos se maravillaron y siguieron su camino, porque en esas pocas palabras él había establecido esos principios

eternos de lo recto, y les había respondido tan completamente que no había nada más para decir.

Se anunció que consideraríamos esta noche algunos de los males de la legislación religiosa; ¿Dios o César? ¿Cuál?, o los males que resultan de la legislación religiosa, al mezclar a Dios con César.

Una clara distinción.

Como fundamento, quisiera establecer una distinción entre las cosas de Dios y las cosas de César. “César” representa al gobierno civil. Las cosas de César son las que tienen que ver con el gobierno civil. Las cosas de Dios son las que tienen que ver con Dios, nuestra relación con Dios, nuestro deber hacia Dios, todo lo que pertenece a Dios como asunto personal entre nosotros y Dios. Quiero establecer para nuestra consideración el contraste entre las cosas de Dios y las cosas de César; el contraste entre las esferas en la que estas imperan, sus súbditos, y su manera de gobernar. Para hacer esto claro, trazaremos un diagrama sencillo.

Dios	César
Mente	Cuerpo
Pensamiento	Acción
Pecado	Crimen
Moral	Civil
Perdón	Castigo
Amor	Fuerza
Eterno	Temporal

Las dos esferas.

Primero, acerca de las esferas en las que imperan. Dios en Jesucristo gobierna la *mente*; César, el *cuerpo*. Detengámonos en esto un momento. Cuando Jesucristo vino para establecer su reino, vino para establecer una clase de reino diferente de los que existían. El poder humano y el reino de este mundo —César— habían gobernado el cuerpo, habían gobernado la conducta externa, pero aquí viene Jesucristo para establecer un reino

dentro de un reino, para tener un reino, tener súbditos, y tener ese derecho en este mundo, donde está el reino del César.

Pero, aunque los hombres habían estado en cierto sentido satisfechos, no siempre [era así]; no obstante, eso era todo lo que César podía hacer para gobernar el cuerpo. Jesucristo viene para establecer su reino en la mente; es decir, para gobernar los pensamientos, mientras César tiene su reino sobre el cuerpo, y gobierna las acciones. Esto no quiere decir que Jesucristo no gobierna las acciones, pero él va detrás de las acciones, y controla las acciones por medio del pensamiento. Habían tenido leyes en el mundo, tenían la ley de Dios en el mundo, pero Jesucristo vino para mostrar lo que esa ley significaba, para vivirla él mismo, y para enseñarla como le importaba a Dios. Y así él la explicó como lo leemos en Mateo 5, donde Cristo mismo, el mismo que pronunció la ley desde el Sinaí, ahora, con su divinidad velada en la humanidad, va sobre otro monte, y pronuncia la ley de nuevo, y le da un significado espiritual.

“Oísteis que fue dicho a los antiguos: ‘No matarás’, y cualquiera que mate será culpable de juicio. Pero yo os digo que cualquiera que se enoje contra su hermano, será culpable de juicio” [Mat. 5:21]. Esto se expresa además en 1 Juan 3:15: “Todo aquel que odia a su hermano es homicida”. “Oísteis que fue dicho: ‘No cometerás adulterio’. Pero yo os digo que cualquiera que mira a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón” [Mat. 5:27]. Luego explica que la codicia es idolatría, y esto se presenta en Efesios 5:2-5: “Y andad en amor, como también Cristo nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros, ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante. Pero fornicación y toda impureza o avaricia, ni aun se nombre entre vosotros, como conviene a santos. Tampoco digáis palabras deshonestas, ni necedades, ni groserías que no convienen, sino antes bien acciones de gracias. Sabéis esto, que ningún fornicario o inmundo o avaro, *que es idólatra*, tiene herencia en el reino de Cristo y de Dios”.

Esta es la interpretación de Cristo de cómo se aplica la ley de Dios. Esto no se aplica simplemente a actos externos. César gobierna la conducta externa. Yo puedo estar ante un hombre, puedo odiarlo con odio perfecto, y puedo decírselo en la cara, pero César no me dice nada. César no tiene nada que hacer con eso. Pero, supongamos que mi odio se trans-

forma en acción, y procedo a hacerle violencia a ese hombre. César dice: “Tienes que guardarte tu odio dentro de ti, o yo vendré e interferiré”. Pero a la vista de Dios yo soy tan asesino cuando odio a mi hermano como si le hubiera quitado la vida. Es mejor para la sociedad civil que haya leyes para restringir la manifestación externa de ese odio, pero a la vista de Dios soy un asesino cuando odio.

Pero supónganse que César intente hacer cumplir esta ley como Dios la explica, ¿díganme cuántos quedarían fuera de los muros de las prisiones para cuidar a los que están adentro? Supónganse que [César] entrara a esta carpa y, tomando la ley como Dios la explica, dijera: “Estoy aquí porque busco a cada hombre que alguna vez fue un asesino”. ¿Cuántos, creerían ustedes, que quedarían para escuchar el sermón? Dios en Cristo gobierna los corazones, y Cristo vino para hacer lo que es imposible que haga el hombre: gobernar los pensamientos mismos del corazón. Y él explica que ningún servicio es aceptable para él a menos que sea un servicio hecho de corazón.

Los fariseos tenían mucha religión de su clase. Les gustaba exhibirla, y continuamente la mostraban. Ellos habían venido a Cristo para exhibirla. Vinieron a preguntarle por qué sus discípulos comían con manos sin lavar. No leeré el registro, pero Cristo les contestó diciendo: “Oíd, y entended: No lo que entra por la boca contamina al hombre”. Respondiendo Pedro, le dijo: Explícanos la parábola. Y Jesús dijo: ¿También vosotros estáis faltos de entendimiento? ¿No entendéis que todo lo que entra en la boca va al vientre, y es echado en la letrina? Pero lo que sale de la boca, del corazón sale; y esto contamina al hombre, porque del corazón salen los malos pensamientos, los homicidios, los adulterios, las fornicaciones, los hurtos, los falsos testimonios, las blasfemias. Estas cosas son las que contaminan al hombre, pero el comer con las manos sin lavar no contamina al hombre” (Mat. 15:10, 11, 15-20).

El pensamiento precede a la acción.

A cada acción pública la precede un pensamiento. Ningún hombre hace algo que no haya pensado. Ahora muchos estarán pensando, supongo: “Cuestiono eso, porque he hecho cosas que no tenía la intención de hacer. Y las hice porque no pensé”. Les digo que la razón por la que ustedes las

hicieron sin pensar es porque las habían hecho tantas veces antes *pensando*, que llegó a serles un hábito. Digo que cada acto es precedido por el pensamiento, y que el pensamiento es el mismo carácter de su ser. El carácter reside en el pensamiento más íntimo, el yo interior. El hombre puede ser reprimido en las formas externas de expresarse; puede ser solo un sepulcro blanqueado. Y si el sepulcro está blanqueado por fuera, César no tiene nada que decir; no puede entrar en el templo del corazón y controlar el pensamiento. Jesucristo establece su reino en la mente; sus temas son los pensamientos del corazón, y ninguno es puro a la vista de Dios a menos que sus mismos pensamientos sean puros; ninguno está libre de la transgresión a menos que sus mismos pensamientos estén en armonía con Dios. Dice la Escritura: “Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo” (2 Cor. 10:5). Esto es religión y Jesucristo puede hacer eso por nosotros. Pero cuando César ha intentado invadir el ámbito de la mente, cuando se ha salido de su lugar e intentado controlar lo que sólo Jesucristo puede controlar, —los pensamientos más íntimos del corazón—, entonces hemos escrito con sangre algunas de las páginas más oscuras de la historia humana.

El pecado y el crimen.

Dios en Jesucristo trata con el *pecado*; César trata con el *crimen*. La Escritura dice: “El pensamiento necio es pecado”; pero no es un crimen. Por lo tanto, cuando Jesucristo habita en la mente, gobernando los pensamientos, cualquier cosa contraria a sus pensamientos es pecado, y él trata con el pecado. En la Biblia se define el pecado como la “transgresión de la ley”, y Jesucristo en su reino trata con el pecado. César no tiene nada que hacer con el pecado; él trata con el crimen. El pecado es la transgresión de la ley de Dios en el pensamiento del corazón. El pecado es una caída de la santidad, y la santidad mora en el corazón interior. Cualquier cosa que difiere de tal cosa es pecado; pero César no puede investigar eso. Él espera hasta que el pensamiento llegue a ser un acto abierto contrario a su ley; porque mientras que Dios tiene una ley para gobernar el corazón, César tiene una ley para gobernar la acción. Cuando uno transgrede la ley de

César, puede haber pecado contra Dios o no, pero es un crimen. Debería trazarse una distinción muy clara entre pecado y crimen. Crimen es una transgresión de una ley humana; pecado es la transgresión de la ley de Dios como la interpretó Jesucristo. El pecado puede ser un crimen o no. Un hombre puede ser un asesino del tipo más negro ante Dios, y no ser culpable de un crimen. Yo puedo ser un idólatra, quebrantando la ley de Dios cada día, y no haber cometido un solo crimen. Yo puedo estar oscura y profundamente manchado por el pecado, y no cometer ningún crimen.

Moralidad y Civilidad.

El gobierno de Dios es *moral*; el gobierno del César es *civil*. Cristo se ocupa de la moralidad. Pero debemos entender qué es moralidad. Hay un sentido acomodaticio de la palabra, en la que decimos: “Él no es un cristiano, pero es un hombre moral.” Cuando vamos a un sentido más estricto de la palabra, significa “Uno que está en armonía con la ley de Dios”. La palabra “civil” tiene que ver con las relaciones entre hombre y hombre; la palabra “moral” tiene que ver con las relaciones entre el hombre y Dios. El hombre verdaderamente moral será civil, pueden estar seguros de eso, y el único propósito del gobierno civil es hacer que aquellos hombres que de otro modo no serían civiles, lo sean, quienes no son gobernados por la más elevada ley de moralidad, la ley de Dios en el corazón.

El propósito, y el único propósito del gobierno del César es —no darles derechos a los hombres, Dios hace eso—, sino proteger a los hombres en sus derechos dados por Dios. Ningún grupo de hombres puede conferir derechos sobre ningún otro grupo de hombres, pero pueden protegerlos en el uso adecuado de aquellos derechos que ya tienen. Esos derechos les pertenecen, les son dados por Dios. Los hombres no serán morales; entonces viene el César con su poder, y los obliga, y apropiadamente, para que aquellos hombres que no quieran ser morales, sean civiles. La conducta externa es civilidad; la conducta interna es moralidad. Dios vive en el corazón, haciendo que el hombre sea moral al conferirle su propio carácter moral. Pero César no puede hacer esto; no puede entrar en la mente y ver cuando los hombres están cometiendo un pecado. Todo lo

que puede hacer es mirar el cuerpo, ver si los hombres están cometiendo un crimen o no, y hacerlos civiles, si no quieren ser morales.

Perdón versus Castigo.

Además, Dios en Cristo ejerce el *perdón* en su gobierno; César no conoce el perdón, no sabe nada sino el *castigo*. Un hombre comete un pecado contra Dios, ha sido pecador toda su vida, pero ve a Cristo exaltado, y oye la promesa: “Si confesamos nuestros pecados él es fiel y justo para perdonar nuestros pecados y limpiarnos de toda maldad” [1 Juan 1:9], y acepta esa promesa; y allí mismo sus pecados son perdonados; su carga de crimen es completamente quitada; y está delante de Dios como si nunca hubiera cometido un pecado en su vida. Pero si un hombre comete un crimen, puede lamentarlo mucho, y confesarlo a César, pero César dice: “Arregle eso con su Creador; yo no sé nada más que el castigo”.

Si introduyéramos en un gobierno civil los principios que Dios usa en su reino, tendríamos una confusión total. Miren estos principios: “Entonces se le acercó Pedro y le dijo: Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Hasta siete? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete”. “¡Mirad por vosotros mismos! Si tu hermano peca contra ti, repréndelo; y si se arrepiente, perdónalo. Y si siete veces al día peca contra ti, y siete veces al día vuelve a ti, diciendo: ‘Me arrepiento’, perdónalo” (Mat. 18:21, 22; Luc. 17:3, 4).

Supónganse que aplico este principio al gobierno civil. Aquí hay un hombre arrestado por robar un caballo. Lo llevan ante el juez, y dice: “Lamento mucho, y la Biblia dice que usted debe perdonarme”. El juez dice: “Usted está perdonado”. Sale, y roba otro caballo, lo traen de vuelta, y lo perdonan otra vez. Lo hace siete veces. ¿Cómo creen que se sentiría el juez? Yo creo que para el momento de la séptima experiencia pensaría que hay algún error en la ley. Estos principios, que son la gloria misma del gobierno moral de Dios, la gloria misma de su carácter, no podemos aplicarlos al gobierno de César. Dios perdona, hasta setenta veces siete, y lo hace por nosotros, gracias a Dios, pero estos principios no corresponden aquí; son de una esfera diferente, y Dios, por el don de su Hijo, ha hecho tal provisión que él puede ejercer el perdón y todavía mantener el carácter

de su ley. Por el sacrificio de Jesucristo Dios ha sostenido el carácter de su gobierno, mantiene su ley donde corresponde, y no obstante otorga el perdón a todos los que creen en su Hijo. Por causa de su maravillosa provisión para la estabilidad de su gobierno, la ley de Dios no cae en una mala reputación cuando el hombre que la ha quebrantado vez tras vez se vuelve y dice, “Me arrepiento”.

Al perdonar, el gobierno civil destruiría todo el sistema de gobierno; pero Dios mantiene su ley donde corresponde, y no obstante perdona a todo aquel que se arrepiente.

Ley versus Fuerza.

A fin de continuar con su gobierno sobre la tierra Dios usa el *amor*, y solo el amor, como su poder; César no sabe nada del poder del amor, y usa solo la *fuerza*. En Jeremías 31:3 Dios dice: “Con amor eterno te he amado”, y en Romanos 2:4 leemos: “¿O menosprecias las riquezas de su benignidad... ignorando que su benignidad te guía al arrepentimiento?” “De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito”, y él depende entera y exclusivamente del poder de ese amor en Jesucristo para ganar a los hombres para que se sometan a él.

La mayoría de los hombres cuando mueren pierden su reino, y pierden el control de sus súbditos. Jesucristo, el Rey de Israel, ganó tanto su reino como sus seguidores al morir. Y así es que Dios depende del amor de Dios en Jesucristo, y aunque él ha sido acusado de tener un gobierno arbitrario, no obstante espera, y espera, y exhibe su amor una y otra vez para atraer a los hombres a él. Pero él no fuerza a ninguno. Dios le da a cada hombre la libertad de elegirlo o rechazarlo. Si él dice: “No quiero que este hombre reine sobre mí”, Dios no reina sobre él. Ese es el método de gobierno de Dios. Pero César no sabe nada de tal gobierno. Sencillamente controla el cuerpo. Cuando el pensamiento pasa a ser un acto externo, César toma el cuerpo y lo pone bajo control, para que el hombre no sea capaz de expresar más ese pensamiento; pero tal hombre, aunque encerrado en una mazmorra, puede seguir pecando contra Dios en cada respiración. César no puede impedirlo. Él puede impedir que el pensamiento de un hombre se exprese de cualquier manera que perjudique a sus conciudadanos; pero

Dios ve a través de las piedras y los barrotes dentro del corazón, y a su vista ese hombre sigue siendo un pecador, aunque se le impide manifestarlo por el poder de la espada.

Temporal versus Eterno.

Además, Dios trata totalmente con cosas que son *eternas*; César con cosas que son *temporales*. Dios mismo es eterno. “El eterno Dios es tu refugio, y sus brazos eternos son tu apoyo” [Deut. 33:27]. Fue por medio del Espíritu eterno que Cristo se ofreció a sí mismo por nosotros. La vida eterna es lo que ofrece como recompensa. César no sabe nada de cosas así. No se espera que él sepa si un hombre está en el camino al cielo o al infierno. No se supone que él pregunte dónde espera pasar su tiempo en el futuro. Todo lo que él debe preguntar es: “¿Qué estás haciendo hoy?” El castigo de César no tiene nada que ver con la eternidad. Sencillamente trata de los dones temporales, castigos temporales, recompensas temporales; nada más.

Entonces, tenemos el contraste. Dios en Cristo trata con la mente; César, con el cuerpo. Dios, con los pensamientos; César con las acciones. Dios con el pecado; César con el crimen. Dios con la moral; César con las cosas civiles. Dios ejerce el perdón, César impone castigos. Dios usa el amor, César, la fuerza. Dios trata con cosas eternas; César, con cosas temporales. Estas son distinciones claramente diferentes.

Las autoridades que hay.

¿Pero no es cierto que las autoridades que hay son ordenadas por Dios? Ciertamente. “Sométase toda persona a las autoridades superiores [noten cuidadosamente qué dice; porque cada palabra tiene un significado. Si es solo una autoridad superior, hay algo que la trasciende], porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas” [Rom. 13:1]. Está en el orden de Dios que haya gobiernos civiles en la tierra. Y hemos de obedecer a esos gobiernos. Entonces, dirán ustedes, ¿cuál es el problema? No hay dificultades si ponemos lo otro junto a esto. “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”. La idea misma de un gobierno civil es de Dios, y él ha ordenado gobernantes civiles sobre esta esfera; pero no para gobernar sobre su esfera. Él ha trazado la

línea de distinción entre las dos, y ha ordenado las autoridades que hay para gobernar cosas civiles, y dejarle a él gobernar sobre cosas morales. Cuando César confina sus acciones a su propia esfera, Dios ordena a todo cristiano que sea obediente; esa es una parte de su cristianismo. No debería haber ninguno más leal al gobierno civil, cuando está en la esfera que le ha sido ordenada, que un cristiano. Debe ser un ciudadano modelo; pero cuando César trata de ponerse en el lugar de Dios, él hace un mal trabajo. Él no puede tomar el lugar de Dios. Dios dice: “Quédate en el lugar en que te puse, y ordeno a cada uno de mis seguidores que te obedezca; pero no te pases a mi esfera; porque tú no puedes ejecutar mi gobierno. Mantente en tu esfera, y tendrás a cada uno de mis súbditos como súbditos tuyos; pero si entras en mi esfera, arruinarás a tus súbditos y también a los míos”. Dios ha dejado esto bien en claro. Vayamos a la Biblia por instrucciones.

Los tres hebreos y el horno de fuego.

El rey Nabucodonosor construyó una imagen toda de oro, y la levantó en la llanura de Dura. Hizo una proclama, llamando a los príncipes, capitanes, gobernadores, y súbditos de sus dominios a la dedicación de la imagen. Al sonido de la música, todos debían inclinarse y adorar esta imagen, lo que era realmente adorar a Nabucodonosor, porque él había tenido una visión de una imagen cuya cabeza era de oro, la que lo representaba a él, y por ello hizo una imagen toda de oro, y la levantó para representarse a sí mismo. En la multitud había tres hombres, cautivos judíos, que habían sido puestos en sus cargos por Nabucodonosor. Cuando se oyó el sonido de la música, y toda la muchedumbre se postró, esos tres hombres se mantuvieron en pie, y algunos fueron y se lo contaron al rey. Él se enfureció mucho, y ordenó que trajeran a los tres hombres ante él, y les dijo: “¿Es verdad, Sadrac, Mesac y Abed-nego, que vosotros no honráis a mi dios ni adoráis la estatua de oro que he levantado?” “Cualquiera que no se postre y adore, inmediatamente será echado dentro de un horno de fuego ardiente”. “Sadrac, Mesac y Abed-nego respondieron al rey Nabucodonosor, diciendo: No es necesario que te respondamos sobre este asunto. Nuestro Dios a quien servimos, puede librarnos del horno de fuego ardiente; y de tus manos, rey, nos librará.

Y si no, has de saber, oh rey, que no serviremos a tus dioses ni tampoco adoraremos la estatua que has levantado”.

Ante esta respuesta, el rey se llenó aún más de ira, y ordenó que el horno se calentara siete veces más de lo acostumbrado, y que los tres hombres fueran echados en él. Porque, dijo él, yo soy Nabucodonosor, el rey de Babilonia; Dios mismo me ha ordenado para ello. ¿Qué derecho tienen estos hombres de desobedecer mis órdenes? Y nosotros tenemos la profecía con respecto a Nabucodonosor en Jeremías 27:5-7: “Yo, con mi gran poder y con mi brazo extendido, hice la tierra, el hombre y las bestias que están sobre la faz de la tierra, y la di a quien quise. Y ahora yo he puesto a todas estas tierras en mano de Nabucodonosor, rey de Babilonia, *mi siervo*; y aun las bestias del campo le he dado para que le sirvan. Todas las naciones le servirán a él, a su hijo y al hijo de su hijo, hasta que llegue también el tiempo de su misma tierra y la reduzcan a servidumbre muchas naciones y grandes reyes”. “Y ordenó a hombres muy vigorosos que tenía en su ejército, que ataran a Sadrac, Mesac y Abed-nego, para echarlos en el horno de fuego ardiente. Así pues, estos tres hombres fueron atados con sus mantos, sus calzados, sus turbantes y sus vestidos, y fueron echados dentro del horno de fuego ardiente. Y como la orden del rey era apremiante, y habían calentado mucho el horno, la llama del fuego mató a aquellos que habían alzado a Sadrac, Mesac y Abed-nego. Estos tres hombres, Sadrac, Mesac y Abed-nego, cayeron atados dentro del horno de fuego ardiente. Entonces el rey Nabucodonosor se espantó, se levantó apresuradamente y dijo a los de su consejo: ¿No echaron a tres hombres atados dentro del fuego? Ellos respondieron al rey: Es verdad, oh rey. Y él dijo: Sin embargo, yo veo cuatro hombres sueltos, que se pasean en medio del fuego sin sufrir ningún daño; y el aspecto del cuarto es semejante un hijo de los dioses. Entonces Nabucodonosor se acercó a la puerta del horno de fuego ardiente, y dijo: Sadrac, Mesac y Abed-nego, siervos del Dios Altísimo, salid y venid. Sadrac, Mesac y Abed-nego salieron de en medio del fuego. Y se juntaron los sátrapas, los gobernadores, los capitanes y los consejeros del rey para mirar a estos hombres, cómo el fuego no había tenido poder alguno sobre sus cuerpos y ni aun el cabello de sus cabezas se había quemado; sus ropas, intactas, ni siquiera olor de fuego tenían” [Dan. 3:20-27].

La lección.

¿Qué lección había en esto para el rey? Dios le estaba diciendo a Nabucodonosor: “Tú estás fuera de lugar. Tú eres mi siervo; yo te di autoridad, pero no para ejercer en mi esfera. Cualquier orden que promulgues contraria a mis mandamientos, yo la confundiré”. Y la lección es para nosotros en este día. Cuando César se sale de su lugar, y cruza la línea que divide las cosas civiles de las cosas morales, Dios dice: “Vuélvete a tu lugar”.

Medo Persia sigue a Babilonia.

Exactamente de acuerdo con la profecía, Nabucodonosor, su hijo, y el hijo de su hijo gobernaron el reino. Leeremos el registro en Daniel: “El rey Belsasar hizo un gran banquete a mil de sus príncipes, y en presencia de los mil bebía vino” [Dan. 5:1]. Y él ordenó que se trajeran los vasos de oro y plata que su abuelo había tomado del templo del Señor. Pero mientras la fiesta transcurría, apareció una mano sin sangre y escribió en la pared. Belsasar tembló, y llamó a sus sabios para que leyeran la escritura, pero ninguno de ellos pudo leerla. Entonces le contaron de un hombre que había interpretado una visión para su abuelo. Él ordenó que lo trajeran, y Daniel fue llevado ante el rey. “Y la escritura que trazó es: ‘Mene, Mene, Tekel, Uparsin’. Esta es la interpretación del asunto: ‘Mene’: Contó Dios tu reino y le ha puesto fin. ‘Tekel’: Pesado has sido en balanza y hallado falto. ‘Peres’: Tu reino ha sido roto y dado a los medos y a los persas... La misma noche fue muerto Belsasar, rey de los Caldeos. Y Darío, de Media, cuando tenía sesenta y dos años, tomó el reino” [Dan. 5:25-31]. Dios había levantado este reino nuevo; porque tenemos la profecía de la caída de Babilonia en Isaías 21:2: “Dura visión me ha sido mostrada: El traidor traiciona y el destructor destruye. Sube, Elam; sitia, Media”. En la providencia de Dios fue que Babilonia cayó. Y ahora tenemos otra lección.

Daniel en el foso de los leones.

Después de que Darío tomara el reino, encontramos a Daniel que fue preferido por sobre los otros príncipes del reino, y fue hecho el primer presidente del reino. Eso, por supuesto, provocó envidia, y los hombres se pusieron a trabajar para quitarle el lugar. Fueron al rey Darío, y le dijeron:

“¡Rey Darío, para siempre vive! Todos los gobernadores del reino, magistrados, sátrapas, príncipes y capitanes han acordado por consejo que promulgues un edicto real, y lo confirmes, ordenando que cualquiera que en el espacio de treinta días demande petición de cualquier dios u hombre fuera de ti, rey, sea echado al foso de los leones. Ahora, pues, oh rey, confirma el edicto y fírmalo, para que no pueda ser revocado, conforme a la ley de Media y de Persia, que no puede ser abrogada. Firmó, pues, el rey Darío el edicto y la prohibición” [Dan. 6:6-9].

“Cuando Daniel supo que el edicto había sido firmado, entró en su casa; abiertas las ventanas de su habitación que daban a Jerusalén, se arrodillaba tres veces al día, oraba y daba gracias delante de su Dios como solía hacerlo antes” [vers. 10]. Él había estado acostumbrado a orar tres veces al día, y cuando el rey Darío le prohibió orar a Dios, no le prestó ninguna atención. No cerró su ventana ni se sentó en su silla, de modo que no se supiera si estaba orando o no. Se puso de rodillas y oró como lo había hecho antes. Ahora estos hombres tenían lo que querían. Habían oído orar a Daniel. Sin duda lo habían oído antes, pero estaban interesados en *esta* oración. Entonces estos hombres fueron ante el rey y dijeron: “Daniel, que es de los hijos de los cautivos de Judá, no te respeta a ti, rey, ni acata el edicto que confirmaste, sino que tres veces al día hace su petición. Cuando el rey oyó el asunto, le pesó en gran manera y resolvió librar a Daniel; y hasta la puesta del sol trabajó para librarlo. Pero aquellos hombres rodearon al rey y le dijeron: Sabes, oh rey, que es ley de Media y de Persia que ningún edicto u ordenanza que el rey confirme puede ser abrogado. Entonces el rey ordenó que trajeran a Daniel, y lo echaron al foso de los leones. El rey dijo a Daniel: El Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, él te libre. Trajeron una piedra y la pusieron sobre la puerta del foso, la cual selló el rey con su anillo y con el anillo de sus príncipes, para que el acuerdo acerca de Daniel no se cambiara. Luego el rey se fue a su palacio, y se acostó en ayunas; no trajeron ante él instrumentos musicales, y se le fue el sueño. El rey se levantó muy de mañana, y fue apresuradamente al foso de los leones. Acercándose al foso, llamó a gritos a Daniel con voz triste, y le dijo: Daniel, siervo del Dios viviente, el Dios tuyo, a quien tú continuamente sirves, ¿te ha podido librar de los leones?

Entonces Daniel respondió al rey: ¡Rey, vive para siempre! Mi Dios envió su ángel, el cual cerró la boca de los leones para que no me hicieran daño, porque ante él fui hallado inocente; y aun delante de ti, oh rey, yo no he hecho nada malo”. ¡Qué! ¿No había él quebrantado la ley? Sí, pero el rey estaba fuera de su lugar al dictarla, y por lo tanto no era una ofensa ir en contra de ella. Y Dios mostró que esto era así.

¿Cuál es la lección? Dios está diciendo: “César, mantente fuera de mi esfera; quédate de tu propio lado del cerco. En el momento en que te pasas a este lado, les doy a mis súbditos el perfecto derecho de desobedecerte. Yo los apoyaré en esto”. Y lo hizo.

De este modo la contienda entre la intrusión civil en los dominios de Dios y la fidelidad a Dios siguieron hasta que vino Jesucristo. En ese entonces, el Imperio Romano llenaba el mundo. Macaulay dice de ello: “Era la más sublime encarnación del poder, y un monumento, la más formidable de las grandezas erigidas por manos humanas, que haya aparecido alguna vez sobre el planeta”. Cuando vino Jesucristo, toda la atención que se le dio fue registrar su nombre y cobrarle el mismo impuesto que cobraban al ganado. Pero él tenía una misión para este mundo, y era traer libertad a la mente, traer libertad al pensamiento, liberar a los cautivos que estaban atados por el poder del pecado. Él había de presentar el carácter de Dios y predicar el reino de Dios. Podemos leer eso en el primero de los evangelios, el de Marcos. “Después que Juan fue encarcelado, Jesús fue a Galilea predicando el evangelio del reino de Dios. Decía: ‘El tiempo se ha cumplido y el reino de Dios se ha acercado. ¡Arrepentíos y creed en el evangelio!’” (Mar. 1:14, 15).

El Imperio Romano tenía muchos dioses y muchos señores, pero el dios que estaba sobre todos los demás era el estado Romano mismo. Consideraban a César, la cabeza del gobierno, como divino, lo adoraban como la misma encarnación del gobierno. Razonaban de la siguiente manera: “Roma ha conquistado al mundo. Los dioses de Roma lo lograron, y el principal entre ellos es el Estado romano”. Esta religión de ellos no era una teoría; era asombrosamente práctica, y yo creo que me tomaré el tiempo para leer un breve extracto de Gibbon sobre este punto:

“La religión de las naciones no era meramente una doctrina profesada en las escuelas o predicada en los templos. Las innumerables deidades y ritos del politeísmo estaban estrechamente entreteljidas con cada circunstancia de los negocios o placeres, sean de la vida pública o privada; y parecía imposible escapar de la observancia de ellas, sin renunciar al mismo tiempo a las actividades de la humanidad y todos los oficios y diversiones de la sociedad... Los espectáculos públicos eran una parte esencial de la alegre devoción de los paganos, y se suponía que los dioses aceptaban como la ofrenda de máxima gratitud, los juegos que el príncipe y el pueblo celebraban en honor de sus costumbres peculiares. El cristiano, que con horror piadoso evitaba la abominación del circo o del teatro, se encontraba rodeado con trampas infernales en todo entretenimiento festivo, tan a menudo como sus amigos, invocando las deidades favorables derramaban libaciones para la felicidad mutua. Cuando la novia, luchando con bien afectado disgusto, era forzada con pompa nupcial a cruzar el umbral de su nueva habitación, o cuando la triste procesión de los muertos avanzaba lentamente hacia la pila funeraria, el cristiano, en estas ocasiones interesantes, era obligado a abandonar a las personas que le eran más queridas, antes que contraer la culpa inherente a aquellas piadosas ceremonias. Cada arte y cada oficio que estaba relacionado en lo más mínimo con el enmarcado o adorno de los ídolos, era contaminado con la mancha de la idolatría...

“Las peligrosas tentaciones que en cada rincón asechaban en emboscadas para sorprender al creyente desprevenido, lo asaltaban con violencia redoblada en los días de los festivales solemnes. Tan arteramente estaban preparadas y dispuestas a lo largo del año, que la superstición siempre vestía con la apariencia del placer, y a menudo de la virtud... en los días de las festividades generales, era la costumbre de los antiguos adornar sus puertas con lámparas y con ramas de laurel, y coronar sus cabezas con guirnaldas de flores. Esta práctica inocente y elegante podría haberse tolerado como una institución meramente civil. Pero muy desafortunadamente ocurría que las puertas estaban bajo la protección de los dioses familiares, que el laurel era sagrado al amante de Dafne, y que las guirnaldas de flores, aunque frecuentemente se llevaban como un símbolo ya sea de gozo o de tristeza, habían sido dedicadas en su origen

al servicio de la superstición. Los cristianos temblorosos que eran persuadidos en este caso a aceptar las modas de su país y las órdenes de sus magistrados, trabajaban bajo los más lúgubres temores de las reprensiones de sus propias conciencias, las censuras de la iglesia y las denuncias de la venganza divina”. [Edward Gibbon, *The History of the Decline and Fall of the Roman Empire*, pp. 523-526].

Y así sucedía que el cristiano apenas podía darse vuelta, no podía ir al funeral o al casamiento de un amigo, por las prácticas idolátricas entretejidas con estas ceremonias. Su cristianismo lo separaba completamente de sus amigos, del gobierno, porque los romanos no aceptaban interferencias con su religión. De acuerdo con Neander, tenían una ley que declaraba que “quienquiera que introduce una nueva religión, cuya tendencia y carácter son desconocidas, por la cual las mentes de los hombres puedan ser perturbadas, será, si pertenece a rango elevado, exiliado; si a un rango menor, castigado con la muerte.”

Cristo y la ley romana.

Jesucristo era uno de rango inferior, y recorría Judea, enseñando una nueva religión. Los fariseos sabían esto, y aunque odiaban y despreciaban al gobierno romano, aunque conspiraban para derribarlo, aunque esperaban que Jesucristo, cuando viniera, dirigiría una revolución contra ellos, no obstante, cuando vieron que eso no era su plan, se propusieron conseguir que el gobierno romano lo destruyera. Y cuando llegó su juicio, trataron de conseguir que Pilato lo condenara acusándolo de blasfemar; porque, dijeron, “Se hizo a sí mismo Hijo de Dios”. “Cuando Pilato oyó decir esto, tuvo más miedo. Entró otra vez en el pretorio, y dijo a Jesús: “¿De dónde eres tú? Pero Jesús no le respondió” [Juan 19:8, 9] Pilato trató de soltarlo, “pero los judíos daban voces diciendo: Si a éste sueltas, no eres amigo del César; todo el que se hace rey, a César se opone” [vers. 12]. Y Pilato sabía que, si él no accedía al pedido de ellos, la noticia le llegaría a Tiberio el cruel: “Pilato tu gobernador ha permitido que ocurriera aquí una insurrección, y ha rehusado hacer nada contra ella”. Así que hizo lo que ellos querían que hiciera. ¿Cuál era la acusación? No era amigo de César. Sobre

esa acusación Jesucristo fue muerto. Era *contrario a la ley* que él enseñara una nueva religión, pero lo hizo. Y por eso lo mataron.

Los apóstoles y las autoridades que hay.

Resucitó de los muertos, y reunió a los discípulos y les dijo: “Id por todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura”. Vayan por todo el Imperio Romano y prediquen el evangelio a cada criatura; aunque sabía que era directamente contrario a la ley de Roma. Los discípulos fueron y predicaron como se los había instruido, y entonces las autoridades civiles cayeron sobre ellos. Los discípulos fueron puestos en la cárcel, pero “un ángel del Señor, abriendo de noche las puertas de la cárcel y sacándolos dijo: ‘Id, y puestos en pie en el Templo, anunciad al pueblo todas las palabras de esta vida’. Habiendo oído esto, entraron de mañana en el Templo y enseñaban. Entre tanto, vinieron el Sumo sacerdote y los que estaban con él, y convocaron al Concilio y a todos los ancianos de los hijos de Israel, y enviaron a la cárcel para que los trajeran. Pero cuando llegaron los guardias no los hallaron en la cárcel; entonces volvieron y dieron aviso, diciendo: ‘Por cierto, la cárcel hemos hallado cerrada con toda seguridad, y los guardas afuera de pie ante las puertas; pero cuando abrimos, a nadie hallamos dentro’. Cuando oyeron estas palabras el Sumo sacerdote y el jefe de la guardia del Templo y los principales sacerdotes, dudaban en qué vendrá a parar aquello. Pero viniendo uno, les dio esta noticia: ‘Los hombres que pusisteis en la cárcel están en el Templo y enseñan al pueblo’. Entonces fue el jefe de la guardia con los guardias y los trajo sin violencia, porque temían ser apedreados por el pueblo. Cuando los trajeron, los presentaron en el Concilio, y el Sumo sacerdote les preguntó, diciendo: ¿No os mandamos estrictamente que no enseñarais en ese nombre? Pero ahora habéis llenado Jerusalén de vuestra doctrina, y queréis echar sobre nosotros la sangre de ese hombre’. Respondiendo Pedro y los apóstoles, dijeron: *Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres*” [Hech. 5:19-29]. Aunque eso era *contrario a la ley*.

Pablo, quien había sido perseguidor, después que se hubo convertido tomó a Bernabé, y se fue a predicar, *contrario a la ley*. Pasaron por el Asia Menor predicando la palabra, y al llegar a Filipos, sanaron a una mujer

poseída por un mal espíritu. “Pero al ver sus amos que había salido la esperanza de su ganancia, prendieron a Pablo y a Silas, y los trajeron al foro, ante las autoridades. Los presentaron a los magistrados y dijeron: Estos hombres, siendo judíos, alborotan nuestra ciudad” [Hech. 16:19-21]. Ellos de ningún modo alborotaron la ciudad. Sencillamente le quitaron al hombre su esperanza de ganancia. Los encerraron en la cárcel, pero las puertas de la prisión se abrieron: esa fue la manera que usó Dios para enseñarles una lección.

Otra vez, tenemos la experiencia de los apóstoles en el capítulo 17 de Hechos. “Pablo, como acostumbraba, fue a ellos, y por tres sábados discutió con ellos, declarando y exponiendo por medio de las Escrituras que era necesario que el Cristo padeciera y resucitara de los muertos. Y decía: ‘Jesús, a quien yo os anuncio, es el Cristo’. Algunos de ellos creyeron y se juntaron con Pablo y con Silas; asimismo un gran número de griegos piadosos, y mujeres nobles no pocas. Celosos, entonces, los judíos que no creían, tomaron consigo algunos ociosos, hombres malos, con los que juntaron una turba y alborotaron la ciudad. Asaltaron la casa de Jasón, e intentaban sacarlos al pueblo, pero como no los hallaron, trajeron a Jasón y a algunos hermanos ante las autoridades de la ciudad, gritando: ‘Estos que trastornan al mundo entero también han venido acá’ [vers. 2-6]. Y estos hombres, que habían alborotado toda la ciudad, tomaron a esos hombres nobles, y los llevaron ante los magistrados, y dijeron: “Estos que trastornan el mundo entero”.

A cada paso, los apóstoles eran acosados con esa ley, pero Cristo dijo: “Id por todo el mundo, y predicad el evangelio a toda criatura”. Ellos pelearon, sangraron y murieron, y mantuvieron la lucha durante siglos, hasta que el Imperio Romano los obligó a ceder. Esto es lo que trajó

Libertad al mundo.

Dios le estaba diciendo a César: “Quédate de tu lado del cerco. Permite que mis súbditos enseñen en mi esfera”. Esto debió ser aprendido vez tras vez. Tenía que aprenderse en la Reforma; pero la libertad que fue conservada durante la Edad Oscura, y la libertad que tenemos hoy, se la debemos al establecimiento de ese principio de que César tiene que ver con las cosas de César, y Dios con las cosas de Dios. Dios cuidará a sus

seguidores cuando hacen esto, y él ordena a todos ellos a dar a César las cosas que son de César cuando éste se mantiene en su propia esfera.

Resultados de la unión de la Iglesia y el Estado.

Permítanme decir además, que a menos que estas cosas se mantengan separadas como Dios las hizo, se destruirá tanto a la iglesia como al estado. Cuando los judíos crucificaron a Cristo, dijeron: “Su sangre sea sobre nosotros y nuestros hijos para siempre”, y así fue. De todas las páginas horribles de la historia, la más horrible es el sitio de Jerusalén, cuando las madres se comían a sus propios hijos; pero estas cosas cayeron sobre ellos porque mezclaron las cosas de Dios con las cosas de César, y se aferraron del brazo del César para controlar las cosas de Dios. Ellos sufrieron el castigo. Su nación como nación cayó en ese momento muy bajo, y nunca se ha recuperado. Y la lección es la misma hoy. Permítanme decir que cualquier religión que necesita el apoyo de César no es digna de ser apoyada. No me interesa de qué religión se trata. Jesucristo no llamó a César pidiendo ayuda. Él dependía del poder y el amor de Dios para ayudarlo. Y estos han vencido. El Imperio Romano fue destruido, pero el reino de Jesucristo vive; porque no es de este mundo. Está fundado sobre principios eternos. Vive y vivirá. Pero cualquier iglesia que sueñe que es necesario pedir ayuda a César no es digna de vivir. Sería mejor que muriera. Cualquier iglesia que pide ayuda a César, cualquier iglesia que acepte la ayuda ofrecida, no es una iglesia cristiana; es Cesariana. Cualquier forma de cristianismo que imagine necesario obtener el apoyo del poder civil está listo para morir.

Estas lecciones para nosotros hoy.

Estas lecciones, escritas en las páginas de la historia sagrada, en las que Dios ha puesto los principios subyacentes, son para nosotros hoy. ¿Qué significa que en todas partes hay un deseo creciente de juntar las cosas que Dios ha separado? Tengo informes de todas partes del deseo de unir la Iglesia y el Estado. Se ha demandado eso, y lamento decir que la demanda proviene del lado de la iglesia. ¿Qué significa esto? Es una señal de los tiempos. Quiero decirles, mis amigos, que esta búsqueda de la ayuda de César de parte de la iglesia, es la confesión pública ante Dios

y los hombres, de que la iglesia ha *perdido el poder de Dios*. Cuando una iglesia tiene el poder de Dios desprecia el poder del César; no quiere nada de él. Piensan en cambiar el poder de Dios y la religión de Jesucristo por el poder del hombre y la hipocresía; porque todo lo que puede hacer César es controlar las acciones. Dios ha dado libertad a la mente, y aun Jesucristo, que vino a salvar al mundo, dijo: “Si algún hombre no cree, yo no lo juzgo”. Él no vino para condenar, sino para salvar.

Cuando la iglesia toma el poder del gobierno civil en cualquier cosa que corresponde a las cosas de Dios, es una confesión pública, ante Dios, ante el cielo y ante el hombre, una confesión que el hombre debiera sonrojarse al hacerla, que ha perdido el poder que Dios le ha dado. Cristo dijo: Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. ¿Quién cambiaría ese poder por el miserable poder del César? Esto es para nosotros. No tengamos nada que ver con ello. No se metan con esa unión maldita de la Iglesia y el Estado, que ha producido la miseria de los siglos, y ha escrito en sangre miles de páginas de historia, y asesinado a millones de mártires. ¿No han visto suficiente de ello para comprender la ruina que causará? ¿No dirán, Dios antes que el César; la religión antes que la hipocresía?

El gobierno civil no puede tocar la religión en ningún punto, no importa dónde esté, sin involucrar una mezcla que traerá dificultades tanto a la iglesia como al estado. “Dad a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios”. Dios bendecirá sostendrá, y guardará a todos aquellos que hagan esto. No importa cuál sea el sacrificio —casas, amigos, propiedades—, obedezcan a Dios antes que a los hombres. Todo aquel que desea hacer que su religión sea práctica es instado fervientemente a recordar estos principios.

CRISTO NUESTRO EJEMPLO



DISCURSO DEL 9 DE NOVIEMBRE DE 1895 EN
LA REUNIÓN CAMPESTRE DE ARMADALE, *THE*
BIBLE ECHO, 3 Y 10 DE FEBRERO DE 1896

“**V**enid a mí todos los que estáis trabajados y cargados, y yo os haré descansar. Llevad mi yugo sobre vosotros y prended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas, porque mi yugo es fácil, y ligera mi carga” (Mat. 11:28-30).

Deseo especialmente llamar la atención a estas palabras: “Llevad mi yugo sobre vosotros” y aprended de mí”. Todos saben que Cristo es nuestro ejemplo en la vida cristiana. Sería inútil que tomara mi tiempo y el de ustedes para establecer este hecho. Hay muchísimos que desean imitar el ejemplo de Cristo, muchísimos que no saben cómo, y el propósito de nuestro estudio esta tarde será, si es posible, ayudar a alguno a saber cómo hacer esto. Doy por sentado que cada cristiano sabe que debería ser como Cristo. No hay enseñanza en la Escritura más clara que ésta, y la promesa es que el discípulo no es mayor que su maestro, pero cada uno que es perfeccionado será como su maestro. Nuestro propósito es presentar algunas lecciones sencillas y claras que esperamos sean útiles para ustedes en comprender mejor cómo imitar la vida de Cristo.

Tres puntos definidos.

Podríamos divagar grandemente sobre este asunto, y ocupar todo el tiempo, sin llegar a nada muy definido en nuestras mentes. Pero quiero que obtengan dos o tres lecciones fijas; porque ellas son el fundamento para toda otra lección, y con ellas todas las demás lecciones vendrán por

sí mismas. Para que el punto sea definido en las mentes de ustedes con referencia a aprender de él, quiero plantear delante de ustedes tres puntos.

Hemos de imitar el ejemplo de Cristo al vivir *en Dios y con Dios y para Dios*. ¿Cómo viviremos, como Cristo en Dios, con Dios y para Dios?

Cristo el Renuevo.

Cristo era la misma revelación de Dios, la vida de Dios sobre la tierra. En Zacarías 6:12 el profeta dice de él: “Aquí está el varón cuyo nombre es el Renuevo; él brotará de sus raíces [no en un lugar equivocado, sino donde él está; él crecerá desde su lugar] y edificará el templo de Jehová”. Aquí se habla de Cristo como el Renuevo, y él era el renuevo de Dios. Pero sus raíces están en el cielo; y al ser el renuevo de Dios para este mundo, él es, en otro sentido, el brazo de Dios. Dios estaba en el cielo, pero él estaba alcanzando hacia abajo en Jesucristo para sostener el mundo. *Como el Renuevo*, Cristo creció como una rama, a fin de ser algo visible para el mundo. Dios está en las nubes y en oscuridad; pero él quería revelarse al mundo que había sido separado por el pecado, así que Cristo vino como un renuevo de sí mismo.

La Fuente oculta de vida.

Ustedes saben que las raíces de un árbol están escondidas debajo de él; pero ellas son las fuentes secretas de vida, y lo que aparece, que llamamos el árbol, no es otra cosa que la raíz que surge a la vista. Cristo era el renuevo para el mundo, pero su raíz estaba escondida en Dios, y él fue manifestado para que el mundo pudiera ver qué es Dios. La vida de Cristo, cuando estuvo aquí en la carne, estaba en Dios, y él dependía de Dios tanto para su vida para servir aquí como nosotros estamos obligados a depender de Dios. Es verdad que él tenía vida; “como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” [Juan 5:26]. Pero cuando vino aquí para ser la revelación de Dios al mundo, y un ejemplo para la humanidad, él se puso en el lugar mismo de la humanidad; y como la humanidad era débil, él llegó a ser débil por el bien de la humanidad. Como la humanidad dependía totalmente de un poder fuera de sí mismo, así él llegó a ser dependiente. Y él dijo: “Así

como me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, también el que me come vivirá por mí” [Juan 6:57].

Él tomó ese lugar de dependencia, esa posición de debilidad, a fin de que él pudiera pasar por la experiencia de aquellos que vino a salvar; su vida estaba oculta en Dios, y él dependía totalmente de Dios y del ministerio de los ángeles.

La vida de Cristo en Dios.

No crean que la vida de Cristo aquí fue una vida fácil porque él era el divino Hijo de Dios. Él era el divino Hijo de Dios, pero veló esa divinidad. Contemplan la maravillosa condescendencia de Dios en Cristo. Aunque él tenía poder, no obstante lo dejó a un lado, y llegó a ser dependiente. Esto se afirma en la Escritura. El Evangelio de Juan es el gran evangelio de vida. Vamos a él cuando queremos aprender acerca de la vida. En este Evangelio, Cristo dice: “Si no hago las obras de mi Padre, no me creáis. Pero si las hago, aunque no me creáis a mí, creed a las obras, para que conozcáis y creáis que el Padre está en mí y yo en el Padre” [Juan 10:37, 38].

Aunque es cierto que Jesucristo era la divinidad velada en humanidad, también es cierto que él era la humanidad encerrada en la divinidad. En su humanidad, él se aferraba del Padre para que le ayudara, para que le diera fuerzas, para todo lo que él necesitaba como humano; en su divinidad, el Padre moraba en él, y obraba por medio de él. Él era la divinidad en humanidad, las raíces que alcanzan el cielo, pero era la humanidad encerrada en la divinidad. Así dice en Juan 14:10: “¿No crees que yo soy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre, que vive en mí, él hace las obras”. Y pidió para sus discípulos: “Para que todos sean uno; como tú, Padre, en mí y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros” (Juan 17:21). Cristo era la unión de lo divino y lo humano, que es la perfección de la humanidad, porque la divinidad obraba en la humanidad y por medio de la humanidad.

“A Dios nadie lo ha visto jamás; el unigénito Hijo, que está en el seno del Padre, él lo ha dado a conocer” (Juan 1:18). Noten la afirmación. No dice: “que vino del seno del Padre”, sino “que está en el seno del Padre”. Había tal unión entre Cristo y su Padre que donde estaba Cristo, allí

estaba el Padre. Y él estaba en el seno del Padre mientras estuvo sobre la tierra, su vida escondida en Dios para nuestro beneficio.

Ahora notaremos

La vida de Cristo con Dios;

es decir, su comunión con Dios, su compañerismo con Dios. Aunque su vida estaba con Dios, también debía fluir a través de la humanidad, y Cristo, al ponerse en la posición de la humanidad, se puso a sí mismo en el lugar de la parra vacía, que debía ser llenada desde el Padre. Se puso en esa posición en la que, por su comunión con Dios, recibía de Dios lo que él le daba al mundo. En su última oración dijo: “Porque las palabras que me diste les he dado”; “Yo les he dado la gloria que me diste” (Juan 17:8, 22).

Él estuvo entre Dios y el hombre, para recibir de Dios en su lado divino, para entregar en su lado humano, y para completar la conexión entre lo divino y lo humano. Pero al ponerse a sí mismo allí, se sometió a las mismas condiciones que encontramos en nosotros. Él no tenía nada en sí mismo, se vació, y llegó a ser un canal de bendiciones y luz y poder y vida y gloria para el hombre. Lo que él trajo al mundo, lo trajo porque el Padre se lo dio a él, y él necesitaba ir al Padre para obtener lo que el Padre le daría para dar al mundo, por causa de su dependencia.

La fuente de fortaleza de Cristo.

Así que encontramos a Cristo yendo al Padre para tener comunión, buscando de él fortaleza. Leamos dos o tres pasajes que enfatizarán esto. “Levantándose muy de mañana, siendo aún muy oscuro, salió y se fue a un lugar desierto, y allí oraba” (Mar. 1:35). ¿Por qué? Porque tenía por delante un día para revelar al Padre, delante de él un día para dar a Dios a la gente, y él necesitaba levantarse bastante antes del día, e ir al Padre, y tener compañerismo con él, en comunión con él; necesitaba recibir de él lo que había de dar a la gente.

“Aconteció que cuando todo el pueblo se bautizaba, también Jesús fue bautizado y, mientras oraba, el cielo se abrió y descendió el Espíritu Santo sobre él en forma corporal, como paloma; y vino una voz del cielo que decía: “Tú eres mi Hijo amado; en ti tengo complacencia” (Luc. 3:21,

22). Los cielos se abrieron para Cristo cuando él oraba; los cielos se abrirán para nosotros cuando oremos.

“Como ocho días después de estas palabras, Jesús tomó a Pedro, a Juan y a Jacobo, y

Subió al monte a orar.

Mientras oraba, la apariencia de su rostro cambió y su vestido se volvió blanco y resplandeciente. (Luc. 9:28, 29). Pero permítanme decirles que él oró más que una breve oración esa noche. Cristo hacía oraciones cortas en público; pero cuando iba a tener comunión con Dios en las horas de la noche, entonces es que derramaba su alma ante Dios, buscando en su debilidad, y aferrándose a Dios, no meramente para sí mismo, sino por todo el mundo, para nuestro beneficio, para obtener poder divino; y fue mientras oraba que la apariencia de su rostro se alteró.

Fue cuando Moisés estuvo en la presencia de Dios que su rostro brilló con gloria, de modo que cuando volvió, la gente no podía mantenerse delante de él. Fue cuando Cristo, nuestro representante, oró esa noche sobre el monte hasta que sus discípulos se quedaron dormidos y el rocío de la noche cayó sobre él, que los cielos se abrieron ante él. Es en nuestra comunión con Dios que la gloria descansa sobre nosotros, y nuestras vestiduras inmundas se cambian por el manto blanco de la justicia de Cristo.

La vida de Cristo para Dios.

Y así fue en respuesta a su comunión con el Padre que él recibió de Dios las bendiciones que dio a la humanidad; pero ahora, teniendo una vida *en* Dios, mantenida por su compañerismo *con* Dios, la vida de poder había de gastarse *para* Dios. La vida de Cristo fue una vida de sacrificio, una vida de servicio para Dios; él era el representante de Dios, así como también el representante de la humanidad. Él fue enviado aquí para representar el carácter divino, pero también para mostrar que es posible que ese carácter divino se revele en la humanidad.

No crean que Dios es un algún ser distante. La vida y experiencia de Cristo fueron para mostrar al mundo que Dios puede morar en la humanidad; que Dios ha hecho que la humanidad sea un templo para su

propia morada, y Cristo recibió la misma presencia del Padre para morar en su humanidad, para mostrar que la humanidad puede ser un templo para el Dios viviente.

Cristo pasó su vida completamente en servicio para Dios. Toda la fuerza que recibía del Padre en sus horas de oración se usó en el ministerio. Él alimentó a la multitud, les enseñó, trabajó por ellos, y se cansó caminando de aquí para allá en Judea, dando su vida por la gente. Y finalmente dio su vida en la cruz por ellos. Esa es la vida de Cristo, en Dios, con Dios y para Dios.

La vida de Cristo debe repetirse en nosotros.

Me gozo en detenerme sobre ese cuadro, y que se presente delante de nuestras mentes; pero quiero decirles que la única razón de que ese cuadro se registra en las páginas de la historia es porque es la intención de Dios de que la misma experiencia sea vivida otra vez en nosotros. Es el propósito de Dios que seamos como Cristo, y él ha hecho provisión para que lo seamos. Yo sé que somos débiles, yo sé que somos impotentes, yo sé que somos indignos; pero yo sé que Dios ha hecho una provisión maravillosa. Dios sabía que éramos indignos; pero él hizo la provisión de que precisamente por medio de una humanidad tal como la que se encuentra aquí hoy, si tienen fe en Cristo, él revelará su carácter, y los hará canales de bendición para el mundo. Ese es el plan de Dios para nosotros, y regocijémonos en ese pensamiento; quitemos nuestros ojos de las cosas ordinarias y comunes, y experiencias cristianas de baja calidad, y miremos al trono de Dios y de Cristo, nuestro Abogado, quien está allí para interceder por nosotros. Creamos que Dios tiene la intención de darnos maravillosas experiencias en su Hijo. Su plan es hacerlo, y su gracia es suficiente.

Nuestras vidas, al igual que la de Cristo han de estar en Dios, con Dios y para Dios. “Porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios” [Col. 3:3]. Esa experiencia es para nosotros, y hemos de darnos cuenta cada día de que no tenemos vida en nosotros mismos; que no tenemos poder en nosotros; pero que toda nuestra vida y poder deben venir de Cristo. Nuestra vida, como la de Cristo, debe estar entre la montaña y la multitud, yendo a la montaña con Dios, obtener lo que él tiene para nosotros, para que podamos traerlo abajo para darlo a la gente.

Cuando Cristo alimentó a miles por sus milagros, él mismo no dio el pan a la gente; sino que lo bendijo y lo partió, y lo dio a sus discípulos, y ellos lo dieron a la gente. Nosotros debemos ir a él y él bendecirá el pan, y nos lo dará; y entonces, como un pan bendecido por él, y teniendo en él vida y salvación, debemos llevarlo a la gente. Y así debemos continuar

Nuestra vida de compañerismo con Dios.

Y esta vida de compañerismo debe ser, en todo detalle, como la de Cristo. Debemos nacer en el Espíritu como él nació en el Espíritu; debemos ser bautizados por el Espíritu Santo como lo fue él. Cuando vamos a la tentación, debemos ir como fue él, conducidos por el Espíritu; cuando regresamos de la victoria sobre la tentación, debemos retornar como él, en el poder del Espíritu. Cuando predicamos debemos decir como él dijo: “El Espíritu del Señor está sobre mí, por cuanto me ha ungido para dar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado a sanar los quebrantados de corazón, a pregonar libertad a los cautivos y vista a los ciegos, poner en libertad a los oprimidos” (Luc. 4:18). Él fue bautizado por el Espíritu Santo, y “anduvo haciendo bienes”. Él hasta se salía de su camino para dar a alguien la oportunidad de recibir beneficios de él. Su vida fue de servicio y sacrificio propio, y él pide que nosotros sigamos su ejemplo, no con nuestras propias fuerzas, sino con una vida en Dios, con raíces en el cielo. Él nos invita a ir confiadamente al trono de la gracia, para que obtengamos misericordia, que encontremos gracia para ayudar en tiempos de necesidad.

Aprendiendo por el servicio.

Nuestra vida, siendo una vida con Dios en el poder del Espíritu, también debe ser una vida para Dios. Muchas veces no alcanzamos la plenitud de la experiencia por tener miedo de Dios. Tenemos temor de que, si nos damos sin reservas y plenamente a Dios, y decimos: “Si vivo o si muero, si estoy enfermo o sano, toda mi vida será para Dios”, que Dios nos invitará a hacer algo que no queremos; y es ese mismo temor el que impide que Dios se revele a nosotros y en nosotros. Dios no se revela hablando de sí mismo; sino dice, “Tomad mi yugo sobre vosotros, y aprended de mí”. Al servir, aprendemos.

No entramos en la escuela de Cristo para que él nos cuente la teoría de la vida cristiana sencillamente como algo que debemos estudiar nosotros mismos. Dios nos da el conocimiento de sí al revelarse *en* nosotros, y cuando él quiere que conozcamos la experiencia de fe y la victoria de fe, nos conduce hasta el Mar Rojo, para enseñarnos lo que significa esta victoria. Es viviendo con Dios como aprendemos de Dios. Nuestras cabezas pueden estar llenas con muchas teorías; pero serán casi inútiles a menos que conozcamos lo que Dios es al ver lo que él hace por nosotros, al ver lo que puede hacer por aquellos que creen en él, al estar en él, y dejarlo obrar.

Hay muchas lecciones que aprender acerca de Dios, y la lección fundamental es: “Caminar en la luz”. Todo depende de la luz. Quítenla, y las flores se mueren. Ellas deben vivir en la luz. Quitar la luz de Dios de nosotros, y nuestra experiencia cristiana muere, pero la luz sigue brillando. No está quieta; se mueve, y nosotros debemos movernos con ella a fin de mantener la luz que tenemos, y abrir el canal para más luz.

Notemos ahora nuestra vida *por* Dios.

Negarse a sí mismo.

En Mateo 16:24 leemos: “Entonces Jesús dijo a sus discípulos: Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. “Niéguese a sí mismo”. Esas palabras tienen un significado mucho más amplio que apartarse de algún lugar de diversión, o dejar de comer algo que agrada al paladar. Significa el sacrificio del yo, desheredar el yo, vaciarse del yo, la negación misma del yo. Pedro negó a Cristo cuando dijo: “No lo conozco”, y debemos tratar del yo exactamente de la misma manera. ¿Se levanta el yo y pide reconocimiento? Entonces diga: “No te conozco”. Así como Pedro negó tres veces a su Señor, también nosotros, cuando el yo se levanta y quiere controlarnos, debemos decir: “No te conozco; no tendré nada que ver contigo”. Niegue al yo, desherede al yo, deje morir el yo, y manténgalo muerto también.

Pablo dijo: “Os aseguro, hermanos, por la gloria que de vosotros tengo en nuestro Señor Jesucristo, que cada día muero” (1 Cor. 15:31). Muchas personas están afligidas en su experiencia cristiana por causa de que el yo se está levantando continuamente. “¿Por qué?”, dicen, “yo pensé que ayer

había obtenido una victoria completa, y que el yo estaba crucificado”. El yo fue crucificado por tanto tiempo como la fe que echó fuera el yo lo mantuvo afuera, pero justo en el momento en que esa fe vacila, el yo surge de nuevo y afirma su poder. La fe que da muerte al yo debe mantenerlo muerto. El yo debe ser crucificado diariamente y a cada hora por medio de la fe en Jesucristo. “Entonces dijo Jesús a sus discípulos: Si alguien quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame”. Quisiera impresionar sobre la mente de ustedes hoy lo que incluye la cruz de Cristo. Deletreémoslo. [Nota del Traductor: El autor presenta un acróstico con la palabra “cross”, que en inglés significa cruz.]

C.—Crucifixión. —La primera letra y la primera lección de la cruz. Dijo Pablo en su carta a los Gálatas: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gál. 2:20). Lo dijo de nuevo en la misma epístola: “Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo, por quien el mundo ha sido crucificado para mí y yo para el mundo” (Gál. 6:14). Tomar la cruz significa la muerte del yo; llevar la cruz significa morir diariamente, muerte al yo, mantener muerto el yo. Eso es la crucifixión, la primera letra de la cruz, pero quiero decirles que hay otra letra.

R.—Resurrección. —Después de la crucifixión hay un levantarse otra vez. “Si fuimos plantados juntamente con él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección” (Rom. 6:5). Otra versión dice: “En efecto, si hemos estado unidos con él en su muerte [crucifixión], sin duda también estaremos unidos con él en su resurrección” (NVI). La primera letra es C, la segunda es R. Porque “como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva” [vers. 4]. Cristo vivió esta vida sobre la tierra por nuestro bien; fue crucificado por nuestras ofensas, pero resucitó para nuestra justificación. No necesitamos estar de duelo; porque el que hizo el cielo y la tierra es nuestro Salvador, y él vive hoy por nosotros. Cuando estuvo aquí, dijo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra”. Él obtuvo ese poder por su muerte, cuando resucitó se levantó para una vida nueva. “En cuanto murió, al pecado murió una vez por todas; pero en cuanto vive,

para Dios vive. Así también vosotros consideraos muertos al pecado, pero vivos para Dios en Cristo Jesús, Señor nuestro” [vers. 10, 11]. Y la vida nueva a la que somos levantados no es la vida antigua del yo, sino que es la vida de Jesucristo, la vida divino-humana, que no es meramente la vida de Dios aparte de la carne, ni la vida de la carne aparte de Dios, sino la vida de Dios que ha sido labrada en carne humana. Esa vida nos llega en nuestra resurrección de la crucifixión del yo. Donde el yo muere, Cristo vive; donde el hombre viejo es enterrado, el hombre nuevo se levanta para la vida; donde el hombre viejo vivía en pecado, el hombre nuevo camina con Dios. Es la vida resucitada en el poder de la resurrección de Cristo.

Dijo Pablo en su carta a los Filipenses: Cuento todo lo que alguna vez pensé que tenía valor como pérdida “por la excelencia del conocimiento de Cristo Jesús” [Fil. 3:8]. Como menos que nada cuento las experiencias del pasado, para “conocerlo a él y el poder de su resurrección” [vers. 10]. El poder de la resurrección es lo que necesitamos los cristianos; es la vida resucitada la que debemos tener; y doy gracias a Dios que es la vida resucitada la que él provee. No se satisfagan con nada menos que eso. Es el don gratuito de Dios en Jesucristo. Quisiera poder animar a cada uno que tiene por lo menos una chispa de fe en Jesucristo, para que se apropie grandemente de su poder. No hay peligro de agotar la provisión; infinitos son sus recursos; infinito es su amor; infinito es su deseo por nosotros. Él solo espera que lo capturemos por fe. Doy gracias a Dios que esto es así.

O.—Obediencia.—Esto viene con la cruz. A todos aquellos que creen que no pueden obedecer la ley de Dios, yo les diría: Obedezcan el evangelio. Si tienen temor de la ley, obedezcan el evangelio, eso es suficiente. ¿Qué sucede con los que no obedecen el evangelio? “A vosotros, los que sois atribulados, daros reposo junto con nosotros, cuando se manifestó el Señor Jesús desde el cielo con los ángeles de su poder, en llama de fuego, para dar retribución a los que no conocieron a Dios *ni obedecen al evangelio de nuestro Señor Jesucristo*” (2 Tes. 1:7-9). Amigos, obedezcan al evangelio, y yo asumiré el riesgo de la ley. Obedezcan al evangelio, porque hemos encontrado de la manera más clara que el evangelio es sencillamente la *ley en Cristo*.

Lean 2 Corintios 10:5, y les mostrará hasta qué punto debe ir esta obediencia. “Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo”. El que no obedece el evangelio en el pensamiento, no lo obedece en lo absoluto. Ninguna vida externa puede satisfacerlo; tiene que ser la vida interior del alma; y la vida exterior, a fin de cuentas, será solo la revelación de lo que hay adentro. “De la abundancia del corazón habla la boca” [Mat. 12:34]. Y debemos darle a él la gloria de cada pensamiento puro y acto santo, porque nos amó tanto y se dio a sí mismo por nosotros. La obediencia se encuentra exactamente en el centro de la cruz.

S.—Sacrificio.—El sacrificio que ofrece al yo, el sacrificio propio: el ceder completamente todo a Dios, la consagración entera que pone todo sobre el altar de Dios, y no se preocupa por la opinión de los hombres, sino mira a Dios esperando su opinión; que no le importan las palabras de los hombres, sino mira a Dios en Jesucristo esperando su palabra; que vive la vida que él vivió en la carne, por la fe en el Hijo de Dios, quien nos amó y se dio a sí mismo por nosotros.

S.—Servicio.—Una vida entregada a Dios, dedicada enteramente a Dios. La misión de Cristo aquí fue salvar a los perdidos, y es la misión de cada representante suyo hacer la misma obra. Permítanme decirles, mis amigos, en el temor de Dios, que no apareceremos limpios ante su vista si no hemos trabajado para él. El egoísmo no tiene cabida en el cielo. Y a menos que nos deshagamos del yo, nunca iremos al cielo. Jesucristo es el único que puede llevarnos allá; el yo nos arrastrará hacia abajo al infierno. Permitamos que Jesucristo nos levante. Consagremos nuestra vida y todo lo que tenemos al servicio de Dios. De todos modos, todo es de él. Les pregunto: ¿Qué es darle a Dios lo que ya le pertenece? Nada menos que este sacrificio es robar a Dios. Somos suyos por creación y por redención. En la boca de dos testigos se establecerá que somos de él. Luego, actuemos como si fuéramos suyos, y permitamos que él actúe como si fuéramos suyos.

El propósito mismo de la vida de Cristo en el cielo ahora es que la imagen de Dios pueda aparecer en nuestras vidas. Cristo vivió su vida aquí en la carne para mostrarnos cómo es la imagen de Dios; pero él no se satisface con esto. Él quiere nuestra cooperación para permitir que esa vida

se viva de nuevo en nosotros. Cristo les dijo a sus discípulos justo antes de ascender que él enviaría a su Espíritu Santo para morar en ellos. El propósito de Dios, y ojalá que este pensamiento pudiera grabarse en nuestras mentes, es que la misma vida que Cristo vivió debe ser vivida por sus seguidores. Y vivimos esa vida por nuestra sumisión y disposición a renunciar a nuestros propios caminos y permitir que Dios se glorificado en Jesucristo.

Esa es la vida cristiana. Cuánto quisiera que pudiera grabar en cada cristiano cuál es el privilegio que tiene de serlo. Si no lo han sabido, aférense de Jesucristo. Dios es capaz de hacer grandes cosas por nosotros. Él ha prometido hacer grandes cosas por nosotros, y sus promesas nunca fallan; son hoy el sí y el amén en Jesucristo. Lo que Dios quiere que hagamos es tener fe en él, y tratarlo como nuestro Padre amante, quien nos ha dado todas las cosas en Jesucristo.

Ahora tenemos la cruz: Crucifixión, resurrección, obediencia, sacrificio y servicio. Comienza con la muerte del yo; surge a una vida nueva, la misma vida de Cristo; se muestra en una obediencia implícita a Dios en Jesucristo; se entrega en sacrificio por otros; porque dice la Escritura: “En esto hemos conocido el amor, en que él puso su vida por nosotros; también nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos” (1 Juan 3:16). “El que halle su vida, la perderá; y el que pierde su vida por causa de mí, la hallará” (Mat. 10:39). El que se aferra al yo perecerá con el yo; el que abandona al yo vivirá en Jesucristo, y encontrará una vida que se mide con la vida de Dios.

Abandonar al yo, es solo cuestión de tiempo.

Es solo una cuestión de tiempo con nosotros sobre cuándo renunciaremos a esta vida. Yo sé que ustedes saben bien que los días de nuestra vida son solo “setenta años. Si en los más robustos son ochenta años, con todo, su fortaleza es molestia y trabajo, porque pronto pasan y volamos” (Sal. 90:10). ¿Abandonaremos esta vida ahora y recibiremos la vida de Cristo, o nos aferraremos a esta vida hasta que sea tomada de nosotros, y sea demasiado tarde para recibir la vida de Cristo? Debemos encontrarnos con Dios cara a cara. ¿Lo enfrentaremos en Cristo o en el yo? Debemos encontrarnos con la ley de Dios. ¿Encontraremos esa ley en Jesucristo

o en nosotros mismos? Estas experiencias deben sobrevenir a todos. La pregunta que debemos resolver nosotros es, ¿Vendrán ellas a nosotros en Cristo o fuera de Cristo? Nuestra seguridad, nuestra gloria, nuestro gozo, están en encontrar esas experiencias en Jesucristo.

Títulos en la Escuela de Cristo

Quiero llamar la atención de ustedes a la experiencia del apóstol Pablo como discípulo, en la escuela de Cristo. Antes de su conversión, Pablo era un discípulo en la escuela de Gamaliel. No sé cuáles eran las costumbres de las escuelas judías de aquel tiempo, o si otorgaron algún título a Pablo, pero sé que era un hombre erudito, y supongo que él recogió la sabiduría de sus días como se podía aprender en las escuelas judías. Hablando de sí mismo en su carta a los Filipenses, dice: “Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne, aunque yo tengo también de qué confiar en la carne. Si alguno piensa que tiene de qué confiar en la carne, yo más: circuncidado al octavo día, del linaje de Israel, de la tribu de Benjamín, hebreo de hebreos; en cuanto a la Ley, fariseo; en cuanto a celo, perseguidor de la iglesia; en cuanto a la justicia que se basa en la Ley, irreprochable” (Fil. 3:3-6; Gál. 1:13, 14). Esa era la situación de Pablo cuando entró en la escuela de Cristo. Deseo seguir su experiencia en la escuela de Cristo, y ver los títulos que recibió. El primer título fue:

B.A.—Born Again (nacido de nuevo) [B. A., Bachelor of Arts; es el primer título después de cuatro años posteriores al final de la secundaria, en Estados Unidos, Nota del Traductor]

Este es el primer título que cualquiera recibe en la escuela de Cristo. Escribiendo a los Corintios, Pablo dice: “Y por último, como a uno nacido fuera de tiempo, se me apareció también a mí” (1 Cor. 15:8, NVI). Cristo dijo: “No te maravilles de que te dije: ‘Os es necesario nacer de nuevo’” (Juan 3:7). Pero en relación directa con ese “necesario” hay otro. “Y como Moisés levantó la serpiente en el desierto, así es necesario que el Hijo del hombre sea levantado”. “Os es necesario nacer de nuevo”, y “es necesario que el Hijo del hombre sea levantado”, y en él está la vida para el nuevo nacimiento. El primer título o grado, entonces es, Nacido de nuevo.

El siguiente grado o título que recibió Pablo fue:

M. A.—Moulded Afresh (Moldeado de nuevo) [lo compara con el título de Master of Arts; Nota del Traductor].

Renovado completamente por la vida nueva. Pablo escribe esto en Colosenses 3:9, 10: “No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos y revestido del nuevo. Este, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno”. El primer grado, B. A. (Nacido de nuevo) se confiere a nosotros a fin de que la vida nueva que mora en nosotros pueda moldearnos y formarnos a la imagen de Dios.

El siguiente grado o título es:

D. D.—Delivered Debtor (Deudor liberado) [corresponde al Doctor en Divinidad; Nota del Traductor].

Después que uno recibió el nuevo nacimiento, moldeándose en la vida nueva, ¿a quién es deudor? Dijo Pablo: “A griegos y a no griegos, a sabios y a no sabios soy deudor. Así que, en cuanto a mí, pronto estoy a anunciaros el evangelio también a vosotros que estáis en Roma” (Rom. 1:14, 15). Él había sido liberado, y se sentía deudor para dar a otros lo que él había recibido. Aceptó ese grado y lo merecía. Su vida fue una manifestación de que realmente era un D. D. en Cristo, un deudor liberado, quien dio su vida para dar a otros lo que Dios le había dado.

Yo creo que Pablo también recibió el siguiente título, el de

LL. D.—Life Lovingly Dedicated (Vida dedicada con amor) [corresponde con el Doctor en Letras; Nota del Traductor]

Estos son los títulos o grados genuinos en la escuela de Cristo: Nacido de nuevo, Moldeado de

Nuevo, Deudor Liberado, y una Vida dedicada con amor. ¿Qué es eso sino la vida en Dios, la vida con Dios, y la vida por Dios? Esa fue la experiencia de Pablo, y Dios nos presenta esa experiencia, porque corresponde a cada hijo de Dios.

Podríamos prolongar bastante esta lección, pero quiero que estos pensamientos queden en las mentes de ustedes. Ello es mucho mejor que hablar acerca de las cosas comunes y ordinarias de la vida, y mejor que

pensar en ellas. Permitamos que nuestras mentes se llenen con las cosas de Dios, con la palabra de Dios, y entonces esperemos que Dios nos cuente grandes cosas acerca de su palabra, y a revelarnos las cosas profundas de Dios. Y busquemos esos grados o títulos en nuestras vidas. Ninguna universidad fundada por hombres puede conferir esos grados a nadie, pero en la escuela de Cristo están abiertos para todos. Si alguno quiere llevar consigo grados que valgan algo, entre en la escuela de Cristo, y adquiera los grados que allí se dan.

Si se llevan estos pensamientos hoy, que Dios en Jesucristo vivió una vida de perfección sobre la tierra, y que Jesucristo vive ahora en el cielo, nuestro gran Sumo sacerdote, intercediendo por nosotros, recibiendo del Padre la promesa de su Espíritu para que él nos lo pueda dar, a fin de que el mismo carácter que apareció en el carácter de Jesucristo para la gloria de Dios aparezca en ustedes, y si creen que Dios obrará eso en ustedes, y si creen que Dios hará esa obra en ustedes por la crucifixión, la obediencia, el sacrificio propio, el servicio, Dios bendecirá grandemente la vida de ustedes en Jesucristo.

LA LEY EN CRISTO



O, LA RELACIÓN ENTRE LA LEY Y EL EVANGELIO DISCURSO
SIN FECHA, 1895 *THE BIBLE ECHO*, 20 Y 27 DE ABRIL,
4, 11, 18 Y 25 DE MAYO, Y 1º DE JUNIO DE 1896

Todo lo que el hombre perdió por el pecado ha sido restaurado “mediante la redención que es en Cristo Jesús” [Rom. 3:24]. “Para esto apareció el Hijo de Dios, para deshacer las obras del diablo” (1 Juan 3:8). Todo esto se realiza para nosotros, “no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo” (Tito 3:5, 6).

Y no obstante Dios no hace efectivo su plan de salvación para ninguna persona sin su cooperación. Dios ha honrado al hombre al otorgarle poderes de razonamiento y libertad de elección, y aunque el hombre, de ninguna manera puede salvarse a sí mismo, tampoco el plan de Dios es salvarlo en contra de su voluntad. Le dice: “Venid luego, dice Jehová, y estemos a cuenta: aunque vuestros pecados sean como la grana, como la nieve serán emblanquecidos; aunque sean rojos como el carmesí, vendrán a ser como blanca lana” (Isa. 1:18). “El que quiera [o elija], tome gratuitamente del agua de la vida” (Apoc. 22:17).

En el principio “creó Dios al hombre a su imagen” [Gén. 1:27], “a semejanza de Dios lo hizo” [Gén. 5:1]. Pero esta imagen ha sido arruinada y casi totalmente obliterada por el pecado. No obstante, “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16), para que por medio de él, “la imagen del Dios invisible” [Col. 1:15] fuéramos “creados... para buenas obras” (Efe. 2:10), y restaurados a la imagen de Dios, “hechos conformes a la imagen de su Hijo” (Rom. 8:29). Las mara-

villosas provisiones de la gracia de Dios por las cuales él es “el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Rom. 3:26), no teniendo en vista nada menos que esto, que “como hemos traído la imagen del terrenal, traeremos también la imagen del celestial” (1 Cor. 15:49).

La agencia que Dios empleó para producir este resultado es llamada “el evangelio”, que se define como “el poder de Dios para salvación de todo aquel que cree” (Rom. 1:16). Es “el evangelio de vuestra salvación”, “el evangelio de la gracia de Dios”, “el evangelio de paz”, el mismo evangelio que fue dado “de antemano... a Abraham” (Gál. 3:8), y después a los hijos de Israel, “también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos” (Heb. 4:2). Este evangelio de Cristo es el poder divino para salvar a los creyentes, “pues en el evangelio, la justicia de Dios se revela” (Rom. 1:17). La justicia de Dios se revela en el evangelio; y por esa razón el evangelio “es poder de Dios para salvación”. Es salvación del pecado y restauración a una vida de justicia, las que son necesarias, y esta experiencia nos es provista por medio de la encarnación, la muerte y la resurrección de Cristo, quien “se hizo semejante a los hombres” [Fil. 2:7], y que “fue entregado por nuestras transgresiones, y resucitado para nuestra justificación” (Rom. 4:25). Pero este es el evangelio; porque leemos: “Además os declaro, hermanos, el evangelio... por el cual asimismo... sois salvos... Primeramente os he enseñado lo que asimismo recibí: Que Cristo murió por nuestros pecados, conforme a las Escrituras; que fue sepultado y que resucitó al tercer día, conforme a las Escrituras” (1 Cor. 15:1-4).

La eficacia del evangelio también se presenta en estas palabras: “No me envió Cristo a bautizar, sino a predicar el evangelio; no con sabiduría de palabras, para que no se haga vana la cruz de Cristo. La palabra de la cruz es locura a los que se pierden; pero a los que se salvan, esto es a nosotros, es poder de Dios” (1 Cor. 1:17, 18). El evangelio es el *poder de Dios* para todos los que creen. Un discurso con respecto a la cruz es, para aquellos que son salvados, el *poder de Dios*, por causa de la cruz de Cristo —Cristo el Salvador crucificado muriendo por el pecado— es el pensamiento central del evangelio. Y otra vez leemos: “Pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los

gentiles locura. En cambio, para los llamados, tanto judíos como griegos, *Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios*” (1 Cor. 1:23, 24).

De estos pasajes es evidente que la eficacia del evangelio, su poder para la salvación, se encuentra en el hecho de que es “el evangelio de Dios... que se refiere a su Hijo, nuestro Señor Jesucristo” [Rom. 1:1-3] que es “Jehová, justicia nuestra” (Jer. 23:6). De este modo es evidente que el evangelio llega a ser el poder de Dios para salvación por causa de la justicia que se revela en él, que esa justicia se encuentra sólo en Cristo, y es inseparable de él. Esta es la “esperanza del evangelio... Cristo en vosotros, la esperanza de gloria... [que] anunciamos amonestando a todo hombre y enseñando a todo hombre en toda sabiduría, a fin de presentar perfecto en Cristo Jesús a todo hombre” [Col. 1:23, 27, 28]. “Y vosotros estáis completos en él” [Col. 2:10].

Han surgido conceptos erróneos acerca de nuestra relación con el plan divino de salvación por no comprender la plenitud del carácter de Dios. Aunque es cierto que él es “muy limpio de ojos para ver el mal” [Hab. 1:13], y que él “actuará conforme al derecho y la justicia en la tierra”. Dios requiere que su propio carácter, como fue revelado en Cristo, sea la norma de carácter para sus hijos. “Sed, pues, vosotros perfectos, como vuestro Padre que está en los cielos es perfecto” (Mt. 5:48). “Sino, así como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir” (1 Ped. 1:15).

Y se ha hecho abundante provisión en Cristo para que la expectativa de Dios para el hombre pueda ser cumplida plenamente. Porque “nos bendijo con toda bendición espiritual en los lugares [o cosas] celestiales en Cristo” [Efe. 1:3], y “nos escogió en él... para que fuéramos santos y sin mancha delante de él” y “nos hizo aceptos en el Amado” (Efe. 1:3, 4, 6). Pero todo esto con un propósito definido. Es que “habéis sido libertados del pecado y hechos siervos de Dios” (Rom. 6:22) fuéramos “justos delante de Dios y andaban irreprochables en todos los mandamientos y ordenanzas del Señor” (Luc. 1:6). “Y le pondrás por nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” (Mat. 1:21). Pero no se ha hecho provisión para salvar a las personas *en* sus pecados.

A fin de que el hombre pueda cooperar inteligentemente con Dios en este propósito de restaurar su imagen en él, Dios reveló al hombre su propio

carácter como la norma de perfección, y la prueba de su justicia. Siendo que Dios quiere renovar su semejanza en nosotros, podemos saber cómo es él por lo que requiere de nosotros. La santidad, la justicia, y la bondad de Dios están presentados en su ley, que es declarada “santa, justa y buena”, y la perfección que él demanda de nosotros se revelará en una vida que está en armonía con “la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta” (Rom. 12:2).

Por cuanto “el hombre no es justificado por las obras de la Ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gál. 2:16), y por cuanto no estamos “bajo la Ley, sino bajo la gracia” (Rom. 6:14), algunos han caído en el error de suponer que los cristianos no tienen nada que ver con la ley de Dios. Por tanto, vale la pena considerar los propósitos para los que sirve la ley, y la relación entre la ley y el evangelio.

A fin de que sea cierto de nosotros que “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7), debemos “confesar nuestros pecados” (vers. 9), y debemos darnos cuenta de los pecados para poder confesarlos. Esto nos lleva al primer propósito de la ley, porque por la ley es el conocimiento del pecado (Rom. 3:20), y “yo no conocí el pecado sino por la Ley; y tampoco conocería la codicia, si la Ley no dijera: ‘No codiciarás’” (Rom. 7:7). La forma en la que la ley revela la injusticia es definiendo la justicia. El Espíritu Santo usa la ley, que es una transcripción del justo carácter de Dios, para convencer “al mundo de pecado” (Juan 16:8), para mostrar a los hombres que son desventurado[s], miserable[s], pobre[s], ciego[s] y ... desnudo[s]” (Apoc. 3:17) cuando sus propios caracteres son puestos en contraste con la pureza y la santidad de Dios. Cuando vemos así a Dios exclamamos con Isaías: “¡Ay de mí que soy muerto! Porque siendo [soy] hombre de labios inmundos” (Isa. 6:5), y con Job decimos: “Por eso me aborrezco y me arrepiento en polvo y ceniza” (Job 42:6). Todo esto está muy claro en la Escritura. “Justo eres tú, Jehová, y rectos son tus juicios. Tus testimonios, que has recomendado, son rectos y muy fieles”. “Hablará mi lengua tus dichos, porque todos tus mandamientos son justicia” (Sal. 119:137, 138, 172).

Pero aunque la ley de esta manera nos hace conocer el pecado al señalar el carácter justo de Dios, y siendo ella justa, es absolutamente incapaz de conferirnos esa justicia. “No desecho la gracia de Dios, pues si por la

Ley viniera la justicia, entonces en vano murió Cristo” (Gál. 2:21). “Porque si la Ley pudiera vivificar, la justicia sería verdaderamente por la Ley. Pero la Escritura lo encerró todo bajo pecado, para que la promesa que es por la fe en Jesucristo fuera dada a los creyentes” (Gál. 3:21, 22). Aquí es donde la obra de Cristo nos beneficia, y el mismo propósito de esa obra es que la justicia *definida* por la ley, y *revelada* por el evangelio, pueda completarse en nosotros. “Lo que era imposible para la Ley, por cuanto era débil por la carne, Dios, enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado, y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne, para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:3, 4). “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros seamos justicia de Dios en él” (2 Cor. 5:21).

La justicia de la ley fue cumplida por Cristo, quien no vino “a abolir, sino a cumplir” [Mat. 5:17] la ley, y quien, por una vida de perfecta obediencia a la voluntad del Padre, siendo “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz”, “nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, santificación y redención” (1 Cor. 1:30). Así como por la desobediencia de un hombre muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, muchos serán constituidos justos. La Ley, pues, se introdujo para que el pecado abundara; pero cuando el pecado abundó, sobreabundó la gracia, porque así como el pecado reinó para muerte, así también la gracia reinará por la justicia para vida eterna mediante Jesucristo, Señor nuestro” (Rom. 5:19-21).

La obra realizada por Cristo en favor del hombre es más que pagar la penalidad de una ley quebrantada; incluye el llevar al hombre a estar en armonía con esa ley. “Él se dio a sí mismo por nosotros para redimirnos de toda maldad, y purificar para sí un pueblo propio, celoso de buenas obras” (Tito 2:14). Por esto llegó a ser necesario no solo que la justicia nos fuera *imputada*, sino *impartida* a nosotros; no solo que Cristo debiera vivir *por* nosotros, sino que él viviera *en* nosotros; no sólo que fuéramos “justificados por la fe” (Rom. 5:1), sino que debiéramos ser “*santificados*” por la fe” (Hech. 26:18). Así la Palabra “se hizo carne y habitó entre nosotros lleno de gracia y de verdad; y vimos su gloria [el carácter], gloria [carácter] como del unigénito del Padre” (Juan 1:14). Los ángeles podían transmitir men-

sajes por Dios, y podían hacer obras por Dios, pero solo el Hijo de Dios podía revelar la justicia de Dios por ser Dios.

En su vida entre los hombres Cristo llegó a ser la justicia que es definida en la ley. “Porque la Ley fue dada por medio de Moisés, pero la gracia y la verdad [gracia y realidad] vinieron por medio de Jesucristo” (Juan 1:17). En la ley, considerada meramente como un código, tenemos sólo la forma de la verdad, pero Cristo es la Verdad. “Tú te llamas judío, te apoyas en la Ley y te glorías en Dios; conoces su voluntad e, instruido por la Ley, apruebas lo mejor; estás convencido de que eres guía de ciegos, luz de los que están en tinieblas, instructor de los ignorantes, maestro de niños y que tienes en la Ley *la forma* del conocimiento y de la verdad” (Rom. 2:17-20). La ley da la *forma*, pero Cristo es la *realidad*. Cristo tenía la ley en su *corazón*, y así su vida fue la ley en letras vivientes. Esto fue señalado en la profecía con respecto a su obra siglos antes de que fuera “hecho de mujer”: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu Ley está en medio de mi corazón” (Sal. 40:8).

En su enseñanza Cristo interpretó el carácter espiritual de la ley, mostrando que odiar era cometer un asesinato, pensar en forma impura era cometer adulterio, codiciar era ser un idólatra, y su vida estuvo tan completamente en armonía con los sagrados preceptos según los interpretó él, que pudo desafiar a quienes estaban constantemente buscando algo contra él con la pregunta: “¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?” (Juan 8:46).

Y “él no cometió pecado” (1 Ped. 2:22) y forjó esta vida de justicia perfecta no para sí mismo sino para nosotros, para que la imagen de Dios pudiera revelarse otra vez en nuestras vidas. La ley estaba dentro del corazón de Cristo, y él vino para hacer la voluntad de Dios, a fin de que la misma ley pudiera ser escrita en nuestros corazones, para que pudiéramos ser restaurados a la bendición de hacer la voluntad de Dios; para que la *forma* pudiera llegar a ser la *realidad* en nosotros. Esto se logra para cada persona por su aceptación de la obra de Cristo por ella mediante la fe en la palabra de Dios, al abrir la puerta de su corazón a Cristo, para que él pueda llegar a ser la vida misma de su vida, de modo que pueda ser “salvo por su vida [de Cristo]” (Rom. 5:10). Esto es justificación por la fe. Esto es ser “hallado en él, no teniendo mi propia justicia, que se basa en la Ley,

sino la que se adquiere por la fe en Cristo, la justicia que procede de Dios y se basa en la fe” (Fil. 3:9).

De esta manera vemos que la ley primero da el conocimiento del pecado. Señala una norma perfecta de justicia, y así define la justicia requerida; pero no puede conferir esa justicia. No hace que la persona sea pecadora; sencillamente revela el hecho de que es pecadora. No puede dar justicia; sencillamente muestra la necesidad de justicia. Pero Dios, que requiere la justicia de la ley en nuestros caracteres, ha hecho provisión para que esta justicia sea traída a nosotros en Cristo, quien es el centro del evangelio. La norma de carácter que es definida por la ley nos es presentada en Cristo en el evangelio. Así leemos: “Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas: la justicia de Dios por medio de la fe en Jesucristo, para todos los que creen en él, porque no hay diferencia, por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre, para manifestar su justicia, a causa de haber pasado por alto, en su paciencia, los pecados pasados, con miras a manifestar en este tiempo su justicia, a fin de que él sea el justo y el que justifica al que es de la fe de Jesús” (Rom. 3:21-26). Por la ley se revela el pecado; en el evangelio, se revela la justicia. Por la ley se da a conocer la enfermedad; en el evangelio de Cristo se encuentra la curación. Este es el primer paso en la relación entre la ley y el evangelio.

Después que hemos venido a Cristo y somos justificados por la fe, sin las obras de la ley (Rom. 3:28), después que hemos llegado a ser “hijos de Dios por la fe en Cristo Jesús” (Gál. 3:26), habiéndolo recibido a él que es justo y la ley viviente, ¿cuál es, entonces, nuestra relación con la ley? Esto tal vez se verá mejor considerando los resultados de la fe genuina en Cristo.

Creer en Cristo es recibir a Cristo; no asentir a un credo, sino aceptar *una vida*; no esforzarse por mantener ciertas formas externas, sino llegar a ser “participantes de la naturaleza divina” (2 Ped. 1:4). Los credos y formas no pueden salvar a la gente de sus pecados. Terrible es el catálogo de los pecados de aquellos que “tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella” (2 Tim. 3:1-5). Una vida nueva debe ser impartida antes

que el hombre pueda “vivir para Dios”. “El que no nace de nuevo no puede ver el reino de Dios” (Juan 3:3). “Ni la circuncisión vale nada ni la incircuncisión, sino la nueva criatura” (Gál. 6:15). Esta experiencia depende de la fe que cada uno ejerza por sí mismo, y “es fe, para que sea por gracia” (Rom. 4:16). A todos los que oran sinceramente, “¡Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio! (Sal. 51:10), viene la respuesta: “¿Creéis que puedo hacer esto?... Conforme a vuestra fe os sea hecho” (Mat. 9:28, 29). “Y esta es la victoria que ha vencido al mundo, nuestra fe” (1 Juan 5:4); pero la fe para obtener la victoria es “la fe que obra por el amor” (Gál. 5:6)

“Luego, ¿por la fe invalidamos la Ley? ¡De ninguna manera! Más bien, confirmamos la Ley” (Rom. 3:31). “Esta es la victoria que ha vencido al mundo”, aun la de nuestro Cristo la ha hecho presente con tu glorioso poder por la fe; pero este es el Cristo en cuyo corazón está la ley de Dios; quien dijo de sí mismo: “Yo he guardado los mandamientos de mi Padre” (Juan 15:10); quien fue y es la ley de Dios en la vida, así que cuando se responde la oración, “que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efe. 3:17), la ley en Cristo queda “escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo; no en tablas de piedra, sino en tablas de carne del corazón” (2 Cor. 3:3). Y de esta manera establecemos la fe.

“Donde hay no sólo una creencia en la Palabra de Dios, sino una sumisión de la voluntad a él; donde se le da a él el corazón y los afectos se fijan en él, allí hay fe, fe que obra por el amor y purifica el alma. Mediante esta fe, el corazón se renueva conforme a la imagen de Dios. Y el corazón que en su estado carnal no se sujetaba a la ley de Dios ni tampoco podía, se deleita después en sus santos preceptos” [CC 63]. “Dios es amor” (1 Juan 4:8). Su ley es una expresión de su amor, y Cristo es esa ley de amor expresada en una vida; así que cuando recibimos a Cristo en nuestro corazón, entonces el amor, el fruto del Espíritu, es recibido en nuestros corazones, y “cuando el principio del amor es implantado en el corazón, cuando el hombre es renovado conforme a la imagen de quien lo creó, se cumple en él la promesa del nuevo pacto: ‘Pondré mis leyes en su corazón, y también en su mente las escribiré’ (Heb. 10:16) [CC 60]; porque “el cumplimiento de la ley es el amor (Rom. 13:10). Y de este modo “establecemos la ley” por la fe.

Pero después que la ley se establece de este modo por la fe en el corazón al morar en Cristo, y teniéndolo a él, que es la ley viviente, morando en nosotros, entonces el fruto de tal unión con Cristo aparecerá en la vida. “El que permanece en mí y yo en él, este lleva mucho fruto” (Juan 15:5), y así somos “lentos de frutos de justicia” (Fil. 1:11). Y ahora la ley, que reveló el pecado pero que no pudo otorgar justicia, testifica del carácter de la justicia que hemos recibido por la fe en Cristo. “Pero ahora, aparte de la Ley, se ha manifestado la justicia de Dios, testificada por la Ley y por los Profetas” (Rom. 3:21). La ley revela el pecado al definir la justicia, al mostrarnos el carácter de Dios. El evangelio revela la justicia. “En el evangelio, la justicia de Dios se revela” (Rom. 1:17). Recibimos esta justicia como el don gratuito de Dios al recibir a Jesucristo. La ley no puede darnos lo que necesitamos. Nos impulsa a Cristo, donde recibimos lo que ella demanda pero no puede otorgar. Entonces volvemos a la misma ley y ella da testimonio del hecho de que la justicia que recibimos en Cristo Jesús es la misma justicia que ella demanda pero no puede impartir.

Este era el plan de Dios para los que creerían en Cristo. “Dios les ofreció, en su Hijo, la justicia perfecta de la ley” (*DMJ* 50). Si solo abrían sus corazones completamente para recibir a Cristo, entonces la vida de Dios, su amor, moraría en ellos, transformándolos a su propia imagen; y así por medio del don gratuito de Dios ellos poseerían la justicia que la ley requiere.

Las palabras “abolir”, “quitar”, “destruir”, y “cambiar” han sido tan persistentemente conectadas con la ley por algunos maestros públicos, que existe en la mente de muchas personas la convicción honesta de que Cristo hizo a la ley todo lo que se expresa con esas palabras. Es cierto que él vino para “abolir” algo, y para “quitar” algo, y para “destruir” algo, y para “cambiar” algo; pero es importante que sepamos exactamente qué fue abolido, qué quitó, qué destruyó, y qué trató de cambiar por su obra en favor del hombre. Esto puede aprenderse fácilmente con las Escrituras.

Qué fue abolido.

Se dice de nuestro Salvador, Jesucristo, “el cual quitó [en inglés, “abolió”] la muerte y sacó a luz la vida y la inmortalidad por el evangelio” (2 Tim. 1:10). La muerte es el resultado del pecado. “Y el pecado, siendo

consumado, da a luz la muerte” (Sant. 1:15). “El pecado es infracción de la ley” (1 Juan 3:4). Por lo tanto, Cristo vino para abolir aquello que es el resultado de estar fuera de armonía con la ley, y él lo hizo, no aboliendo la ley, sino llevándonos a estar en armonía con la ley.

Qué quitó.

Leemos que Cristo “apareció para *quitar nuestros pecados*” (1 Juan 3:5). Él es el portador del pecado, “él mismo llevó nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero, para que nosotros, estando muertos a los pecados, vivamos a la justicia” (2 Ped. 2:24). El pecado es ilegalidad, y Cristo apareció para quitar, no la ley, sino la ilegalidad.

Qué vino a destruir.

La profecía señala la actitud de Cristo hacia la ley, diciendo: “Jehová se complació... en magnificar la Ley y engrandecerla” (Isa. 42:21). En su Sermón del Monte, que en sí mismo es la interpretación de los principios contenidos en las palabras pronunciadas desde el monte Sinaí, Cristo dijo: “No penséis que he venido a abolir la Ley o los Profetas; no he venido a abolir [destruir], sino a cumplir” (Mt. 5:17). “Él vino para explicar la relación de la ley con el hombre, e ilustrar sus preceptos por su propia vida de obediencia” (DTG 274). Pero se nos enseñó que “para esto apareció el Hijo de Dios, para *deshacer las obras del diablo*” (1 Juan 3:8). Las obras del diablo son aquellas que son contrarias a la ley de Dios. “El diablo peca desde el principio”, y en cada caso, “el pecado es infracción de la Ley” [1 Juan 3:8].

Además, Cristo vino para destruir al diablo mismo. Satanás había introducido en este mundo la rebelión contra Dios y su ley, y la misión y obra de Cristo fueron poner fin a esa rebelión y al instigador de ella. A fin de realizar eso, él tomó nuestra carne, “para *destruir* por medio de la muerte *al que tenía el imperio de la muerte*, esto es al diablo” (Heb. 2:14).

Qué vino a cambiar.

Es una bendición saber que Cristo hizo un cambio al darse a sí mismo por el hombre. Ciertamente había necesidad de que se hiciera un cambio. Los hombres estaban lejos de la justicia, “ajenos de la vida de Dios

por la ignorancia que en ellos hay” (Efe. 4:18), “sin esperanza y sin Dios en el mundo” (Efe. 2:12). “Pero Dios, que es rico en misericordia... nos dio vida juntamente con Cristo... nos resucitó, y asimismo nos hizo sentar en los lugares celestiales con Cristo Jesús” (Efe. 2:4-6). Y así “nosotros todos... *somos transformados* de gloria en gloria *en su misma imagen*” (2 Cor. 3:8). Pero se ha provisto para nosotros aún más que un cambio de carácter pues esperamos al Salvador, al Señor Jesucristo. Él transformará nuestro cuerpo mortal en un cuerpo glorioso semejante al suyo” (Fil. 3:20, 21). “No todos moriremos; pero todos seremos transformados, en un momento, en un abrir y cerrar de ojos, a la final trompeta” (1 Cor. 15:51, 52). ¡Cambio glorioso! ¡Un carácter renovado y cuerpo renovado! Esta es la plenitud de la salvación provista para nosotros en Jesucristo.

Así llega a ser evidente por la enseñanza de las Escrituras que Cristo vino para abolir, no la ley, sino la muerte; para quitar, no la ley, sino nuestros pecados; para destruir, no la ley, sino al diablo y sus obras; para cambiar, no la ley, sino a nosotros. Él hizo todo esto “por el sacrificio de sí mismo” (Heb. 9:26). Si la ley hubiera podido cambiarse o abolirse, Cristo no hubiera tenido necesidad de haber muerto.

El pecado es transitorio; la ley, eterna.

De diferentes maneras, Dios enseña que el pecado es transitorio, mientras que la ley es eterna. Mientras Jesús estaba enseñando en una ocasión, “los escribas y los fariseos le trajeron una mujer sorprendida en adulterio” y le preguntaron qué debía hacerse en ese caso, no porque desearan ser instruidos, sino “probándolo, para tener de qué acusarlo”. Después que los acusadores hicieran su acusación, “Jesús, inclinado hacia el suelo, escribía en tierra con el dedo” (Juan 8:3, 6). “Aunque haciendo esto sin propósito aparente, Jesús estaba trazando en el suelo, en caracteres legibles, los pecados específicos de los cuales los acusadores de la mujer eran culpables” (*SP* 2:350). De este modo, Jesús escribió el registro de los pecados *en la arena*. ¡Cuán fácilmente podía ser borrado ese registro! ¡Un golpe de viento o un poco de agua, y habría desaparecido! Pero Dios escribió su ley con su dedo *sobre tablas de piedra*: un registro invariable e imperecedero de su propio carácter. Esta misma ley la escribe en el corazón del creyente,

para permanecer allí por toda la eternidad; porque “el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre” (1 Juan 2:17). El pecado, la muerte, resultado del pecado, pueden ser quitados; porque “la sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado” (1 Juan 1:7), y “sorbida es la muerte en victoria” (1 Cor. 15:54), pero “todos tus mandamientos son justicia” y “tu justicia es justicia eterna” (Sal. 119:172, 142). “Oídmeme, los que conocéis justicia, pueblo en cuyo corazón está mi Ley”; “Mi salvación será para siempre, mi justicia no perecerá” (Isa. 51:7, 6). “Jesucristo es el mismo ayer, hoy y por los siglos” (Heb. 13:8).

La acusación que Satanás hizo contra Dios era que su plan de gobierno era defectuoso, y su ley, imperfecta, y toda la controversia entre Cristo y Satanás había girado sobre este punto: ¿Se reconocerá el gobierno y se respetará su ley en este mundo, o tendrá éxito la rebelión, y se establecerá aquí el reino de Satanás? Por lo tanto, ¿no es claro que todos los que hoy toman la posición de que la ley de Dios ha sido cambiada o abolida se ponen realmente del lado del “dios de este mundo” (2 Cor. 4:4) y en oposición al “Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo” (Efe. 1:3)? Pero Dios demostrará para satisfacción del universo, aun ante la obra misma de Satanás, que su ley es perfecta y su gobierno justo. “¿Quién no te temerá, Señor, y glorificará tu nombre? pues solo tú eres santo, por lo cual todas las naciones vendrán y te adorarán, porque tus juicios se han manifestado” (Apoc. 15:4).

Se necesita una norma.

Pero si la ley de Dios ha sido cambiada o abolida, no hay ya ninguna norma por la cual probar el carácter de la justicia que los hombres pretenden haber recibido por fe. Cada uno, entonces, estará en libertad de establecer su propia norma para adecuarse a sus propias inclinaciones. Una enseñanza como ésta está ahora produciendo su fruto en el mundo. La santa ley de Dios no es llevada a las conciencias de los hombres para convencerlos de pecado, como en tiempos pasados; de allí que la necesidad de un Salvador no se siente al mismo grado; y sin una norma con la cual probar su profesa justicia, lo falsificado pasa como genuino, y la religión es desacreditada. Se reconoce universalmente que hay necesidad de tener una norma en todas las transacciones entre los hombres, y así tenemos una norma de pesas, la

norma de medidas, etc. Sin estas normas habría una confusión absoluta en el mundo de los negocios. Además, estas normas no deben ser variables. Una norma variable no es de ningún modo una norma. ¿Pero es el hombre más sabio que Dios? “Si los hombres estuviesen en libertad para apartarse de lo que requiere el Señor y pudieran fijarse una norma de deberes, habría una variedad de normas que se ajustarían a las diversas mentes y se quitaría el gobierno de las manos de Dios. La voluntad de los hombres se haría suprema, y la voluntad santa y altísima de Dios, sus fines de amor hacia sus criaturas, no serían honrados ni respetados” (DMJ 48).

Oficio de la ley.

El oficio de la ley es hacer conocer el pecado, y el testimonio de la justicia obtenida por la fe en Cristo puede ilustrarse por la forma en que se usa un espejo. Un hombre puede descubrir, al mirarse en él que su rostro está manchado con tizne. El espejo no puso el tizne en la cara, ni tampoco puede quitarlo. Sencillamente revela su presencia. Debe usarse algún otro medio para quitar la suciedad; pero cuando se haya hecho, el mismo espejo testificará que el rostro está limpio. Pero supónganse que el hombre destruyera o eliminara el espejo porque reveló la presencia de suciedad, y no obstante, no satisfecho completamente con este proceder, procurara limpiarse, ¿qué lo satisfaría ahora del éxito de sus esfuerzos? Puede que se *sienta* mejor porque hizo algún esfuerzo para estar limpio; pero al mismo tiempo puede haber hecho solo un trabajo incompleto, o puede haber empeorado su situación. Así que estamos contaminados con el pecado. La ley revela ese hecho, pero no puede limpiarnos; pero hay “un manantial abierto para la casa de David y para los habitantes de Jerusalén, para la purificación del pecado y de la inmundicia” (Zac. 13:1), en el que podemos lavarnos y quedar limpios. La ley testifica del carácter de la obra realizada para nosotros por el “que nos ama, nos ha lavado de nuestros pecados con su sangre” (Apoc. 1:5). Pero si la ley es variable o ha sido abolida, quedamos en la incertidumbre. Entonces la justicia propia puede pasar por justicia porque uno se *siente* satisfecho al tratar de alcanzar la norma que uno mismo ha establecido.

La garantía de una ley inmutable.

El hecho de que la ley no se ha eliminado, es la garantía de nuestra seguridad en el cielo. “Así hablad y así haced, como los que habéis de ser juzgado por la ley de la libertad” (Sant. 2:12). Esa ley es la norma en el juicio. La armonía con la ley de Dios es la condición de entrada al reino. Todos los que solicitan admisión son probados por ella. La ley es una transcripción del carácter de Dios. Todos deben alcanzar esta norma en su perfección, y aquellos que no la alcanzan quedan fuera del reino. No podemos alcanzar la norma excepto que recibamos a Cristo; pero cuando hemos recibido a Cristo, sabemos que tenemos lo que pasará la prueba. Si alguno pudiera ser admitido en el reino que estuviera fuera de armonía con la ley de Dios, el pecado sería transferido al mundo por venir. El mismo hecho de que la ley de Dios no se ha cambiado ni abolido es nuestra seguridad en el reino eterno, la garantía de que “¡la calamidad no se repetirá!” (Nah. 1:9, NVI).

La ley fuera de Cristo y la ley en Cristo.

Observen la diferencia entre la ley de Dios como un código rígido y la misma ley llegándonos en Cristo. Un mandato que fuera de Cristo es un código rígido, en Cristo llega a ser una promesa viva. La ley, fuera de Cristo, sencillamente un código rígido, dice: “No harás” y “Harás”. Pero la misma ley en Cristo llega a ser una promesa viva. “Por medio de estas cosas nos ha dado preciosas y grandísimas promesas” (2 Ped. 1:4). “Cada mandato o precepto que Dios da tiene como base la promesa más positiva” (DMJ 66). Cuando leemos: “Bienaventurados los mansos, porque recibirán la tierra por heredad” (Mat. 5:5), esa es claramente una promesa. Cuando leemos en la ley: “No matarás”, lo leemos fuera de Cristo sencillamente como una orden, o podemos saberlo en Cristo como una promesa viva. Es decir, él en su vida promete a cada uno, “No matarás”. Yo no puedo impedirme a mí mismo odiar, que es quebrantar el sexto mandamiento. Intento no hacerlo, y sin embargo lo hago. Me doy vuelta y encuentro que ese mismo mandato en Cristo, escrito por el Espíritu del Dios vivo en las tablas de carne del corazón, se ha vuelto brillante como promesa, y dice: “Yo tengo una promesa que hacerte. Tú me has recibido; no matarás”.

Fuera de Cristo, como código, la ley dice: “No hurtarás”; pero yo no puedo impedirlo. Entonces me vuelvo, y encuentro que esa ley en Cristo se ha iluminado para ser una promesa, y me dice: “Tú eres el que ha estado robando. Tengo una promesa que hacerte. No hurtarás”. La ley revela el pecado al definir la justicia, y luego nos impulsa a Cristo, quien es el centro del evangelio. Allí se revela la justicia de la ley. [Ver el Apéndice A, Sección A.]

Obediencia completa.

El sendero de la obediencia parcial es muy espinoso; la obediencia completa es el yugo fácil que se nos prometió. Cuando le decimos al Señor que guardaremos sus mandamientos, de inmediato toma posesión de nosotros, y dice que lo haremos. No abolimos la ley por medio de la fe; al contrario, “Es la fe, y sólo ella, la que lo hace participante de la gracia de Cristo y lo capacita para obedecerlo” (CC 60). Pero esto se logra, no por ordenar al creyente, “No harás”, sino esparciendo en su corazón el amor de Dios que le da la bendita seguridad del “Harás”. No es, tú debes cumplir la ley, pues si no, no podrás vivir; sino, por cuanto ahora vives en el “que Vive”, vas a cumplir la ley. Esto es justificación por fe. Esto es el evangelio.

Se ha puesto delante de los hombres la misma norma de justicia en todas las épocas. En tiempos antiguos la instrucción era: “Teme a Dios y guarda sus mandamientos, porque esto es el todo del hombre” (Ecl. 12.13). Y la muerte de Cristo no hizo ningún cambio en esta enseñanza; porque “la circuncisión nada significa, y la incircuncisión nada significa; lo que importa es guardar los mandamientos de Dios” (1 Cor. 7:19), y “este es el amor a Dios: que guardemos sus mandamientos; y sus mandamientos no son gravosos” (1 Juan 5:3. Además, la provisión ha sido la misma en todas las épocas para alcanzar esta norma de justicia. El Señor dijo en lo antiguo, por medio del profeta: “Os daré un corazón nuevo y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros. Quitaré de vosotros el corazón de piedra y os daré un corazón de carne. Pondré dentro de vosotros mi espíritu, y *haré que andéis en mis estatutos y que guardéis mis preceptos*, y los pongáis por obra” (Eze. 36:26, 27). La misma base de esperanza de éxito en la vida cristiana se pone delante de nosotros en la oración inspirada del gran apóstol: “Que el Dios de paz... *os haga aptos* en toda obra buena para que *hagáis*

su voluntad, haciendo él en vosotros lo que es agradable delante de él por Jesucristo” (Heb. 13:20, 21).

Un resumen.

Estamos ahora preparados para resumir los resultados de nuestro estudio de la relación entre la ley y el evangelio. Hemos encontrado que la ley revela el pecado al definir la norma de justicia, y que en el evangelio se revela la justicia que la ley requiere. Hemos encontrado que el evangelio es el evangelio de *Cristo*, y que la justicia que se revela en él es la justicia elaborada para nosotros por Cristo mediante una vida de obediencia perfecta a la ley de Dios. De este modo el evangelio es la provisión divina no meramente para cumplir los requerimientos de la ley *por* nosotros en Cristo, sino también para cumplir los requerimientos de la misma ley *en* nosotros por medio de Cristo, y esto se logra al recibir a Cristo, la personificación misma de la ley, en nuestros corazones por fe, de modo que “ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gál. 2:20).

El fruto de tal unión con Cristo se ve en una vida que está en armonía con la misma ley que fue la inspiración de la vida de Cristo, y la ley que al principio revelaba el pecado ahora da testimonio del carácter genuino de esa justicia “que es por la fe en Jesucristo”. Y de este modo lo que la ley no podía hacer porque era débil en nuestra carne ha sido hecho por nosotros al poner esa misma ley en la carne en Cristo, y por medio de él en nuestra carne, “para que la justicia de la Ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” (Rom. 8:4).

Esto nos conduce a la conclusión de que EL EVANGELIO ES SENCILLAMENTE LA LEY EN CRISTO, y por lo tanto un intento de abolir la ley es un intento de abolir a Cristo y el evangelio, y un intento de cambiar la ley es un intento de cambiar el carácter de Cristo y de distorsionar el propósito del evangelio. Un corazón lleno con el amor a Cristo y el espíritu de verdad no buscará tales resultados, sino dirá con gratitud: “Mucha paz tienen los que aman tu Ley, y no hay para ellos tropiezo” (Sal. 119:165).

APÉNDICES

APÉNDICE A – DECLARACIONES ACERCA DE LA UNIÓN DE LA LEY Y EL EVANGELIO



Estas exposiciones comienzan con una carta escrita pocos días después de la publicación de la sección final del discurso de Prescott “La ley en Cristo”. Las otras declaraciones se dan en orden cronológico comenzando en 1888. En todos los casos, las cursivas fueron añadidas. Las secciones entre paréntesis rectos son observaciones del compilador.

**A.6 DE JUNIO DE 1896 (*CARTA 96, 1896, A URIAH SMITH*),
EN *THE ELLEN G. WHITE 1888 MATERIALS* (MATERIALES
DE ELENA G. DE WHITE SOBRE 1888), PP. 1574-1576.**

[Existe una correlación significativa entre los conceptos en los dos últimos párrafos del último sermón de Prescott, en la sección titulada “La ley fuera de Cristo y la ley en Cristo”, así como el texto final que usó Prescott, y una carta que Elena de White escribió cinco días después que estos párrafos fueran publicados. Esta carta a Uriah Smith muestra endosos adicionales del Espíritu Santo a las percepciones que Prescott estaba compartiendo. La carta íntegra sigue a continuación.]

“Sunnyside”, Cooranbong, N. G. del Sur, 6 de junio de 1896.

Pastor U. Smith,
Battle Creek, Michigan.

Apreciado hermano:

(Las páginas adjuntas presentan unos pocos puntos que fueron presentados a la Hna. White anoche, y ella deseaba que se las enviara. Por varios

días ella ha estado sufriendo de los efectos de un catarro y exceso de trabajo, y hoy no puede leer ni escribir. El asunto fue escrito como ella lo presentó. Enviamos algunas copias de artículos y cartas por el correo S. F., que la Hna. White quería que usted leyera; pero como no tenía seguridad de que usted estuviera en Battle Creek, fueron dirigidas al pastor Tenney, con la instrucción de que él los leyera y se los reenviara a usted. Suyo en la causa, M. Davis.)

“La ley ha sido nuestro guía para llevarnos a Cristo, a fin de que fuéramos justificados por la fe” (Gál. 3:24). En este pasaje, el Espíritu Santo está hablando por medio del apóstol especialmente de la ley moral. **La ley nos revela el pecado**, y nos hace **sentir nuestra necesidad de Cristo**, y huir a él por perdón y paz ejercitando el arrepentimiento hacia Dios y la fe hacia nuestro Señor Jesucristo. Nuestra renuencia de abandonar opiniones preconcebidas, y de aceptar **esta verdad**, se encuentra en el fundamento de una gran parte de la oposición manifestada en Minneapolis contra **el mensaje del Señor** por medio de los Hermanos Waggoner y Jones. Al animar esa oposición, Satanás tuvo éxito en esconder de nuestra gente, en gran medida, el poder especial del Espíritu Santo que Dios anhelaba impartirles. El enemigo les impidió obtener esa eficiencia que podría haber sido de ellos en llevar la verdad al mundo, como lo proclamaron los apóstoles después del día de Pentecostés. **La luz que ha de alumbrar toda la tierra** con su gloria fue resistida, y por la acción de nuestros propios hermanos en gran medida ha sido ocultada del mundo.



La ley de los diez mandamientos no debe ser considerada tanto del lado de lo que prohíbe, sino del lado de la misericordia. Sus prohibiciones son la segura garantía de felicidad en la obediencia. Recibida **en Cristo**, obra en nosotros la pureza de carácter que nos dará gozo por las edades eternas. Para los obedientes, es un muro de protección. Contemplamos en ella la bondad de Dios, quien al revelar a los hombres los inmutables principios de justicia, procura escudarlos de los males que resultan de la transgresión.

No debemos ver a Dios como esperando castigar al pecador por su pecado. El pecador hace recaer el castigo sobre sí mismo. Sus propias acciones comienzan un tren de circunstancias que da un resultado seguro.

Cada acto de transgresión reacciona sobre el pecador, produce en él un cambio de carácter, y le hace más fácil transgredir otra vez. Al elegir pecar, los hombres se separan de Dios, cierran el canal de bendiciones y el resultado seguro es la ruina y la muerte.

La ley es una expresión de la idea de Dios: cuando la recibimos **en Cristo** llega a ser nuestra idea; nos eleva por sobre el poder de los deseos y tendencias naturales, por encima de las tentaciones que nos conducen al pecado. “**Mucha paz tienen los que aman tu ley**; y no hay para ellos tropiezo”, nada los hará tropezar.

No hay paz en la injusticia; los impíos están en guerra con Dios. Pero el que recibe **la justicia de la ley en Cristo** está en armonía con el cielo. “La misericordia y la verdad se encontraron; la justicia y la paz se besaron”.

**B. NOVIEMBRE DE 1888 (Ms 15, 1888, “A
LOS HERMANOS REUNIDOS EN LA ASOCIACIÓN
GENERAL”, EN 1888 MATERIALS, PP. 164-166.**

[Este manuscrito fue dirigido a los asistentes a la Conferencia de Minneapolis. Se hacen referencias a la sesión de la Asociación General de 1886, que ocurrió mientras Elena de White estaba en Suiza, y en la que G. I. Butler distribuyó su librito *La ley en el libro de Gálatas*.]

Yo sé que sería peligroso denunciar la posición del Dr. Waggoner como totalmente errónea. Esto agradaría al enemigo. Yo veo la belleza de la verdad en la presentación de la **justicia de Cristo en relación con la ley** como la presentó el doctor delante de ustedes. Muchos de ustedes dicen, es luz y verdad. Sin embargo, ustedes no lo han presentado antes bajo esta luz. ¿No es posible que mediante una investigación, ferviente y con oración, de las Escrituras, él haya visto una luz todavía mayor en algunos puntos? Lo que ha sido presentado armoniza perfectamente con la luz que Dios se ha agradado darme durante todos los años de mi experiencia. Si nuestros hermanos que ministran aceptaran la doctrina que fue presentada tan claramente —la justicia de Cristo en conexión con la ley— y yo sé que ellos necesitan aceptar esto, sus prejuicios no tendrían poder controlador, y la gente hubiera sido alimentada con su porción de alimento oportuno.

Tomemos nuestras Biblias, y con oración humilde y espíritu enseñable, vengamos al gran Maestro del mundo; oremos como David: “Abre mis ojos y miraré las maravillas de tu Ley” (Sal. 119:18).

... La verdad debe ser presentada tal como es en Jesús; si hubiera alguno de nosotros que llega a agitarse por causa de ideas contrarias de lo que ellos han creído que se presentan en esta reunión, entonces detengan sus críticas no santificadas y con sinceridad investiguen el tema, y ello santificará el alma.

Hace dos años, en Suiza, una voz en las horas de la noche se dirigió a mí y me dijo: “Sígueme”. Yo pensé que me levanté, y seguí a mi guía. Me pareció estar en el Tabernáculo en Battle Creek, y mi guía me instruyó con respecto a muchas cosas en la conferencia. Daré en resumen unas pocas cosas que se dijeron: “El Espíritu de Dios no ha tenido una influencia controladora en esta reunión. El espíritu que controló a los fariseos está entrando entre estas personas, que han sido grandemente favorecidas por Dios”.

Muchas cosas se dijeron que no las presentaré a ustedes. Se me dijo que había necesidad de un gran reavivamiento espiritual entre los hombres que llevan responsabilidades en la causa de Dios. No hubo perfección en todos los puntos de ambos lados del tema en discusión. Debemos investigar las Escrituras para hallar evidencias de la verdad. “Hay solo pocos, aun de entre los que pretenden creerlo, que comprenden el mensaje del tercer ángel, y no obstante este es el mensaje para este tiempo. Es verdad presente. Pero ¡cuán pocos han tomado este mensaje en su verdadera importancia, y lo presentan a la gente en su poder! Para muchos, tiene poca fuerza”.

Dijo mi guía: **“Hay mucha luz que todavía debe brillar de la ley de Dios y del evangelio de justicia. Este mensaje, comprendido en su verdadero carácter, y proclamado con el Espíritu, iluminará la tierra con su gloria.** La gran pregunta decisiva debe ser presentada delante de todas las naciones, lenguas y pueblos. La obra final del mensaje del tercer ángel será acompañada con un poder que enviará los rayos del Sol de Justicia por todas las caminos y senderos de la vida, y se harán decisiones para Dios como supremo Gobernante; su ley será considerada como la regla de su gobierno”.

**C. 27 DE MAYO DE 1890 (ARTÍCULO DE LA *REVIEW AND HERALD*,
“CANALES VIVIENTES DE LUZ”, EN *1888 MATERIALS*, P. 674)**

Debe haber una profunda investigación de las Escrituras para que los ministros de Dios puedan declarar todo el consejo de Dios. **La relación de Cristo con la ley es débilmente comprendida.** Algunos predicán la ley, y sienten que sus hermanos no están haciendo todo su deber si no presentan el tema de la misma manera en que lo hacen ellos. Estos hermanos rehúyen presentar la justificación por la fe, pero tan pronto como descubren a Cristo en **su verdadera posición en relación con la ley**, la idea equivocada que existía en este asunto importante se quitará. **La ley y el evangelio están tan ligados que la verdad no se puede presentar como es en Jesús sin combinar estos temas en perfecto acuerdo.** La ley es el evangelio de Cristo velado; el evangelio de Jesús no es más ni menos que la ley definida, mostrando sus principios de gran alcance. “Escudriñad las Escrituras”, es el mandato de nuestro Señor. Escudriñad para encontrar qué es la verdad. Dios nos ha dado una prueba por la que podemos probar las doctrinas: “¡A la ley y al testimonio! Si no dicen conforme a esto, es porque no les ha amanecido” [Isa. 8:20]. Escudriñad las Escrituras en forma diligente, ferviente, incansable para descubrir lo que Dios ha revelado con respecto a ustedes mismos, sus deberes, sus tareas, sus responsabilidades, su futuro, para que no cometan errores en buscar la vida eterna. Ustedes pueden, al escudriñar las Escrituras, conocer la mente y la voluntad de Dios; y aunque la verdad no coincida con sus ideas, pueden tener gracia para abandonar cada prejuicio en favor de sus propias costumbres y prácticas, y ver qué es verdad, pura y no adulterada. Aquí está la palabra de Dios. Obedézcanla desde el corazón. Cristo está lleno de ternura compasiva por todos los que se arrepienten. Él perdonará al transgresor.

**D. 27 DE DICIEMBRE DE 1890 (DIARIO, WASHINGTON,
D. C., EN *1888 MATERIALS*, PP. 779, 783)**

Siento la carga sobre mi alma de **presentarles no solo la ley sino el evangelio.** Uno no está completo sin el otro...

La ley y el evangelio van de la mano. Una es el complemento del otro. La ley sin fe en el evangelio de Cristo no puede salvar al transgresor de la ley. El evangelio sin la ley es ineficiente e impotente. **La ley y el evangelio son un todo perfecto.** El Señor Jesús puso el fundamento del edificio, y él pone “la piedra principal entre gritos de alabanza a su belleza” (Zac. 4:7, NVI). Él es el Autor y Consumador de nuestra fe, el Alfa y la Omega, el principio y el fin, el primero y el último. **Los dos unidos, el evangelio y la ley de Dios, producen el amor y la fe sin fingimiento.**

E. 1890 (Ms 36, 1890, “PELIGRO DE IDEAS FALSAS SOBRE LA JUSTIFICACIÓN POR LA FE”, EN 1888 MATERIALS, P. 822)

... Por un lado, los religionistas generalmente han **divorciado la ley y el evangelio**, mientras nosotros, por el otro lado, casi hicimos lo mismo desde otro punto de vista. No hemos levantado delante de la gente la justicia de Cristo y el significado pleno de su gran plan de redención. Hemos dejado afuera a Cristo y su incomparable amor, hemos traído teorías y razonamientos, y predicado discursos llenos de argumentos.

F. 27 DE FEBRERO DE 1891 (DIARIO, “CRISTO NUESTRA JUSTICIA” EN 1888 MATERIALS, P. 892).

La ley y el evangelio, revelados en la Palabra, deben ser predicados a la gente; porque **la ley y el evangelio unidos, convencerán de pecado...** Ambos, la ley y el evangelio están unidos. **En ningún discurso deben ser divorciados.**

G. 13 DE DICIEMBRE DE 1892 (ARTÍCULO EN LA REVIEW AND HERALD, “DAR A LA TROMPETA UN SONIDO CERTERO”, EN 1888 MATERIALS, PP. 1079, 1080).

Así como el arco en las nubes se forma por la unión de la luz solar y la lluvia, así el arcoíris que rodea el trono representa el poder combinado de la misericordia y la justicia. No ha de mantenerse solo la justicia; porque eso eclipsaría la gloria del arcoíris de la promesa encima del trono; los

hombres podrían ver sólo la penalidad de la ley. Es la mezcla del juicio y la misericordia que hace que la salvación sea completa. Es la unión de los dos lo que nos guía, al contemplar al Redentor del mundo y la ley de Jehová, a exclamar: “Tu benignidad me ha engrandecido” [Sal. 18:35]. Sabemos que el **evangelio** es un sistema perfecto y completo, que revela la inmutabilidad de la **ley** de Dios. Inspira al corazón con **esperanza** y con **amor** a Dios. La misericordia nos invita a entrar por las puertas en la ciudad de Dios, y la justicia está satisfecha de entregar a cada alma obediente privilegios completos como miembro de la familia real, hijo del Rey celestial. Si tuviéramos un carácter defectuoso, no podríamos pasar por las puertas que la misericordia ha abierto para los obedientes; porque la justicia está a la entrada, y demanda santidad de todos los que quieran ver a Dios. Si la justicia estuviera extinguida, y fuera posible para la misericordia divina abrir las puertas a toda la raza, sin tomar en cuenta el carácter, habría una condición de deslealtad y rebelión en el cielo que antes de que Satanás fuera expulsado. La paz, la felicidad y la armonía del cielo quedarían rotos. El cambio de la tierra al cielo no cambiará el carácter de los hombres; la felicidad de los redimidos en el cielo resulta por los caracteres formados en esta vida según la imagen de Cristo. Los santos en el cielo primero habrán sido santos sobre la tierra.

**H. 20 DE MARZO DE 1894 (ARTÍCULO EN LA
REVIEW AND HERALD, “CRISTO, EL CENTRO DEL
MENSAJE”, EN 1888 MATERIALS, P. 1225.**

Por el amor de Dios se abrió la veta más maravillosa de verdad preciosa, y los tesoros de la gracia de Cristo están abiertos ante la iglesia y el mundo. “De tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda, sino que tenga vida eterna”. Qué amor es este —¡qué amor maravilloso, insondable!— que condujera a Cristo a morir por nosotros mientras aún éramos pecadores. Qué pérdida es para el alma que comprende las fuertes demandas de **la ley**, y que sin embargo deja de comprender **la gracia de Cristo** que abunda mucho más. Es cierto que **la ley** de Dios revela **el amor** de Dios cuando se lo predica como **la verdad en Jesús**; porque el don de Cristo a este mundo

culpable debe tratarse principalmente en cada discurso. No sorprende que los corazones no se han derretido por la verdad, cuando se la ha presentado en forma fría y sin vida. No sorprende que la fe ha vacilado ante las promesas de Dios, cuando los ministros y los obreros han dejado de presentar a **Jesús en relación con la ley de Dios**. Cuán a menudo deberían ellos haber asegurado a la gente que “el que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” [Rom. 8:32].

**I.1º DE MAYO DE 1895 (CARTA 57, 1895 A O. A.
OLSEN, EN 1888 MATERIALS, PP. 1.338, 1.339)**

A menos que él haga la tarea de su vida el contemplar al Salvador levantado, y por fe acepte los méritos que es su privilegio reclamar, el pecador no podrá ser salvado más que Pedro pudo caminar sobre el agua a menos que mantuviera fijos sus ojos en Jesús. Ahora, ha sido el propósito definido de Satanás de eclipsar la visión de Jesús, y conducir a los hombres a mirar al hombre, y confiar en el hombre, y ser educado para esperar la ayuda del hombre. Durante años la iglesia ha estado mirando al hombre y esperando mucho del hombre, pero no miró a Jesús, en quien se centran nuestras esperanzas de vida eterna. Por lo tanto, Dios dio a sus siervos **un testimonio que presentaba la verdad como es en Jesús, que es el mensaje del tercer ángel en líneas claras y definidas.**

Las palabras de Juan deben ser proclamadas por el pueblo de Dios, para que todos puedan discernir la luz y caminar en la luz: “El que viene de arriba, está sobre todo: el que es de la tierra es terrenal, y habla de la tierra: el que viene de arriba está sobre todo. Y lo que ha visto y oído, eso testifica, y nadie recibe **su testimonio**. El que ha recibido **su testimonio** ha puesto como su sello que Dios es verdadero. Porque aquel a quien Dios ha enviado habla las palabras de Dios: porque Dios no le da su Espíritu con medida. El Padre ama al Hijo, y ha dado todas las cosas en sus manos. El que cree en el Hijo tiene vida eterna: y el que no cree al Hijo no verá la vida; pero la ira de Dios permanece en él.

Este es **el testimonio** que **debe ir a lo largo y a lo ancho del mundo**. Presenta **la ley y el evangelio, uniendo ambos en un todo perfecto**. (Ver Romanos 5, y 1 Juan 3:9 hasta el fin del capítulo). Estos preciosos pasajes serán grabados en cada corazón que está abierto a recibirlos. “La exposición de tus palabras alumbrá; hace entender a los sencillos” [Sal. 119:130], a los que son contritos de corazón. “Mas a todos los que lo recibieron, a quienes creen en su nombre, les dio potestad de ser hechos hijos de Dios” [Juan 1:12]. Estos no tienen solo una fe nominal, una teoría de la verdad, una religión legal, sino creen con un propósito, apropiarse de los ricos dones de Dios. Ellos ruegan por el don, para que puedan darlo a otros. Ellos pueden decir: “De su plenitud recibimos todos, y gracia sobre gracia” [Juan 1:16].

J. 25 DE MAYO DE 1896 (ARTÍCULO EN *THE BIBLE ECHO*, “PREDICANDO LA LEY Y EL EVANGELIO)

[Esta es otra correlación importante entre lo que Elena de White estaba escribiendo sobre la ley y el evangelio, y las presentaciones de Prescott. En una columna adyacente a la sexta sección del artículo de Prescott sobre “La ley en Cristo; o la Relación entre la ley y el evangelio, publicado el 25 de mayo de 1896, en *The Bible Echo*, hay un artículo de dos párrafos de Elena de White titulado: “Predicando la ley y el evangelio”. Siendo que *The Bible Echo* era un periódico misionero dirigido a no adventistas, ella claramente está escribiendo a los “religionistas” que “generalmente han divorciado la ley y el evangelio”, al dejar fuera la ley. Su apelación a los adventistas del séptimo día, “por otro lado”, era que presentaran el evangelio, no solo la ley, como lo afirma claramente el Ms 36, de 1890. (Ver la sección E). Esta frase puede encontrarse en la colección de artículos de Elena de White en periódicos, *Signs of the Times*, 12 de marzo de 1896, párr. 5].

... **El evangelio** ha sido publicado a una gran parte de la raza humana; pero **la ley de Dios**, el fundamento de su gobierno, ha sido oscurecida por las supersticiones e invenciones humanas...

APÉNDICE B – DECLARACIONES SOBRE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS Y LA FE DE JESÚS COMO DE IGUAL IMPORTANCIA



Estas porciones provienen de una búsqueda en los *Ellen G. White 1888 Materials* (Materiales de Elena G. de White sobre 1888), del uso que ella hace de las frases “los mandamientos de Dios” y “la fe de Jesús” como aparecen en Apocalipsis 14:12. Lo que descubrimos es muy aleccionador. Note especialmente la Sección A, p. 217, donde ella iguala “los mandamientos de Dios y la fe de Jesús con “la ley y el evangelio van de la mano”. Las frases han sido destacadas, junto con otros conceptos pertinentes. La ubicación de las páginas en *Ellen G. White 1888 Materials*, se anotaron en paréntesis rectos al final de los párrafos.

DICIEMBRE DE 1888 (Ms 24, 1888, “RECORDANDO MINNEAPOLIS”

El pastor E. J. Waggoner tuvo el privilegio de que le permitieran hablar claramente y presentar sus ideas sobre la justificación por la fe y la justicia de Cristo en relación con la ley. Esta no era luz nueva, sino luz antigua puesta donde debería estar en el mensaje del tercer ángel. ¿Cuál es **la esencia de ese mensaje?** Juan ve un pueblo. Él dice: “Aquí está la perseverancia [paciencia] de los santos: aquí están los que guardan **los mandamientos de Dios y la fe de Jesús** (Apoc. 14:12). Él ve a este pueblo justo antes de ver al Hijo del hombre que “llevaba en la cabeza una corona de oro y en la mano una hoz aguda” (vers.14). [p. 211].

La fe de Jesús ha sido pasada por alto y tratada en una manera indiferente y descuidada. No ha ocupado la posición destacada en la que fue revelada a Juan. **La fe en Cristo** como la única esperanza del pecador ha sido mayormente dejada de lado, no solo en las presentaciones sino en la experiencia religiosa de muchos que afirman creer el mensaje del tercer ángel. En esta reunión di un testimonio de que la luz más preciosa estuvo brillando de las Escrituras en la presentación del gran tema de **la justicia de Cristo conectada con la ley**, que debería mantenerse constantemente ante el pecador como su única esperanza de salvación. Esta no era luz nueva para mí porque me había venido de una autoridad más alta durante los últimos cuarenta y cuatro años, y la he presentado a nuestro pueblo con la pluma y de viva voz en los testimonios de su Espíritu. Pero muy pocos respondieron excepto asintiendo a los testimonios que tratan este tema. Se habló y se escribió demasiado poco sobre este gran tema. Los discursos de algunos pueden ser correctamente presentados como similares a la ofrenda de Caín—vacíos de Cristo. [p. 212].

El mensaje del tercer ángel es la proclamación de **los mandamientos de Dios y la fe de Jesucristo**. Los adventistas del séptimo día proclamaron **los mandamientos de Dios**, pero no proclamaron **la fe de Jesús** como de igual importancia, **la ley y el evangelio van de la mano**. No puedo encontrar palabras para expresar este tema en su plenitud. “**La fe de Jesús**”. Se habla de ella, pero no se la entiende. ¿Qué constituye **la fe de Jesús**, que pertenece al mensaje del tercer ángel? Jesús se convierte en el portador de nuestro pecado para poder ser nuestro Salvador que perdona los pecados. Él fue tratado como nosotros merecemos. Él vino a nuestro mundo y tomó nuestros pecados para que pudiéramos tomar su justicia. La fe en la capacidad de Cristo de salvarnos amplia, entera y plenamente, es **la fe de Jesús**. [p. 217].

JUNIO DE 1889 (*Ms 30, 1889*, “EXPERIENCIA POSTERIOR A LA CONFERENCIA DE MINNEAPOLIS”)

El mensaje que se dio a la gente en estas reuniones presentó en líneas claras no sólo **los mandamientos de Dios** —una parte del mensaje del tercer ángel— sino **la fe de Jesús**, que abarca más de lo que generalmente

se supone. Y será bueno que el mensaje del tercer ángel sea proclamado en **todas sus partes**, porque la gente necesita cada jota y cada tilde de él. Si proclamamos **los mandamientos de Dios**, y dejamos casi sin tocar **la otra mitad**, el mensaje se arruina en nuestras manos. [p. 367].

No dejé nada sin hacer de lo cual tuviera alguna evidencia de que era mi deber hacer. Y en lo que se refiere a Battle Creek, no puedo hacer más de lo que he hecho. Aquellos que no se unieron conmigo y los mensajeros de Dios en esta tarea, sino cuya influencia ha sido crear dudas e incredulidad, yo no los juzgo. Cada jota de influencia que ha sido puesta del lado del enemigo recibirá su recompensa de acuerdo con sus obras. Dios estaba obrando conmigo para presentar a la gente un mensaje con respecto a **la fe de Jesús** y la justicia de Cristo. Ha habido quienes que no trabajaron en armonía sino de modo de contrarrestar la obra que Dios me había dado para hacer. Debo dejarlos con el Señor. [p. 370].

El Señor no se agrada del hombre que confía en su propia capacidad o buenas obras o en una religión legal, sino en Dios, el Dios vivo. El mensaje presente que Dios ha hecho el deber de sus siervos para dar a la gente no es nuevo o novedoso. Es una antigua verdad que se ha perdido de vista, así como Satanás hizo esfuerzos magistrales para que así fuera. El Señor tiene una obra para que cada uno de su pueblo leal haga para llevar **la fe de Jesús** al **lugar correcto donde corresponde estar**, en el mensaje del tercer ángel. **La ley** tiene su posición importante, pero es impotente a menos que **la justicia de Cristo sea colocada junto a la ley** para dar su gloria a la norma real completa de la justicia. “De manera que la Ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno” (Rom. 7:12). [p.375].

Sálganse del camino, hermanos. No se interpongan entre Dios y su obra. Si no sienten el peso del mensaje ustedes mismos, entonces preparen el camino para aquellos que sienten el peso del mensaje, porque hay muchas almas que deben salir de las filas del mundo, de las iglesias —incluso de la iglesia católica— cuyo celo excederá en mucho el de aquellos que han estado entre las filas para proclamar la verdad hasta aquí. Por esta razón, los obreros de la hora undécima recibirán su paga. Ellos verán venir la batalla y darán a la trompeta un sonido certero. Cuando la crisis esté sobre nosotros, cuando el tiempo de calamidad venga, ellos saldrán al frente, se vestirán de

toda la armadura de Dios, y exaltarán la ley, se adherirán a **la fe de Jesús**, y mantendrán la causa de la libertad religiosa que los Reformadores defendieron con trabajo y por la cual sacrificaron sus vidas. [p. 378].

C.13 DE SETIEMBRE DE 1889 (Ms 27, 1889, “CONSEJOS PARA LOS MINISTROS”)

El mensaje de salvación de las almas, el mensaje del tercer ángel, es el mensaje que debe darse al mundo. **Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús ambos** son **importantes, inmensamente importantes**, y deben proclamarse con **igual fuerza y poder**. La primera parte del mensaje se ha tratado mayormente en forma indiferente. No se comprende **la fe de Jesús**. Debemos hablar de ella debemos vivirla, debemos orar por ella, y educar a la gente a llevar esta parte del mensaje a su propia vida de hogar. “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús” [Fil. 2:5]. [p. 430].

D. OCTUBRE DE 1889 (Ms 22, 1889, ENTRADAS EN SU DIARIO)

No seremos capaces de afrontar las pruebas de este tiempo sin Dios. No tendremos el valor y la fortaleza de los mártires antiguos hasta que seamos llevados a la posición en la que ellos estuvieron. El Señor proporciona su gracia para afrontar cada emergencia. Debemos recibir suministros diarios de gracia para las emergencias de cada día. De este modo crecemos en la gracia y el conocimiento de nuestro Señor Jesucristo, y si la persecución viene contra nosotros, si debemos ser encerrados en los muros de una prisión por **la fe de Jesús** y la observancia **de la santa ley de Dios**, “como tus días serán tus fuerzas” [Deut. 33:25]. Si volviera la persecución habría gracia suficiente para avivar toda energía del alma para mostrar un verdadero heroísmo, Pero hay una gran cantidad de cristianismo nominal que no tiene su origen en Dios, la Fuente de todo poder y fortaleza. Dios nos da poder para hacernos independientes y auto suficientes. Debemos siempre depender de Dios. [p. 460].

E. DICIEMBRE DE 1889 (*Ms 18, 1889*, “PRESENTACIÓN CON RESPECTO AL MOVIMIENTO DOMINICAL”

Debemos estudiar diligentemente la Palabra de Dios, y orar con fe para que Dios restrinja los poderes de las tinieblas, porque el mensaje ha llegado todavía comparativamente a pocos, y el mundo debe ser iluminado con su gloria. La verdad presente —**los mandamientos de Dios y la fe de Jesús**— no ha sido proclamada como debe serlo. Hay muchos casi en la sombra de nuestras puertas por cuya salvación no se han hecho todavía esfuerzos personales. [p. 502].

F. 1889 (*Ms 13, 1889* “FIRMES JUNTO A LOS HITOS”)

El tiempo alrededor de 1844 fue un período de grandes eventos, abriendo ante nuestros ojos asombrados la purificación del santuario que ocurría en el cielo, y haciendo una relación decidida con el pueblo de Dios sobre la tierra, [también] los mensajes del primero y del segundo ángel y del tercero, desarrollando la bandera sobre la cual está escrito: “**Los mandamientos de Dios y la fe de Jesús**”. Uno de los hitos debajo de este mensaje era el templo de Dios, visto en el cielo por su pueblo amante de la verdad, y el arca que contenía la ley de Dios. La luz del sábado del cuarto mandamiento arrojando sus fuertes rayos sobre el sendero de los transgresores de la ley de Dios. La no inmortalidad de los impíos es un antiguo hito. No puedo recordar nada más que pudiera llamarse los antiguos hitos. Todo este clamor acerca de cambios de los hitos antiguos es puramente imaginario. [p. 518].

G. NOVIEMBRE DE 1890 (*CARTA 1F, 1890*, “A LOS HERMANOS EN CARGOS DE RESPONSABILIDAD) [LOS PÁRRAFOS TAMBIÉN ESTÁN EN LAS PP. 1078 Y 1080 EN EL ARTÍCULO “DEN A LA TROMPETA UN SONIDO CERTERO”, EN LA *REVIEW AND HERALD* DEL 6 Y 13 DE DICIEMBRE DE 1892, QUE ES CASI IDÉNTICO A LA CARTA DE NOVIEMBRE DE 1890.]

Mientras ustedes sostienen firmemente la bandera de la verdad, proclamando la ley de Dios, que cada alma recuerde que **la fe de Jesús** está

conectada con **los mandamientos de Dios**. Se representa al tercer ángel como volando en medio del cielo, lo que simboliza la obra de aquellos que proclaman los mensajes del primero, segundo y tercer ángel; todos están conectados. Las evidencias de la verdad permanente y siempre viva de estos grandiosos mensajes que significan tanto para nosotros, que han despertado una oposición tan intensa de parte del mundo religioso, no se han extinguido. Satanás está constantemente buscando arrojar su sombra infernal alrededor de estos mensajes, de modo que el pueblo remanente de Dios no discerna claramente su importancia, su tiempo y su lugar; pero ellos viven, y ejercerán su poder sobre nuestra experiencia religiosa mientras dure el tiempo. [p. 724]

El arcoíris por encima del trono, el arco de la promesa, testifica al mundo entero que Dios nunca olvidará a su pueblo en su lucha. Sea Jesús nuestro tema. Presentemos con la pluma y la voz, no solo **los mandamientos de Dios**, sino también **la fe de Jesús**. Esto promoverá una verdadera piedad en el corazón que ninguna otra cosa puede hacer. Mientras presentamos el hecho de que los hombres son súbditos de un gobierno divino moral, su razón les enseña que esta es verdad, que deben lealtad a Jehová. Esta vida es nuestro tiempo de prueba. Estamos puestos bajo la disciplina y el gobierno de Dios para formar caracteres y adquirir hábitos para la vida superior. Las tentaciones vendrán a nosotros. La iniquidad abunda; donde menos lo esperamos, se abrirán capítulos oscuros que son muy terribles, para aplastar el alma; pero no necesitamos fracasar ni desanimarnos mientras sabemos que el arco de la promesa está por encima del trono de Dios. Estaremos sujetos a pruebas difíciles, oposición, pérdidas, aflicciones; pero sabemos que Jesús pasó por todas éstas. Estas experiencias son valiosas para nosotros. Las ventajas de ningún modo están limitadas a esta breve vida. Alcanzan a las edades eternas. Por medio de la paciencia, la fe y la esperanza, en todas estas cambiantes escenas de la vida, estamos formando caracteres para la vida eterna. Todo servirá para el bien de aquellos que aman a Dios. [p. 728].

H. 24 DE MARZO DE 1891 (SERMÓN, “NUESTROS PELIGROS ACTUALES”, EN EL *BOLETÍN DE LA ASOCIACIÓN GENERAL*, DEL 13 DE ABRIL DE 1891).

Tenemos la más elevada razón de valorar el verdadero sábado y mantenernos en su defensa porque es la señal que distingue del mundo al pueblo de Dios. El mandamiento que el mundo anula es aquel que, por esa misma razón, el pueblo de Dios dará mayor honra. Es cuando los incrédulos desprecien la palabra de Dios que se llamará a los fieles Calebs. Entonces se mantendrán firmes en el puesto del deber, sin exhibiciones, y sin desviarse por causa de las críticas. Los espías incrédulos estuvieron listos para destruir a Caleb. Él vio piedras en las manos de aquellos que dieron un informe falso, pero esto no lo desviaron; él tenía un mensaje, y lo daría. El mismo espíritu se manifestará hoy en aquellos que son fieles a Dios. El salmista dice: “Porque han invalidado tu Ley. Por eso he amado tus mandamientos, más que el oro, y más que oro muy puro” [Sal. 119:126, 127]. Cuando los hombres se acercan mucho al lado de Jesús, cuando Cristo está morando en su corazón por la fe, su amor a los mandamientos de Dios crece más fuerte en proporción al desprecio que el mundo apila sobre sus santos preceptos. Es en esos momentos cuando el verdadero sábado debe ser presentado delante de la gente por la pluma y la voz. Cuando el cuarto mandamiento y aquellos que lo observan son ignorados y despreciados, los fieles sienten que no es el momento de esconder su fe sino de exaltar la ley de Jehová desplegando la bandera en la que está inscrito el mensaje del tercer ángel, **los mandamientos de Dios y la fe de Jesús**. [p. 902].

16 DE ENERO DE 1896 (CARTA 6, 1896, “A LOS HERMANOS QUE OCUPAN CARGOS DE RESPONSABILIDAD EN LA OBRA”)

Uno de los peligros a los que estará expuesto el pueblo de Dios es este: Los engaños que vendrán sobre un mundo que se ha apartado de la verdad. Aquéllos serán de tal poder engañoso, que el apóstol por inspiración del Espíritu de Dios declara que engañarán “si es posible, aun a los escogidos” [Mat. 24:24]. Nuestra obra es ahora confirmar las almas en la fe: esa fe que es una fe activa, que obra por amor y purifica el alma. La fe,

viva, activa, que obra, es la que debemos tener. Cristo demanda esto de nosotros. Ciertamente Cristo tiene necesidad de que lo representemos, no el poder frío, severo, denunciatorio, dominante y dictatorial del príncipe de las tinieblas. Aquellos que son amigos de Cristo ahora harán todo lo que él les ordene. Manténganse firmes, por lo tanto, teniendo puesta toda la armadura, y habiendo hecho el bien. Que el templo del alma sea limpiado de todo prejuicio, de esa raíz de amargura y odio, por el que muchos se han contaminado. Aférrense al poderoso. Comuniquen a otros la luz, con palabras alegres, y con el valor del Señor. Trabajen para difundir esa fe y confianza que ha sido vuestro propio consuelo. Que cada voz y cada labio diga: “Aquí está la perseverancia de los santos, aquí están los que guardan **los mandamientos de Dios** y **la fe de Jesús**”. “Yo vengo como ladrón. Bienaventurado el que vela y guarda sus vestiduras, no sea que ande desnudo y vean su vergüenza” [Apoc. 16:15]. “Gocémonos, alegrémonos, y démosle gloria, porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. Y a ella se le ha concedido que se vista de lino fino, limpio y resplandeciente, (pues el lino fino significa las acciones justas de los santos)” [Apoc. 19:7, 8] [p. 1.483].

Quién entenderá ahora estas cosas que escribo. Hay hombres que han conocido la verdad, que se han gozado con la verdad, que ahora están divididos con sentimientos de incredulidad. Hay solo un paso entre ellos y el precipicio de la ruina eterna. El Señor viene, pero aquellos que se han aventurado a resistir la luz que Dios dio en abundancia en Minneapolis, que no han humillado sus corazones delante de Dios, seguirán en el sendero de la resistencia, diciendo: “¿Quién es el Señor para que obedezcamos su voz?” La bandera que todos llevarán, que da voz al mensaje del tercer ángel, es cubierta por otro color que virtualmente la destruye. Esto se está haciendo. ¿Se aferrará nuestro pueblo a la verdad? “Aquí está la perseverancia de los santos; aquí están los que guardan **los mandamientos de Dios** y **la fe de Jesús**”. **Esta es nuestra bandera**. Sosténganla en alto; porque es la verdad. [p. 1485].

**J.15 DE ABRIL DE 1901 (SERMÓN, “UNA APELACIÓN
A NUESTROS MINISTROS”, EN EL *BOLETÍN DE LA
ASOCIACIÓN GENERAL DEL 16 DE ABRIL DE 1901*)**

Muchísimos presentarán una prueba que no se da en la palabra de Dios. Tenemos nuestra prueba en la Biblia: los mandamientos de Dios y la fe de Jesucristo. “Aquí están los que guardan **los mandamientos de Dios** y tienen **la fe de Jesús**”. Esta es **la prueba verdadera**, pero muchas otras pruebas surgirán entre la gente. Vendrán en cantidades, surgiendo de esta parte y de aquélla. Habrá un continuo surgir de alguna cosa extraña para llamar la atención, apartándola de la verdadera prueba de Dios. [p. 1.752].

APÉNDICE C – COMENTARIO SOBRE LA EVANGELIZACIÓN DE J. S. WASH- BURN EN LA DÉCADA DE 1890



Ver en la *Review and Herald* del 26 de enero de 1989 el artículo titulado: “J. S. Washburn: Héroe olvidado: ¿Habría el adventismo británico sobrevivido sin él?”, por David N. Marshall. El primer párrafo dice:

Judson S. Washburn podría fácilmente ser llamado el héroe olvidado del adventismo en Gran Bretaña. Nacido en Waukon, Iowa, en 1963, Washburn tenía 25 años al tiempo de la sesión de la Asociación General de 1888 sobre “justificación por la fe”. Él, junto con un pequeño grupo de pastores, salió de esa sesión con un fervor nuevo, una perspectiva nueva de cada creencia adventista, y comenzó a predicar un reavivamiento.



Adventist Pioneer Library

Para obtener más información, visite:

www.APLib.org

o escriba a:

contact@aplib.org